

CONTRA CELSO

Orígenes

LIBRO SÉPTIMO

1. Destruyelos por tu verdad

En los seis libros anteriores, piadoso hermano Ambrosio, hemos impugnado, según nuestras fuerzas, las acusaciones de Celso contra los cristianos y, en lo posible, nada hemos omitido sin contrastar y examinar y a que, según nuestros alcances, no hayamos contestado. Ahora, después de invocar a Dios por medio del mismo Jesucristo, a quien recrimina Celso que, pues es la verdad (Jn 14,6), haga brillar en nuestro corazón los argumentos que refutan la mentira, comenzamos el libro séptimo, dirigiendo a Dios la oración de la palabra profética: *Por tu verdad, destrúyelos* (Sal 53,7); quiere decir, evidentemente, a los discursos contrarios a la verdad, pues estos quedan destruidos por la verdad de Dios. De este modo todos los que, destruidos esos discursos, se vean libres de toda distracción, podrán decir lo que sigue en el salmo: *De buen grado te sacrificaré* (ibid., 8), ofreciendo al Dios del universo un sacrificio espiritual y sin humo.

2. Vuelta al tema de las profecías

Ahora se propone Celso censurar la doctrina según la cual, cuanto atañe a Jesucristo, fue profetizado por los profetas del pueblo judío. Y empecemos por examinar su opinión de que quienes introducen un Dios distinto del Dios de los judíos no pueden en modo alguno responder a sus objeciones. En cuanto a nosotros, que mantenemos el mismo Dios, dice que buscamos nuestro refugio en la defensa de las profecías acerca de Jesucristo. He aquí sus palabras: “Veamos dónde buscarán excusa: los que introducen un Dios distinto no tienen ninguna; los que admiten el mismo Dios que los judíos, nos dirán una vez más la sabia sentencia de que así tenía que suceder. ¿Prueba? Porque de antiguo estaba profetizado” (cf. VI 81). A esto contestaremos que cuanto Celso ha dicho contra Jesús y los cristianos en pasajes poco anteriores (VI 72-75.87), son cosas de tan poco peso, que aun los que introducen otro Dios —y al hacerlo cometen una impiedad— pueden refutar con la mayor facilidad sus dichos. Y si no fuera inconveniente dar ocasión a los débiles de admitir

dogmas falsos, nosotros mismos lo hiciéramos, con lo que demostraríamos la mentira de que quienes admiten un Dios distinto no tienen que responder a las aseveraciones de Celso. Pero no; nosotros, aparte de lo anteriormente dicho (I 35-37.48; II 28-29.37; III 2-4; VI 19-21), vamos ahora a emprender la defensa de los profetas.

3. Los oráculos antiguos. La Pitia

Dice, pues: “Los oráculos dados por la sacerdotisa de Apolo Pítico, o las sacerdotisas de Dodona, o de Claros, o en los Branquidas, o en el templo de Ammón o por otros infinitos adivinos, por los que fue poblada casi toda la tierra, no los reputan en nada; pero lo que se dijo —o no se dijo— en Judea al estilo de aquellas gentes y como aún hoy día lo acostumbran los que habitan en derredor de Palestina y Fenecía, eso sí lo tienen por cosa de maravilla e inmutable”. Digamos, pues, acerca de los oráculos enumerados que pudiéramos recoger de Aristóteles y de los peripatéticos una serie no pequeña de textos para refutar lo que se dice sobre la Pitia y demás oráculos; y pudiéramos igualmente aducir lo que dice Epicuro y los que siguen su doctrina sobre los mencionados oráculos y demostrar así que, aun entre los griegos, hay quienes rechazan las supuestas profecías, admiradas en toda la Hélade (cf. Pseudo-Arist., *De mundo* 4; H. Usener, *Epicúrea* fragm.395).

Pero demos por barato que no son invenciones ni pretensiones de gentes que pretenden estar inspirados por Dios los oráculos de la Pitia y demás; pues veamos si, aun concedido eso, nos pueden demostrar quienes con amor a la verdad examinan las cosas que, aun quien acepte la realidad de esos oráculos, no tiene por qué aceptar que hay en ellos dioses de ninguna especie; sí, por el contrario, ciertos démones malos y espíritus hostiles al género humano que impiden la ascensión del alma y su progreso en la virtud y el establecimiento de la verdadera piedad para con Dios. Se cuenta, pues, de Pitia —oráculo que parece ser el más famoso de todos— que, sentada la profetisa de Apolo junto a la boca de la caverna Castolia, recibe un espíritu a través de los senos femeninos; llena de ese espíritu, pronuncia esos que se tienen por oráculos sagrados y divinos. Por lo que se deja ver que se muestra impuro y profano ese espíritu, al no entrar en el alma de la profetisa por poros abiertos e invisibles, mucho más puros que los senos femeniles, sino por partes que no es lícito mirar a un hombre honesto, no digamos tocarlas. Y esto no lo hace una o dos veces, cosa que fuera acaso tolerable, sino cuantas se cree que profetiza por inspiración de Apolo. Además, sacar

fuera de sí a la que se supone profetiza y llevarla a un estado de frenesí, de modo que no esté absolutamente en sus cabales, no es obra del espíritu divino. Y es así que quien está poseso del espíritu divino debiera sacar más provecho, en orden a lo conveniente o útil, que cualquiera de los que buscan instruirse por los oráculos acerca de lo que puede ayudarles a llevar una vida moderada y conforme a naturaleza y mostrarse más lúcido justamente en el momento en que lo divino se une con él.

4. Contraste con los verdaderos profetas

Por eso, nosotros demostraremos por las Sagradas Escrituras que los profetas de los judíos, iluminados por el Espíritu Santo en la medida que les era provechoso a los mismos que profetizaban, eran los primeros en gozar de la venida a sus almas de un ser superior; y por el contacto, digámoslo así, con su alma del que se llama Espíritu Santo, se hacían más lúcidos de inteligencia y más brillantes de alma. Es más, el cuerpo mismo no era ya obstáculo para la vida de virtud, como muerto que estaba a la que nosotros llamamos *prudencia de la carne* (Rm 8,6ss). Porque estamos persuadidos que las *obras del cuerpo* (Rm 8,13) y las enemistades contra Dios que surgen de la prudencia de la carne son mortificadas por obra de un espíritu divino. Ahora bien, si, cuando profetiza, sale la Pitia de sí y no está en sus cabales, ¿qué linaje de espíritu hay que pensar sea ese que derrama tinieblas en la inteligencia y razonamientos? Sin duda del linaje de los demonios, que no pocos cristianos arrojan de quienes los padecen y ello sin medio curioso alguno, sin fórmulas mágicas ni hechizos, sino con la sola oración y conjuros sencillos, cuales pudiera pronunciar el hombre más simple. Efectivamente, por lo general son hombres simples los que hacen eso, demostrándonos así la gracia que hay en la palabra de Cristo, la vileza y debilidad de los demonios, pues no es necesario para vencerlos y obligarles a que salgan, obedientes, del cuerpo y alma de los hombres, de sabio alguno, experto en demostrar la fe por argumentos lógicos.

5. Demonología origeniana

Además, si no solo entre cristianos y judíos, sino también entre muchos de los griegos y bárbaros se cree que el alma humana vive y persiste después de separarse del cuerpo; si la razón demuestra que el alma pura y no agravada con el plomo de la maldad se levanta sobre los aires camino de los lugares de los cuerpos puros y etéreos, dejando los gruesos cuerpos de acá abajo y

las impurezas de que están llenos (cf. VI 73) y la mala, arrastrada por sus pecados hacia la tierra y sin poder ni respirar, anda por aquí errante y rodando, ya por los sepulcros, donde han sido vistas apariciones de almas umbrátiles, o simplemente por parajes de la tierra (Plat., *Phaidon* 81c,d; cf. supra II 60), ¿qué linaje de espíritus hay que pensar sean esos que, siglos enteros, por decirlo así, permanecen ligados a ciertas moradas y lugares, ya se deba a encantos mágicos o a su propia maldad? La razón, efectivamente, nos convence que deben tenerse por malos, espíritus que se valen de su poder adivinatorio, de suyo indiferente, para engañar a los hombres y apartarlos de Dios y de la pura piedad para con Él. Y que sean tales lo demuestra también el hecho de que sus cuerpos, alimentados por los perfumes de los sacrificios y por las porciones de sangre y holocaustos, como quienes hallan ahí sus delicias, se quedan en esos lugares por amor, como quien dice, a la vida; a la manera de esos hombres malvados que no quieren saber nada de la vida pura fuera de los cuerpos, sino que, llevados de su amor a los placeres corporales, no aspiran a más vida que la que se lleva en el cuerpo terreno.

Por lo demás, si el Apolo de Delfos era dios, como se imaginan los griegos, ¿a quién mejor pudiera escoger por profeta sino a un sabio, o, dado el caso que no lo hallara, a quien hiciera progresos en la sabiduría? ¿Y por qué no prefirió que profetizara un hombre y no una mujer? Y ya que quiso que fuera una mujer, por no poder disponer de un hombre o porque no hallara gusto más que en los senos femeniles, ¿no hubiera estado mejor escoger una virgen y no una mujer casada, que anunciara su voluntad?

6. Recuerdo socrático. Homero

Pero lo cierto es que el dios pítico, tan admirado por los griegos, no tuvo por digno de la posesión divina, como suponen los griegos, ni a un sabio, ni siquiera a un varón; y, dentro del sexo femenino, no se escogió a una virgen, ni sabia y formada en la filosofía, sino a una mujer vulgar. Acaso los hombres superiores eran demasiado buenos para que en ellos obrara la posesión divina. Por otra parte, si era dios, debiera haberse valido de su presciencia como de cebo, por decirlo así, para atraer a los hombres a la conversión, al cuidado de sí mismos y a la mejora moral. Pero lo cierto es que nada nos ha transmitido la historia sobre eso. Ciertamente declaró a Sócrates por el más sabio de todos los hombres (Plat., *Apol.* 21 A); pero oscureció su elogio con lo que añadió acerca de Eurípides y Sófocles:

“Sabio Sófocles, más sabio Eurípides”.¹

Así, pues, si es cierto que Sócrates es tenido por superior a los poetas trágicos que el oráculo llamó sabios —poetas que luchan en la escena o sobre la *orquesta*² por razón de cualquier premio y unas veces infunden pena y compasión en los espectadores, otras les arrancan risas irreverentes (pues ese es el objeto de los dramas satíricos)—, no se lo declara venerable en absoluto por su filosofía y amor a la verdad ni se lo alaba por ser venerable. Lo probable es que no tanto lo llamó Apolo el más sabio de los hombres por razón de su filosofía cuanto por la grasa de los sacrificios que le ofrecía a él y a los otros démones (Xen., *Memor.* I 1,2; cf. VI 4).

Y parece que los démones hacen lo que se les pide antes bien por razón de los sacrificios que se les ofrecen que no por razón de las obras de la virtud. Así se explica que Homero, el mejor de los poetas, al contar lo sucedido y queriendo instruirnos sobre lo que mueve señaladamente a los démones a hacer lo que piden quienes les ofrecen sacrificios, introdujo a Grises, que, por unas pocas coronas y unos cuantos muslos de toros y cabras, alcanzó cuanto pidió contra los griegos por causa de su propia hija, es decir, que apremiados por la peste, le devolvieran a Criseida (Hom., *Ilíada* 1,34-53). Recuerdo haber leído en un filósofo pitagórico que escribió sobre lo que el poeta dice ocultamente: que la oración de Grises a Apolo y la peste que este manda a los griegos, son prueba de que sabía Homero haber ciertos démones que se complacen en las grasas de los sacrificios y conceden a quienes sacrifican, si se la piden, la destrucción de los otros. Y el que en Dodona, la de duros inviernos, solo impera donde están sus intérpretes, que andan los pies descalzos y duermen sobre el suelo (Hom., *Ilíada* 16,23s), desechó al sexo masculino para la profecía y se vale de las sacerdotisas de Dodona, como lo expuso el mismo Celso. Pero, aunque otorguemos que haya otro oráculo semejante en Claros, otro en los Branquidas y otro en el templo de Ammón, o en cualquier otro paraje de la tierra en que se adivina, ¿cómo se demostrará que hay allí dioses y no ciertos espíritus demoníacos?

1 El oráculo dijo sobre Sócrates, según Suidas, S. V.:

“Sabio Sófocles, más sabio Eurípides;
pero de entre todos los hombres, el más sabio Socrates”.

Bien sabido es, por la *Apología* platónica, el nuevo rumbo que, por razón del oráculo, tomo la vida de Sócrates y lo caro que le costó dedicarse a la inútil tarea de examinar a los hombres. ¡No hay quien aguante a un tábano sobre su piel! Y de tábano se calificó a sí mismo Sócrates sobre la piel de Atenas, caballo noble y perezoso.

2 La *orquesta* era el lugar del teatro en que danzaba el coro.

7. Contraste con los grandes profetas de Israel

Los profetas, en cambio, de los judíos, unos fueron sabios antes de recibir el carisma profético y la inspiración divina; otros se hicieron tales al ser iluminada su inteligencia por la profecía misma, escogidos como fueron por la divina providencia para serles confiado el Espíritu divino y las palabras que de Él vendrían, por razón de lo inimitable de su vida, por su temple firme y libre y por su intrepidez absoluta ante la muerte y el peligro. Y, a decir verdad verdad, tales demuestra la razón misma que deben ser los profetas de Dios, ante los cuales parecen juegos de niños la firmeza de un Antístenes, de un Grates y de un Diógenes (cf. II 41). Ellos, por su amor a la verdad y por su libertad en reprender a los que pecaban, fueron apedreados, aserrados, tentados, pasados a filo de espada. Anduvieron errantes, vestidos de pieles de ovejas y de cabras, privados de todo, maltratados, perdidos por los desiertos y montes y por las cuevas y aberturas de la tierra; de los que no era digno todo el ornato de la tierra (Hb 11,37-38); ellos, que miraban siempre a Dios y a las cosas invisibles de Dios, que no se ven por los sentidos y por eso son eternas (2 Co 4,18).

Escrita está la vida de cada uno de los profetas; pero, por el momento, basta aludir a la de Moisés, pues también de él se aducen profecías consignadas en la ley; a la de Jeremías, que consta en la profecía que lleva su nombre; y a la de Isaías, que superó toda ascesis al andar por tres años desnudo y descalzo (Is 20,2-3). Miremos también la dura vida de unos niños, de Daniel y sus compañeros, leyendo cómo bebían agua, se alimentaban de legumbres y se abstenían de carnes (Dn 1,11-16). Y el que sea capaz, vea lo que aconteció anteriormente, cómo profetizó Noé, cómo proféticamente Isaac bendijo a su hijo y cómo Jacob fue diciendo a cada uno de los doce: *Venid, que voy a anunciaros lo que sucederá al fin de los días* (Gn 9,25-27; 27,27-29; 49,1). Todos estos y otros infinitos, que fueron profetas de Dios, predijeron también lo atinente a Jesucristo. Por eso, ningún caso hacemos de las predicciones de la Pitia, ni de las sacerdotisas de Dodona, ni de las de Claros, de los Branquidas o del templo de Ammón ni de otros innumerables que se dicen adivinos. Admiramos, en cambio, a los profetas de Judea, pues vemos que su vida fuerte, firme y santa era digna de un Espíritu divino, que profetizó de manera nueva, que nada tenía que ver con las adivinaciones de los démones.

8. Contra la ligereza de Celso

No sé por qué razón, después de decir Celso: “Lo dicho por los de Judea a la manera de aquellas

gentes”, añadió: “o lo no dicho”. Con ello afirma, como un incrédulo, que es posible que no se dijieran aquellas cosas y se escribieran sin haberse dicho. Es que no advierte a los tiempos y que mucho antes dijeron los profetas infinitas cosas, incluso sobre el advenimiento de Cristo. Además, con intención de desacreditar a los antiguos profetas dice que “profetizaron a la manera que aún hoy día acostumbran hacer los que viven en los contornos de Palestina y Fenicia”. Pero no se ve claro si habla de hombres ajenos a la doctrina de los judíos y cristianos, o de quienes profetizan al estilo de los profetas judíos. Pero como quiera que se tome lo que dice, se demuestra que es falso. Porque ni los que son ajenos a la fe han hecho jamás nada semejante a los profetas, ni se cuenta que, después de la venida de Jesús, haya habido nuevos profetas entre los judíos. Y es así que, por confesión universal, el Espíritu Santo los ha abandonado, por haber cometido una impiedad contra Dios y contra el que fue profetizado por sus profetas. Signos, en cambio, del Espíritu Santo, se dieron muchos al comenzar Jesús su enseñanza, muchos más después de su ascensión, menos más adelante. Sin embargo, aún ahora quedan algunos rastros de Él en unos pocos, cuyas almas están purificadas por el Logos y por una vida conforme al mismo (I 2; II 8.33). *Porque un espíritu santo de disciplina huirá del embuste y se apartará de pensamientos insensatos* (Sb 1,5).

9. Un “profeta” de acción

Pero ya que Celso promete explicar cómo se profetiza en Fenicia o Palestina, como cosa que él ha oído y puntualmente observado, consideremos también este punto. Empieza diciendo que “hay diversas clases de profecías”, pero no las explica. Tampoco hubiera podido, pues se trata de una baladronada mentirosa. Veamos, pues, la que dice ser más cabal entre los hombres de aquella tierra. “Muchos son —dice— esos profetas, gentes sin nombre, que con la mayor facilidad y por cualquier pretexto echan sus peroratas dentro o fuera de los templos. De entre ellos hay quienes andan mendigando (cf. 19; II 55 *sub finem*) y recorren las ciudades y se meten por los campamentos, movidos, dicen, a dar un oráculo. Cualquiera de ellos tiene a mano su acostumbrado discurso: “Yo soy Dios (o Hijo de Dios o Espíritu divino). Heme aquí que he venido, pues el mundo está ya pereciendo y vosotros, ¡oh hombres!, perecéis por vuestras iniquidades. Yo os quiero salvar y me veréis que otra vez retorno con poder celeste. Bienaventurado el que ahora me dé culto; pero, sobre todos los otros, ciudades y lugares, arrojaré fuego eterno. Y los hombres que no saben sus propias

penas, se arrepentirán y gemirán en vano; pero a los que me creyeren, los guardaré eternos”. Seguidamente dice: “Después de estas baladronadas, añaden un montón de palabras desconocidas, desatinadas y totalmente oscuras, cuyo sentido ningún hombre inteligente pudiera hallar, pues realmente nada significan; pero a cualquier insensato o charlatán le da la mejor ocasión de entenderlas como se le antoja”.

10. La variedad de estilo de los profetas

Ahora bien, si Celso hubiera sido sincero en su acusación, debiera haber citado literalmente las profecías, tanto aquellas en que se presentaba hablando al Dios omnipotente, como aquellas en que se creía hablaba el Hijo de Dios o el Espíritu Santo. Así se viera su empeño en refutar los dichos proféticos y mostrar que no eran divinamente inspirados aquellos discursos que contienen una conversión de los pecados o una reprensión de los hombres del tiempo o una predicción sobre el futuro. Tal es la razón por la que los contemporáneos de los profetas pusieron por escrito y conservaron sus profecías, a fin de que también los posteriores, al leerlas, las admiraran como palabras de Dios, se aprovecharan no solo de las que reprenden y exhortan a la conversión, sino también de las que predicen, convenciéndose, por su cumplimiento, que fue un espíritu divino el que las predijo y así perseveraran en la práctica de la religión conforme al Logos, creyendo a la ley y a los profetas. Ahora bien, todo aquello que era necesario que los oyentes entendieran inmediatamente, pues era parte para la corrección de sus costumbres, lo dijeron, conforme a la voluntad de Dios, sin velo de ninguna clase; lo misterioso, en cambio, lo que es objeto de contemplación y teoría, que va más allá de lo que puede oír el vulgo, lo expresaron por medio de enigmas y alegorías, los que se llaman discursos oscuros, parábolas y proverbios (cf. Nm 12,8; 1 Co 13,12; Pr 1,6; *supra* III 45). De este modo, los que no rehúyen el esfuerzo, sino que soportan todo esfuerzo por amor de la virtud y la verdad, lo examinan y hallan su sentido y, habiéndolo hallado, lo aplican según pide la razón. Pero este magnífico Celso, como despechado por no entender esos discursos de los profetas, se desata en insultos contra ellos, diciendo: “Después de esas baladronadas, añaden un montón de palabras desconocidas, desatinadas y totalmente oscuras, cuyo sentido no podría averiguar ningún hombre inteligente, pues realmente no lo tienen, pero dan buena ocasión a cualquier botarate o charlatán para aplicárselas como se le antoja”. A mi parecer, aquí habla Celso

maliciosamente, con la intención de impedir, en cuanto de él dependa, que quienes lean las profecías traten de inquirir y examinar su sentido y le pasa como a los que dijeron de cierto profeta que entró a cierto personaje y le anunció lo por venir: *¿A qué ha entrado a ti ese loco?* (R 9,11).

11. Orígenes da ejemplo

Indudablemente, hay razonamientos más sabios que los que nosotros logramos, con que se puede demostrar que Celso miente en esto que dice y que las profecías están divinamente inspiradas; sin embargo, según nuestras fuerzas, también nosotros lo hemos hecho, comentando verso por verso las que Celso llama palabras desatinadas y de todo punto oscuras, en nuestros estudios sobre Isaías, Ezequiel y algunos de los doce profetas menores.³ Y si Dios nos diere algún progreso en la inteligencia de su palabra, en los tiempos que Él quisiere, añadiremos a lo ya comentado lo que falta o lo que llegáremos a entender con claridad. Y otros también, dotados de inteligencia, que quieran estudiar la Escritura, podrán hallar su sentido, pues si es cierto que en muchos puntos es verdaderamente oscura, no lo es que, como afirma Celso, no tenga ningún sentido. Tampoco puede cualquier insensato o charlatán alisarlo todo y aplicar lo que se dice como se le antojare; no, solo el que de verdad sea sabio en Cristo —y todo el que lo sea— puede presentar todo el contexto de lo que veladamente se dice en las profecías; hay que *comparar lo espiritual con lo espiritual* (1 Co 2,13) y demostrar cada uno de los hallazgos por el uso ordinario de las Escrituras.

Tampoco es de creer a Celso, cuando dice haber oído con sus propios oídos a parejos hombres, pues en sus tiempos no hubo profetas parecidos a los antiguos. En tal caso, a la manera como se escribieron las profecías antiguas, se hubieran también consignado las posteriores por obra de quienes las recibieron y admiraron. A mi modo de ver, es desde todo punto patente la mentira de Celso cuando dice que “los supuestos profetas, argüidos por él, le confesaron tratarse de un fraude y que se inventaban los desatinos que pronunciaban”. Su deber fuera haber citado los nombres de quienes dice haber oído con sus propios oídos y así, por los nombres, si es que los podía alegar, apareciera claro a quienes pueden juzgar si decía la verdad o mentía.

3 Estos comentarios fueron escritos durante la estancia de Orígenes en Cesarea (Eus.. HE VI 32) hacia los años 238-244, pero no se conservan.

12. Nada hay malo ni torpe en las Escrituras

Opina además Celso que quienes defienden la causa de Cristo por los profetas, nada tienen que responder desde el momento en que aparece algo malo, torpe, impuro o abominable que se dice acerca de Dios. De ahí es que, como si no hubiera defensa alguna, se saca Celso infinitas conclusiones acerca de cosas que no se le han concedido. Pero es de saber que quienes quieren ordenar su vida conforme a las divinas Escrituras y saben que *la ciencia del insensato son discursos ininteligibles* (Qo 21,21); los que además han leído: *Prontos siempre a responder a todo el que os pida razón de vuestra esperanza* (1 P 3,15), no se refugian solamente en que todo esto fue predicho (VII 2), sino que tratan de resolver las aparentes contradicciones y demostrar que nada hay en las Escrituras malo ni torpe, impuro ni abominable; a lo más, tal aparece a los que no saben cómo haya de entenderse la Escritura divina. En cuanto a Celso, debiera haber alegado lo que en los profetas le pareció malo, lo que le dio impresión de torpeza, lo que tuvo por impuro o supuso ser abominable, dado el caso que viera que fue dicho por los profetas cosas semejantes; así su razonamiento hubiera resultado más impresionante y más apto para lograr su intento. Pero la verdad es que nada alega, sino que se contenta con bravuconear que tales cosas aparecen en las Escrituras, levantándoles falso testimonio. Ahora bien, no hay razón que nos persuada a responder a ruidos vanos y demostrar que en los discursos de los profetas no hay nada malo ni torpe, impuro ni abominable.

13. Dios, como tal, no come

Pero tampoco es cierto que “Dios haga o padezca cosas torpísimas”, ni que “esté al servicio del mal”, como piensa Celso; pues nada de eso fue predicho. Y si él afirma “que fue predicho que Dios estaría al servicio del mal o que haría o padecería cosas torpísimas”, debiera haber aducido los textos de los profetas que lo demuestren y no querer manchar sin razón a quienes le escuchan. Los profetas predijeron, desde luego, lo que padecería Cristo y hasta dijeron la causa por la que padecería; y también Dios sabía lo que padecería su unguido; pero ¿de dónde sacar que esos sufrimientos eran “lo más abominable e impuro que cabe imaginar”, como afirma Celso? Pero acaso nos enseñe cómo efectivamente, fueron cosas abominables e impurísimas las que sufrió Dios cuando dice que Dios “comiera carnes de oveja y bebiera hiel y vinagre, ¿qué otra cosa era sino comer porquerías?” Pero, según nosotros, Dios no comía carnes de oveja; pues, si es cierto que

Jesús parecía comer, comía en cuanto llevaba un cuerpo. Respecto de la hiel y vinagre, que fueron profetizados en el salmo: *Y me mezclaron hiel en la comida y en mi sed me abrevaron con vinagre* (Sal 68,22), ya hablamos de ello anteriormente (II 37) y Celso nos fuerza a repetirnos. Y es así que todos los que acechan contra la palabra de la verdad ofrecen a Cristo, Hijo de Dios, la hiel de su maldad y el vinagre de su propia propensión a lo peor; pero Él, una vez probado, no lo quiere beber (Mt 27,34).

14. Supuesto gratuito

Seguidamente, con el intento de derrocar la fe de quienes aceptan la historia de Jesús por el hecho de haber sido profetizada, dice: “Ea, pues, ¿es que porque predijeran los profetas que el gran Dios —para no decir nada más grueso— había de ser esclavo o sufrir una enfermedad o morir, tenía Dios que morirse buenamente, ser esclavo o estar enfermo, solo porque así fue predicho, para que, una vez muerto, se creyera que era Dios? Pero los profetas no pueden predecir nada de eso, pues es malo e impío. Luego no hay que mirar si predijeron o no predijeron, sino si la obra es digna de Dios y buena; porque a lo feo y malo, aunque en un arrebato de locura pareciera que lo profetizaban todos los hombres, no se le debe dar fe. ¿Cómo, pues, tener por santas las cosas hechas con este, como si fuera Dios?” Por aquí se ve que supuso Celso que este capítulo de las profecías sobre Jesús tenía alguna fuerza para persuadir a los oyentes y así trata de invalidar el razonamiento con otro argumento probable, y así dice: “Luego no hay que mirar si predijeron o no predijeron”. Cuando, si quería impugnar nuestra tesis con demostraciones y no con sofismas, debiera haber dicho: Luego hay que “demostrar que no predijeron, o, si predijeron, que no se cumplió en Jesús lo que se dijo acerca del Mesías”. Y luego aducir lo que él tuviera por demostración. Así se hubiera visto qué cosas dicen los profetas, referidas por nosotros a Jesús y cómo Celso demuestra la falsedad de nuestra interpretación. Y se vería también si refuta noblemente los pasajes de los profetas que nosotros aplicamos a la historia de Jesús, o se le convence de querer violentar descaradamente la evidencia de la verdad, como si no fuera verdad.

15. Se refuta el falso supuesto

Celso supone cosas imposibles e inconvenientes a Dios y dice: “Si eso se profetizara acerca del Dios supremo, ¿acaso, por el mero hecho de predecirse, habría que creer tales cosas acerca de

Dios?" Y se imagina poder concluir de ahí que, aun cuando realmente los profetas hubieran predicho tales cosas acerca del Hijo de Dios, sería imposible creer lo que se predijo tenía que padecer o hacer. A esto hay que decir que la hipótesis de Celso es absurda, pues une entre sí cosas que terminan en contradicción. Lo cual se demuestra así: Si realmente los profetas del Dios supremo dicen que Dios será un esclavo y enfermará y hasta morirá', todo eso le acaecerá a Dios, pues es forzoso que los profetas del Dios sumo digan la verdad. Pero también es cierto que, si los verdaderos profetas del Dios sumo dicen esas cosas, puesto que lo imposible por naturaleza no es verdad, no puede acaecerle a Dios lo que verdaderamente dicen los profetas. Ahora bien, cuando dos premisas hipotéticas terminan en conclusiones contradictorias en el silogismo llamado de dos proposiciones, se destruye el antecedente de las dos premisas, que, en el caso presente, es que los profetas predijeran que el gran Dios sería esclavo, enfermaría o moriría. Se concluye, pues, que los profetas no predijeran que el gran Dios sería esclavo, enfermaría o moriría. Y el razonamiento se formula así: Si es A, también B; si es A, no es B; luego tampoco A.

Los estoicos aducen sobre esta materia el siguiente argumento: Si sabes que estás muerto, estás muerto; si sabes que estás muerto, no estás muerto; se sigue que no sabes que estás muerto. Y demuestran las premisas del modo siguiente: Si sabes que estás muerto, lo que sabes es verdad; luego es verdad que estás muerto. Pero, a la vez, si sabes que estás muerto y es verdad que lo sabes, no estás muerto. Pero como el muerto no sabe nada, es evidente que, si sabes que estás muerto, no estás muerto. Se sigue, como dije, de ambas premisas: Luego no sabes que estás muerto. Algo semejante sucede con la hipótesis de Celso al sentar la proposición que citamos.

16. Ningún cristiano dice que Dios muere

Pero ni siquiera lo que hemos tomado como hipótesis tiene nada que ver con las profecías acarea de Jesús, pues las profecías no predijeron que Dios sería crucificado; ni siquiera las que hablan del que aceptó la muerte: *Y lo vimos y no tenía forma ni hermosura; su forma era sin honor y muy inferior a la de los hijos de los hombres: hombre que está en azote y trabajo y que sabe soportar enfermedad* (Is 53,2-3). Donde es de ver cómo llaman hombre al que sufrió cosas humanas. Y el mismo Jesús, que sabía puntualmente que lo que muere es hombre, dijo a los que acechaban a su vida: *Y ahora buscáis matarme, a mí, hombre que os he dicho la verdad que oí de Dios* (Jn 8,40). Y si algo de divino había en el hombre que se suponía en Él y esto divino era el

Unigénito del Padre (Jn 1,14) y el Primogénito de toda la creación (Col 1,15), el que dice: *Yo soy la verdad y yo soy la vida* (Jn 14,16), y: *Yo soy la puerta* (10,9), y: *Yo soy el camino* (14,6), y: *Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo* (6,50), de otro modo se habla de ello y de su naturaleza que del hombre que se entendía había en Jesús. Por eso ni los cristianos más simples y que no se han criado entre razonamientos sutiles dirían jamás que haya muerto la verdad, o la vida, o el camino, o el pan vivo bajado del cielo, o la resurrección. Efectivamente, el que enseñaba en el hombre que aparecía en Jesús dice ser la resurrección: *Yo soy la resurrección* (11,25). Tampoco hay nadie tan estúpido entre nosotros que diga: Ha muerto la vida, o ha muerto la resurrección. La hipótesis de Celso tendría lugar si afirmáramos que fue por predicho los profetas que moriría el Dios Verbo, o la verdad, o la vida, o la resurrección, o cualquiera otra de las cosas que dice ser el Hijo de Dios.

17. Jesús, hombre y Dios

Así, solo en un punto dice Celso la verdad en este pasaje, a saber, que “los profetas no pueden predecir estas cosas, pues son malas e impías”. ¿Y qué cosas son estas sino que Dios sería esclavo y moriría? Es, en cambio, digno de Dios lo que fue profetizado por los profetas, a saber, que cierto resplandor e imagen de la naturaleza divina (Sb 7,26) aparecería en la vida juntamente con el alma sagrada, encarnada, de Jesús, a fin de sembrar una doctrina que reconciliara con el Dios del universo a quienquiera la recibiera y la cultivara en su alma; doctrina que conducirá hasta el fin a todo el que tenga en sí la virtud del Dios Logos que habitaría en cuerpo y alma humanos. Y ello será de modo que los resplandores de Él no se encierren en aquel solo, ni se piense que la luz que producen estos rayos, siendo como es el Dios Logos, esté en otra parte alguna.

Así, pues, por lo que a Jesús atañe, las cosas hechas a la divinidad que hay en Él son cosas santas y no pugnan con la noción corriente de Dios; y en cuanto era hombre, adornado que estaba más que otro cualquier hombre de la participación suma del Logos en sí y de la sabiduría en sí, sufrió como sabio y perfecto cuanto era menester que sufriera el que todo lo hizo en favor de todo el género humano y aun de los otros seres racionales. Y nada de absurdo hay en que muriera el hombre y que su muerte no solo se pusiera por ejemplo de cómo haya que morir por la religión, sino que operara también un comienzo y progreso de la destrucción del diablo maligno, que se había apoderado de toda la tierra (cf. Hb 2,14-15; 1 Jn 5,19; Ap 12,9). Y signos de que el diablo

ha sido derrocado son los que, por el advenimiento de Jesús, han huido por doquiera de los demonios que los dominaban y, una vez liberados de su servidumbre, se han consagrado a Dios y a una piedad para con Él, que, en cuanto cabe, se hace más pura cada día.

18. Contrastes, según Celso, entre Moisés y Jesús

Seguidamente dice Celso cosas como estas: “¿No considerarán a su vez este punto? Si los profetas del Dios de los judíos predijeron que este (Jesús) había de ser hijo de Dios, ¿cómo es que Dios, por medio de Moisés, da por ley que se busque la riqueza y el poder, que se llene la tierra, que se pase a cuchillo a los enemigos de toda edad y de todo sexo, cosa que hace Él mismo, según Moisés, ante los ojos de los judíos y les amenaza por añadidura que, si en esto no le obedecen, los tratará a ellos como a enemigos? Su hijo, en cambio, aquel hombre de Nazaret, legisla, por lo visto, lo contrario: que el rico, el ambicioso, el que pretende sabiduría y gloria no tiene siquiera acceso al Padre; que no hay que preocuparse de la comida y la despensa más de lo que se preocupan los pájaros y del vestido menos que los lirios; y al que nos ha dado un bofetón, hay que dejarle que nos dé otro. ¿Quién miente: Moisés o Jesús? ¿O es que el Padre, al enviar a este, se había olvidado de lo que ordenara a Moisés? ¿O, condenando sus propias leyes, se arrepintió y manda a su mensajero para establecer las contrarias?”

Realmente, aquí le pasa a Celso, que alardea de saberlo todo (I 12), la cosa más vulgar, al pensar respecto a la inteligencia de las Escrituras que no hay en la ley y en los profetas sentido alguno más profundo que lo que suena según la letra. Así, no vio que la palabra divina no podía prometer de manera tan poco creíble la riqueza a quienes viven rectamente, cuando puede verse que los más justos han vivido en suma pobreza. Ahí están los profetas, que, habiendo recibido el Espíritu divino por la pureza de su vida, *anduvieron errantes, vestidos de pieles de ovejas y de cabras, faltos de todo, atribulados, maltratados, perdidos por desiertos, por montes, por cuevas y hendiduras de la tierra* (Hb 11,37-38). Y es así que, según el salmista, *muchas son las tribulaciones de los justos* (Sal 33,20).

Si Celso hubiera leído la ley de Moisés, es probable que, al dar con este texto: *Prestarás a muchas naciones, pero tú no pedirás prestado* (Dt 15,6; 28,12), que se dice al que guarda la ley, lo hubiera entendido en el sentido de que se le promete al justo acumular tanto de riqueza ciega (Plat., *Leges* 63le; cf. *supra* I 24), que, por la abundancia de su dinero, el justo no solo prestará a

los judíos, ni solo a una nación extraña, ni a dos ni a tres, sino a muchas. ¿Cuánto dinero no habrá adquirido el justo, como premio de su justicia, según la ley, para poder prestar a muchas naciones? Y, de acuerdo con esta interpretación, hay que suponer que el justo no tomará jamás prestado, pues está escrito: *Tú, en cambio, no tomarás prestado*. Ahora bien, ¿hubiera perseverado la nación fiel a la religión enseñada por Moisés de haber visto por vista de ojos que, de seguir a Celso, le mentía su legislador? No se cuenta, en efecto, de nadie que se hiciera tan rico que prestara a muchas naciones. Pero no es probable que, de haberseles enseñado a entender la ley como Celso se imaginaba y viendo al ojo la falsedad de las promesas de la ley, les quedaran ganas de luchar por ella. Pero si alguno alegare los pecados que se escriben de este pueblo como prueba de que despreciaron la ley, acaso porque la condenaron por embustera, le responderemos que deben leerse también los tiempos en que este pueblo, después de hacer lo malo en la presencia del Señor, se escribe haberse corregido y se convirtió a la religión según la ley.

19. Promesas mal entendidas

Además, si la ley les prometió que serían poderosos, diciendo: *Tú dominarás a muchas naciones, pero sobre ti no dominarán* (Dt 15,6), es evidente que ese hubiera sido un motivo más para que el pueblo condenara las promesas de la ley. Celso parafrasea también algunas expresiones según las cuales la tierra entera se llenaría de la casta hebrea; pero esto, según testimonio de la historia, aconteció más bien después del advenimiento de Jesús, por estar Dios irritado, digámoslo así, no porque les cumpliera sus bendiciones. Respecto de que se prometa a los judíos que matarían a sus enemigos, hay que decir que, si se leen y estudian atentamente las expresiones, se ve que es imposible la interpretación literal. Basta de momento citar el pasaje de los salmos en que se introduce al justo diciendo entre otras cosas:

*Quiero acabar diariamente
con todos los malvados de la tierra,
y así serán de la ciudad de Dios exterminados
todos los malhechores* (Sal 100,8).

Atendamos al texto y a la intención del que habla a ver si quien había antes contado hazañas que puede leer quien quisiere, puede ahora añadir que, no en otro tiempo del día, para atenernos a la letra, sino por la mañana, mataba a todos los pecadores de la tierra sin dejar uno vivo. ¿Era

posible exterminar de Jerusalén a todos los que obraban la iniquidad? Y así es fácil hallar en la ley frases por el estilo, como esta: *No dejamos a nadie con vida* (Dt 2,34; Nm 21,35).

20. La letra y el espíritu

Alega también Celso que fue profetizado a los judíos que, si no obedecían a la ley, sufrirían lo que ellos hacían a sus enemigos. Pero antes de que Celso añada nada a esto y eche mano de los que él se imagina contrastes entre la ley y la enseñanza de Cristo, digamos algo sobre lo antes dicho. Afirmamos, pues, que la ley es doble, una que se toma a la letra, otra entendida en su espíritu como ya antes que nosotros han enseñado algunos.⁴ Ahora bien, no tanto nosotros cuanto Dios mismo que habla en uno de los profetas llama a la ley tomada a la letra *juicios no buenos y ordenaciones no buenas* (Ez 20,25); la entendida, en cambio, en su espíritu es dicha según el mismo profeta, en persona de Dios, *juicios buenos y ordenaciones buenas* (ibid., 21). Pues no va a decir el profeta en el mismo pasaje cosas contrarias. Y en consonancia con él dijo también Pablo que *la letra mata*, que equivale a decir la ley tomada a la letra, y el *espíritu vivifica* (2 Co 3,6), que vale tanto como la ley entendida en su espíritu. Efectivamente, como una vez dice Ezequiel: *Les di juicios no buenos y ordenaciones no buenas, en que no podrán vivir*, y otra vez: *Les di juicios buenos y ordenaciones buenas en que no podrán vivir* (Ez 20,25.21), así también Pablo, cuando quiere desacreditar lo que la ley tiene de letra, escribe: *Ahora bien, si el ministerio de muerte, que fue escrito con letras en piedras, se hizo con gloria, hasta el punto de que los hijos de Israel no podían mirar fijamente al rostro de Moisés, por razón de la gloria de su rostro —de una gloria perecedera—, ¿cuánto más glorioso no será el ministerio del espíritu?* (2 Co 3,7-8). Pero, cuando admira y ensalza la ley, la llama espiritual, diciendo: *Sabemos que la ley es espiritual* (Rm 7,14), y la exalta así: *De suerte que la ley es santa y el mandamiento santo y justo y bueno* (ibid., 12).

21. La riqueza y poder espiritual

Así, pues, si el texto de la ley promete riqueza a los justos, piense Celso que se trata, según la letra que mata, en la promesa de la riqueza ciega (Plat., *Leges* 63 le); nosotros lo entenderemos de la vista aguda, según la cual es uno rico *en toda palabra y en toda ciencia* (1 Co 1,15) y, según la

4 Por ej. Filón., *De sper. leg.* I 2b7 *et passim*.

cual, *mandamos a los ricos en el tiempo presente, que no se llenen de soberbia, ni pongan su confianza en lo incierto de la riqueza, sino en el Dios vivo, que provee a todos largamente para el goce; que obren bien, sean ricos en buenas obras y se muestren prontos en dar y comunicar de lo suyo* (1 Tm 6,17-18). Y es así que la riqueza de bienes verdaderos es redención del alma del varón, como dice Salomón; la pobreza, en cambio, contraria a ella, es funesta, y por ella no soporta el pobre la amenaza (Pr 13,8).

De modo semejante a lo dicho sobre la riqueza, hay que decir también acerca del poder, según el cual se dice que un *justo perseguirá a mil enemigos y dos ahuyentarán a diez mil* (Dt 32,30). Ahora bien, si así se entiende lo de la riqueza, veamos si no se sigue de la promesa de Dios que quien es rico en toda palabra y en toda sabiduría y en toda ciencia y en toda obra buena, preste a muchas naciones de su riqueza en palabra, sabiduría y ciencia, como prestó Pablo, al llenar de la predicación del Evangelio de Cristo desde los contornos de Jerusalén hasta el Ilírico (Rm 15,19), a todas las naciones que recorrió. Y puesto que le fueron manifestados por revelación los misterios divinos, iluminada que fue su alma por la divinidad del Logos, él no tomó prestado ni tuvo necesidad de quien le suministrara la palabra divina. Y estando también escrito: *Tú mandarás sobre muchas naciones, pero sobre ti no mandarán* (Dt 15,16), al someter, por el poder que le venía del Logos, a la enseñanza de Cristo a las naciones, Pablo mandó sobre ellas, sin ceder un momento a los hombres (Ga 2,5), como superior que era a ellos y así también llenó la tierra.

22. Bajo el signo de la alegoría

Ahora, pues, si hay que interpretar lo del matar a la manera del poder que tiene el justo, diremos que cuando dice: *Por la mañana mataba a todos los pecadores de la tierra, para exterminar de la ciudad del Señor a todos los que obran la iniquidad* (Sal 100,8), por *tierra* entendía figuradamente la carne, cuyo sentir es enemistad para con Dios (Rm 8,7) y por *ciudad de Dios* su propia alma, en que había un templo de Dios, como quiera que tenía recta idea y concepción del mismo Dios; alma que admiraban cuantos la miraban. Así, pues, apenas los rayos del sol de justicia (Mt 4,2) brillaron sobre ella, fortalecido y robustecido, por decirlo así, por ellos, el justo mató todo sentir de la carne, que son *los pecadores de la tierra y exterminó de la ciudad del Señor*, que es su propia alma, todos los pensamientos que obran la iniquidad y todas las imaginaciones enemigas de la verdad.

En este sentido matan también los justos lo que se coge vivo de los enemigos y que procede

de la maldad, de forma que no queda vivo ni un mal que pudiéramos llamar niño y recién nacido de la maldad. Así entendemos también el texto del salmo 136, que dice:

*¡Oh hija de Babel, devastadora,
dichoso el que la paga te pagare
de cuantos males nos has hecho!
¡Dichoso el que agarrare a tus pequeños,
y los estrelle en una peña! (Sal 136,8-9).*

Porque los pequeños de Babilonia, que se interpreta confusión, son los confusos pensamientos que acaban de nacer y brotar en el alma, hijos que son de la maldad; el que los agarra y les rompe las cabezas sobre la solidez y firmeza de la razón, ese estrella contra una peña a los niños de Babilonia y por ello es bienaventurado. Mande, pues, Dios, enhorabuena matar sin distinción de edad ni de sexo todo lo que nace de la maldad, pues nada manda en ello contra lo que enseñó Jesús; y ante los ojos de quienes son judíos *en lo secreto* (Rm 2,9) haga Dios matanza de todo lo que es enemigo y procede de la maldad. Y lo mismo podemos suponer que significa que quienes no obedecen a la ley y palabra de Dios, equiparados a los enemigos y calificados por su maldad, hayan de sufrir lo que merecen sufrir los que se apartan de las palabras de Dios.

23. La doctrina de Jesús se armoniza con la del Antiguo Testamento

Por aquí se ve también claro que Jesús, “el hombre de Nazaret”, no legisla en contra de lo que hemos dicho sobre la riqueza y los que la pierden cuando dice que es difícil que un rico entre en el reino de Dios (Mt 19,23), ya sea que entendamos por rico simplemente al que está distraído por la riqueza e impedido por ella, como por espinas, para dar los frutos de la palabra (Mt 13,22), o al que es rico en falsas doctrinas, de quien se escribe en los Proverbios: *Más vale un pobre justo que un rico embustero* (28,6).

De los textos evangélicos: *El que de entre vosotros quiera ser el primero, sea siervo de todos, y: Los gobernantes de las naciones, dominan sobre ellas y los que entre ellos tienen autoridad se llaman bienhechores* (Mt 20,25-27; Lc 22,25), es probable que sacara Celso que Jesús prohíbe la ambición de mando; pero no hay que pensar que ello se oponga al otro texto: *Tú mandarás sobre muchas naciones, pero sobre ti no mandarán* (Dt 15,6), sobre todo por la explicación que hemos dado del mismo.

Seguidamente hace Celso una objeción acerca de la sabiduría, imaginando que Jesús enseña que el sabio no tiene acceso al Padre (cf. *supra* VII 18). Preguntémosle: ¿De qué sabio se trata? Si del que se configura según la sabiduría de este mundo, que es necedad delante de Dios (1 Co 3,10), también nosotros afirmaremos que ese sabio no tiene acceso al Padre. Pero si, por sabiduría, se entiende a Cristo, puesto que Cristo es *poder y sabiduría de Dios* (1 Co 1,24), para ese sabio no solo decimos que hay acceso al Padre; el que estuviere adornado del carisma que se llama palabra de sabiduría, que es dado por el Espíritu (1 Co 12,8), se distinguirá en gran manera de quienes carezcan de ese adorno.

24. Vanagloria y vanos cuidados

En cuanto al andar tras la gloria entre los hombres, decimos que está prohibido no solo por la doctrina de Jesús, sino también por la antigua Escritura. Por lo menos, cuando uno de los profetas se imprecia a sí mismo si es reo de pecado, dice que el peor de los males que le pudiera suceder sería la gloria terrena. He aquí sus palabras:

*Señor mío y Dios mío, si tal hice,
si iniquidad mis manos manchan,
si fui causa de mal contra mi amigo,
yo que he salvado a quienes
contra derecho y ley me combatían,
que mi alma persiga mi enemigo y le dé alcance,
mi vida pisotee sobre el suelo
y entre el polvo mi gloria envuelta quede (Sal 7,4-6).*

Pero tampoco los textos evangélicos: No os preocupéis sobre qué comeréis o beberéis; considerad las aves del cielo, o considerad los cuervos (Lc 12,24), que no siembran ni recogen y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿Cuánto más no valéis vosotros que los pájaros? ¿Y a qué andar solícitos por el vestido? Considerad los lirios del campo y lo que sigue (Mt 6,25-28); estos textos, decimos, no contradicen las condiciones de la ley, según las cuales el justo comerá hasta hartarse (cf. Lv 26,5), ni a lo que dice Salomón en este pasaje: *El justo, al comer, harta su alma; pero las almas de los impíos sufren indigencia* (Pr 13,25). Porque es menester atender a que, en la bendición de la ley, se da a entender la comida del alma, de que no se nutre el compuesto

humano, sino solo el alma. En cuanto a los textos del Evangelio, acaso puedan tomarse en sentido más profundo o en sentido sencillo, a saber, que no hay que angustiar al alma con preocupaciones por la comida y vestidos; el que practique la sobriedad debe antes bien estar persuadido que Dios le proveerá, con tal de que solo se preocupe de lo necesario.

25. Presentar la otra mejilla

Celso cita estas palabras: “Al que te diere un bofetón, preséntale la mejilla para que te dé otro”, pero no contrapone texto alguno de la ley que parezca contradecir a la doctrina del Evangelio; nosotros, en cambio, diremos que sabemos que fue dicho a los antiguos: *Ojo por ojo y diente por diente* y también hemos leído: *Pero yo os digo: Al que te diere un bofetón en una mejilla, preséntale la otra* (Mt 5,38-39). Sin embargo, como me figuro que Celso ha oído rumores sobre quienes distinguen al Dios del Evangelio del de la ley y ello le inspira lo que afirma, digamos contra su tesis que también las letras antiguas conocen el precepto de presentar la otra mejilla al que nos pegue en una. Por lo menos en las *Lamentaciones* de Jeremías está escrito: *Bueno es para el hombre llevar el yugo desde su adolescencia. Que se siente solitario y calle cuando le fuere impuesto... Dé su mejilla al que le hiera y que se sacie de oprobios* (Lm 3,27-30). No se opone, pues, el Evangelio al Dios de la ley, ni aun en ese precepto de presentar la otra mejilla; ni cabe preguntar si miente Moisés o Jesús; ni el Padre, al enviar a Jesús, se había olvidado de lo que ordenara a Moisés ni, condenando sus propias leyes, se arrepintió y mandó a su mensajero a establecerlas contrarias.

26. Separación entre cristianos y judíos

Ahora, si hay que decir siquiera unas palabras acerca de la antigua constitución política que antaño observaron los judíos de acuerdo con la ley de Moisés y la que ahora quieren corregir los cristianos conforme a la enseñanza de Jesús, diremos que ni la constitución política según la ley de Moisés, entendida a la letra, se ajustaba a la vocación de los gentiles, súbditos que eran de los romanos, ni a los antiguos judíos les era posible mantener sin modificación su sistema de constitución si, por hipótesis, obedecían a la constitución conforme al Evangelio. Efectivamente, no era posible que los cristianos aplicaran la ley de Moisés en lo que atañe a matar a los enemigos o a quienes infringen la ley y se los juzga dignos de ser quemados o apedreados, pues ni los mismos

judíos, que lo quieren, pueden ejecutar contra ellos tales penas, como lo prescribe la ley. Pero, por otra parte, si a los judíos de antaño, que poseían su propio sistema de constitución y territorio, se les quita el poder de atacar a sus enemigos y luchar por sus tradiciones patrias y de matar o castigar como fuere a los adúlteros y asesinos o de otro modo infractores de la ley, ya no queda sino que perecieran todos sin remedio, pues los enemigos atacarían a una nación enervada por su propia ley, que le prohibiría defenderse contra los atacantes. Ahora bien, la providencia que dio antaño la ley y ha dado ahora el Evangelio, al no querer que siguiera dominando el judaísmo, destruyó su ciudad y templo y acabó con el culto que, por medio de sacrificios y ritos prescritos, se tributaba a Dios en el templo. Pero al mismo tiempo que destruyó todo aquello, porque no quería se continuara practicando, hizo que día a día prosperara el cristianismo y aún ahora ha acrecentado la libertad para predicarlo, a despecho y pesar de todos los obstáculos que se han opuesto para que la doctrina de Jesús no se difundiera por la tierra entera. Pero como era Dios quien quería que también los gentiles se aprovecharan de la enseñanza de Jesucristo, quedó desbaratado todo humano designio contra los cristianos; y así, cuanto más los humillaban por dondequiera los emperadores, los gobernantes y los pueblos gentiles, tanto más crecían en número y se hacían más y más fuertes (Ex 1,7).

27. “Dios es espíritu”

Seguidamente pone Celso, por todo lo largo, como dichas por nosotros, cosas que nosotros no decimos acerca de Dios, al que, según él, “tendríamos por de naturaleza corpórea y de cuerpo humano” (cf. VI 62-64) y trata de refutar tesis que nosotros no sentamos. Todo lo cual es superfluo citar y refutarlo también por nuestra parte. Si realmente dijéramos lo que él afirma que decimos acerca de Dios y lo atacara, nos sería forzoso citar sus palabras, demostrar nuestra doctrina y deshacer la suya. Pero no; él se compone lo que no oyó de nadie, o, dado que lo oyera de alguien, sería de algún simple e inculto, de los que no entienden el sentido de la palabra divina. Por lo cual no hay por qué perder tiempo en cosas superfluas. Las letras divinas afirman claramente que Dios es incorpóreo, por lo que *a Dios no lo vio nadie jamás* (Jn 1,18) y del primogénito de toda la creación se dice que es imagen del Dios invisible (Col 1,15), que es como si dijera del Dios incorpóreo. Anteriormente (VI 70) hemos dicho algo acerca de Dios al examinar en qué sentido entendemos el texto evangélico: *Espíritu es Dios y los que lo adoran, en espíritu y en verdad lo deben*

adorar (Jn 4,24).

28. La tierra bienaventurada

Después de lo que dice acerca de Dios, en que nos calumnia, nos pregunta Celso “adonde iremos y qué esperanza tenemos”. Y como si ya le hubiéramos respondido, consigna nuestras palabras que serían: “A otra tierra mejor que esta”. Y ahora comenta: “Hombres divinos antiguos quieren saber de una vida bienhadada para almas bienhadadas. Unos la llamaron islas de los bienaventurados (Hesiod., *Erga* 171), otros Campos Elíseos, por acabarse allí los males presentes. Así Hornero:

“Mas a ti,
a los Campos Elíseos y a los lindes de la tierra
le enviarán los inmortales,
donde es el rubio Radamante
y la vida más fácil llevan los humanos”. (*Odyssea* 4,563ss.)

Y Platón, que tiene al alma por inmortal, llama derechamente tierra el lugar o región a donde es enviada. Dice así: “Inmenso es el espacio y nosotros, desde el Fasis a las columnas de Hércules, solo ocupamos una mínima parte, como unas hormigas o ranas en derredor de una laguna, habitando en torno del mar; pero otros muchos habitan en muchos otros lugares semejantes. Hay, en efecto, en torno a la tierra muchas cavidades, de las más variadas formas y tamaños, a las que confluyen el agua, la niebla y el aire. Pero la tierra misma es pura y está situada en el cielo puro” (Plat., *Phaid.* 109ab).

Así, pues, Celso supone que hemos tomado la idea de una tierra mejor y muy diferente que la presente de ciertos hombres antiguos que él tiene por divinamente inspirados, señaladamente de Platón, que, en el *Fedón*, filosofa acerca de la tierra pura, situada en el cielo puro. Pero no ve que Moisés, que es más antiguo que el alfabeto griego (cf. IV 21; VI 7), presenta a Dios que promete a quienes vivieren conforme a su ley la tierra santa, buena y espaciosa que mana leche y miel (Ex 3,8). Y esta tierra buena no es, como algunos se imaginan, la Judea de aquí abajo, que está también situada en la tierra maldecida desde el principio en las obras de la transgresión de Adán. Efectivamente, la maldición: *Maldita la tierra en las obras de tus manos, con dolores comerás de ella todos los días de tu vida* (Gn 3,17), sobre toda la tierra fue pronunciada. Con dolores, es decir, con

trabajos come de la tierra todo hombre muerto en Adán (1 Co 15,22) y come todos los días de su vida. Y, como maldecida, toda la tierra produce cardos y espinas toda la vida del hombre, que en Adán fue arrojado del paraíso; y todo hombre come su pan con el sudor de su frente, hasta que vuelve a la tierra de que fue tomado (Gn 3,19). Realmente, mucho habría que decir para explicar con entera claridad este pasaje; de momento, sin embargo, nos hemos contentado con estas breves observaciones, pues solo queríamos disipar el error que supone haberse dicho de la Judea lo de la tierra buena, que Dios promete a los justos.

29. Cuál es la tierra buena...

Ahora bien, si toda la tierra misma está maldecida en las obras de Adán y de los que murieron en él, es claro que todas sus partes entran en la maldición y, por ende, también la tierra de Judea, de suerte que no le cuadra lo de tierra buena y espaciosa, tierra que mana leche y miel (Ex 3,8), siquiera, simbólicamente, se demuestre que es la Judea y Jerusalén una sombra de la tierra pura, situada en cielo puro, de la tierra buena y espaciosa en que está la Jerusalén celeste. Disertando sobre esta el Apóstol, como quien, resucitado con Cristo, buscaba las cosas de arriba (Col 1,3), y hallando un sentido ajeno a toda mitología judaica (cf. Tt 1,14), dice: *Sino que os habéis acercado al monte Sión y a la ciudad del Dios vivo, a la Jerusalén celeste, a la congregación de ángeles innumerables* (Hb 12,22).

Pero para que cualquiera se persuada que no hablamos contra la mente del Espíritu divino acerca de la tierra buena y espaciosa de Moisés, estudie a todos los profetas que enseñan cómo todos los que se fueron errantes y se desterraron de Jerusalén han de volver a ella y se asentarán sin falta en el que llama lugar y ciudad de Dios el que dice: *En paz santa su lugar* (Sal 75,3); y el que dice también: *Grande es el Señor y digno sobre todo de alabanza, en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo, buena raíz de regocijo para toda la tierra* (Sal 47,2-3). Baste de momento citar del salmo 36 lo que se refiere a la tierra de los justos: *Los que esperan en el Señor heredarán la tierra;* y poco después: *Pero los mansos poseerán la tierra y se deleitarán en paz copiosa.* Y algo más abajo: *Los que lo bendijeren heredarán la tierra;* y otra vez: *Los justos heredarán la tierra y habitarán en ella para siempre* (Sal 36,9.11.22.29). Y es de ver si lo que se dice en el mismo salmo no indica claramente, para quienes sean capaces de entenderlo, la tierra pura situada en cielo puro: *Espera en el Señor y guarda su camino y Él te exaltará para que poseas la tierra*

(ibid., 34).

30. Platón e Isaías

A mi parecer, lo que Platón dice acerca de las piedras que aquí se tienen por preciosas y se dice que son emanación de piedras de una tierra mejor, debió de tomarlo de lo que se escribe en Isaías sobre la ciudad de Dios y es como sigue: *Haré de jaspe tus baluartes y de cristal tus piedras* (¿o puertas?) *y tu muralla de piedras preciosas. Y otra vez: Haré tus cimientos de zafiro* (Is 54,12.11). Los que toman en sentido más elevado las palabras del filósofo, interpretan alegóricamente el mito de las piedras en Platón; aquellos, en cambio, que hayan vivido de modo semejante a los profetas y bajo la inspiración divina y que consagraron todo su tiempo a la investigación de las sagradas letras, expondrán las profecías, de las que conjeturamos haber tomado Platón, a los que son aptos para entenderlas por razón de la pureza de su vida y del deseo de conocer los misterios divinos.

Nuestro objeto era solamente hacer ver que nosotros no tomamos de los griegos, ni de Platón especialmente, lo que decimos acerca de la tierra santa; ellos más bien, que fueron más recientes, no solo que Moisés, que es antiquísimo, sino que la mayoría de los profetas, malentendieron algunas cosas dichas enigmáticamente acerca de esos puntos, o, leyendo las Sagradas Escrituras, las tergiversaron y dijeron lo que dijeron sobre una tierra mejor. Y es así que Ageo distingue claramente entre lo árido y la tierra y llama árido el elemento sobre el que habitamos. Dice así: *Porque una vez más sacudiré el cielo y la tierra y lo árido y el mar* (Ag 2,6 [7]).

31. Irrealidad de lo sensible

Celso remite para mejor momento la explicación del mito platónico del Fedón, diciendo: “No es fácil que cualquiera entienda lo que Platón da a entender por estas palabras, a no ser quien sea capaz de comprender lo que significa eso de que por flaqueza y lentitud no podemos pasar hasta el último extremo del aire; y si la naturaleza fuera apta para resistir la contemplación, conocería que es aquél el verdadero cielo y la verdadera luz” (Plat., *Phaid.* 109d,2). Imitándolo nosotros, por considerar que no dice con el tema de la presente obra, aplazaremos para los comentarios sobre los profetas explicar lo atinente a la tierra buena y a la ciudad de Dios que hay en ella. Sobre la

ciudad de Dios hablamos ya según nuestras fuerzas en los comentarios a los salmos 45 y 47.⁵

Por lo demás, la doctrina antiquísima de Moisés y de los profetas sabe que las cosas verdaderas llevan el mismo nombre que las terrenas, a las que de modo más general se dan esos nombres. Así hay una *luz verdadera* (Ag 1) y otro cielo distinto del firmamento (Gen 1,6-8; cf. *supra* VI 49) y un sol de justicia diferente del sensible (Ml 4,2). Y, en general, para distinguirlas de lo sensible, que no tiene verdad alguna, dice la Escritura: *Dios, verdaderas son tus obras* (Dn 4,37); clasificando entre las verdaderas las obras de Dios y entre las inferiores las que se llaman obras de sus manos (Sal 101,26). Por lo menos, al reprender a algunos por boca de Isaías dice: *No miran a las obras del Señor, ni consideran las obras de sus manos* (Is 5,12). Y con esto baste sobre este punto.

32. El dogma de la resurrección

El tema de la resurrección es largo y difícil de explicar (cf. Hb 5,11) y pide, como ningún otro de los dogmas, un hombre sabio y hasta muy adelantado en sabiduría, para demostrar cuan digno de Dios y cuan magnífico es un dogma según el cual tiene alguna razón de germen el que las Escrituras llaman tabernáculo o tienda del alma, en que están los justos gimiendo, agravados, porque no quieren despojarse de él, sino sobrevestirse (2 Co 5,1). Nada de eso entendió Celso por haberlo oído de gentes ignorantes, incapaces de demostrar algo por razonamiento y por eso hace chacota de nuestra doctrina. Será, pues, provechoso añadir a lo que anteriormente hemos dicho (II 55-67; V 18-20.57-58) siquiera una observación de pasada sobre este punto y es que nosotros no hablamos de la resurrección por haber malentendido, como cree Celso, las teorías sobre la emigración de las almas. No, nosotros sabemos que el alma, incorpórea e invisible por su naturaleza, en cualquier lugar corporal que se hallare necesita de un cuerpo acomodado a la naturaleza de aquel lugar. Ese cuerpo lo lleva a veces después de despojarse del anterior, necesario antes, pero superfluo ahora en un estado posterior; otras, sobrevistiéndose sobre el que antes tenía, pues necesita de más excelente vestidura para lugares más puros, etéreos y celestes. Así, al venir a nacer en esta tierra, se despojó de la envoltura que le fue útil para la plasmación en el seno de la mujer embarazada,⁶ mientras estuvo en él; pero se revistió luego de la envoltura que era necesaria para quien iba

5 Los fragmentos que quedan de estos comentarios no tratan de la ciudad de Dios (XII 329ss, Lommatzsch).

6 Sobre la idea he aquí las referencias de Chadwick: Strabo. I 59 (p.713); Senec., *Epist.* CU 23; M. Aurel., IX 3,4; PORPHYR., *A d Marcellam* 32; E us., *Theopaneia* I 72.

a vivir en este mundo.

Además, dado que hay cierto tabernáculo y casa terrena (2 Co 5,1ss), necesaria en cierto modo al tabernáculo, dicen las letras sagradas que la casa terrena del tabernáculo se desmorona; el tabernáculo, en cambio, se sobreviste de una casa no hecha a mano, eterna en los cielos. Y añaden los hombres de Dios que lo corruptible se reviste de incorruptibilidad, que difiere de lo incorruptible; y lo mortal se reviste de inmortalidad, que no es lo mismo que lo inmortal. La relación que hay entre la sabiduría y lo que es sabio y entre la justicia y lo justo, la paz y lo pacífico, esa misma se da entre la incorruptibilidad y lo incorruptible, la inmortalidad y lo inmortal. He ahí, pues, a lo que nos incita la palabra divina al decir que nos revestimos de incorruptibilidad e inmortalidad, las cuales, como un vestido al que lo viste y lo lleva, no permiten se corrompa o muera quien de ellas se reviste. Y perdónesenos la audacia de haber dicho todo esto, por causa de Celso, que no entendió qué es lo que llamamos resurrección y por ello hace nuestra doctrina objeto de risa y mofa.

33. La visión de Dios

Celso se imagina además que predicamos el dogma de la resurrección por conocer y ver a Dios y así se inventa lo que le da la gana y dice cosas como estas: “Cuando se ven completamente acorralados y rebatidos, como si nada hubieran oído, retornan de nuevo a su pregunta: ¿Cómo, pues, podemos conocer y ver a Dios? ¿Y cómo iremos a Él?” Sepa, pues, el que guste de saberlo que, si es cierto que necesitamos de un cuerpo, entre otras cosas para estar en un lugar material y de cuerpo que corresponda a la naturaleza del lugar; si, por necesitar de un cuerpo, sobrevestimos nuestro tabernáculo de lo antedicho, para el conocimiento de Dios no necesitamos en absoluto de cuerpo. Porque lo que conoce a Dios no es el ojo del cuerpo, sino la mente que ve lo que es imagen de Dios y que ha recibido de la providencia de Dios la facultad de conocer al mismo Dios. Y a Dios conoce también el corazón limpio, del que ya no salen malos pensamientos, ni homicidios, ni adulterios, ni fornicaciones, ni robos, ni falsos testimonios, ni blasfemias, ni ojo malo, ni cosa alguna torpe: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5,8). Sin embargo, puesto que no basta nuestro propósito para mantener enteramente puro el corazón, sino que necesitamos que Dios nos lo cree tal, de ahí es que los que saben orar digan: Crea en mí, ¡oh Dios!, un corazón limpio (Sal 50,12).

34. Dios es incorpóreo

Tampoco nos imaginamos que Dios esté en algún lugar para ir a preguntarle a nadie: “¿Cómo iremos a Él?”, pues Dios es superior a todo lugar, lo contiene todo y nada contiene a Dios. Así, pues, no se nos ordena que vayamos corporalmente a Dios cuando se nos dice: *Tras el Señor, tu Dios, caminarás* (Dt 13,4), ni porque estuviera corporalmente pegado con Dios dijo el profeta en su oración: *Mi alma a ti se adhiere* (Sal 62,9). Nos calumnia, pues, Celso cuando dice que nosotros “esperamos ver a Dios con los ojos del cuerpo, oír su voz con los oídos y tocarlo con nuestras manos sensibles”. Sabemos, en cambio, que las letras divinas hablan de ojos que llevan el mismo nombre que los del cuerpo y lo mismo de oídos y manos y, lo que es más extraño, de una sensación más divina y distinta de la que así se llama corrientemente por el vulgo. Y es así que, cuando dice el profeta: *Abre mis ojos, para que pueda de tu ley contemplar las maravillas* (Sal 118,18), o: *Todo precepto del Señor es limpio e ilumina los ojos* (Sal 18,9), o: *Ilumina mis ojos, no consientas me duerma yo en la muerte* (Sal 12,4), no hay nadie tan estúpido que piense que se contemplan con los ojos del cuerpo las maravillas de la ley divina, o que el precepto del Señor ilumine los ojos del cuerpo, o que se dé en estos un sueño que acarrea la muerte. Del mismo modo, cuando nuestro Salvador dice: *El que tenga oídos para oír, que oiga* (Mt 11,15; 13,9), cualquiera entiende que habla de oídos divinos. Y cuando se dice que la palabra del Señor fue en mano de Jeremías (Jr 1,4.9) o de otro profeta, o la ley en mano de Moisés (Nm 16,40) o: *Busqué al Señor con mis manos, y no quedé engañado* (Sal 76,3), no hay nadie tan insensato que no comprenda que se trata de manos trópicamente dichas, de las que dice también Juan: *Nuestras manos palparon al Verbo de la vida* (1 Jn 1,1). Y si quieres saber de la sensación superior y no de la corporal de las Sagradas Escrituras, oye a Salomón, que te dice en los Proverbios: *Encontrarás sensación divina* (Pr 2,5).

35. Dioses muy tratables

No tenemos, pues, necesidad, como si así buscáramos a Dios, de marchar a donde nos manda Celso, a los oráculos de Trofonio, de Anfiarao y Mopso, donde dice que se ven dioses en forma humana y, como dice Celso, “no falaces, sino manifiestos” (III 34.24; VIII 45). Porque nosotros sabemos que esos son démones que se alimentan de las grasas y sangre y de los perfumes de los sacrificios (III 38) y así están retenidos en las cárceles fabricadas por su propio deseo. Esas cárceles tuvieron los griegos por templos de dioses; pero nosotros sabemos que se trata de moradas de

démones embusteros. Luego, con maligna intención, dice Celso acerca de esos que él tiene por dioses en forma humana, que “los verá quien quiera, no pasando una sola vez de largo, como el personaje que engañó a estos, sino conversando siempre con quienes quieran”. Por estas palabras parece haber tenido a Jesús por un fantasma, que, después de su resurrección, se apareció a sus discípulos, que lo habrían visto pasar como de largo. Pero los que él llamó dioses en forma humana, esos opina que conversan siempre con quienes quieren. Pero ¿cómo puede un fantasma —usando sus palabras— pasar de largo para engañar a los que lo contemplan y después de aquella visión operar cosas tan grandes y convertir las almas de tantos y persuadirles a hacerlo todo para agradar a Dios, como quienes han de ser juzgados por Él? ¿Y cómo ese que se llama fantasma expulsa demonios y lleva a cabo otras operaciones nada despreciables, sin limitarse, como a una herencia, a un solo lugar, a la manera de esos dioses en forma humana de Celso? Ese “fantasma” llegó a la tierra entera, congregando y atrayendo a su divinidad a todos cuantos encontrara inclinados a vivir vida santa.

36. Receta contra el estilo de Celso

Después de esto, que hemos refutado según nuestras fuerzas, prosigue diciendo Celso: “Pero ellos me preguntarán de nuevo: ¿Cómo conoceremos a Dios si no lo aprehendemos por la sensación? ¿Cómo es posible conocer nada sin la sensación?” (cf. VI 66; VII 33). Luego, respondiendo a esto, dice: “No de hombre, no de alma, sino de carne es esta voz. Sin embargo, escuchen como quiera, si es que son capaces de entender algo, como casta que son amilanada y pegada al cuerpo. Si, cerrando los ojos a los sentidos, los abris a la inteligencia y, apartándoos de la carne, despertáis los ojos del alma, solo de ese modo veréis a Dios. Y si buscáis un guía para este camino, tenéis que huir de embaucadores y charlatanes que hacen la corte a fantasmas, para no caer en la extrema ridiculez de maldecir como fantasmas (ídolos) a los otros dioses que se muestran claramente y dar culto al que es más miserable que los de verdad fantasmas; es más, al que no es ya ni fantasma, sino puro muerto, al que le buscáis un padre semejante”.

Lo primero que hay que decir de su prosopopeya, al atribuirnos palabras como dichas por nosotros en defensa de la resurrección de la carne, es que es virtud de quien introduce a una persona mantener la intención y el carácter de la persona introducida; es vicio, en cambio, atribuir a la persona que habla palabras que no le convienen. Reprensibles son los que, en la prosopopeya,

atribuyen una filosofía que ellos sin duda aprendieron, pero no es probable aprendiera su personaje, a gentes bárbaras e incultas o a esclavos o a quienes jamás oyeron palabra de filosofía ni les pasó a ellos por la cabeza; pero no menos reprobables son los que atribuyen a quienes se supone sabios y concedores de las cosas divinas, dichos de hombres incultos inspirados por vulgares pasiones y lanzados por pura ignorancia. Tal es la razón por la que muchos admiran a Homero (cf. Walz, *Rhet. graeci* I 148-149), que sabe mantener las personas de sus héroes tal como las introduce desde el comienzo; a Néstor, por ejemplo, a Ulises, a Diomedes, Agamemnon, Telémaco, Penélope o cualquier otro. Aristófanes, en cambio, se burla de Eurípides, como hombre que habla fuera de propósito (Aristoph., *Acharn.* 393ss), pues pone a menudo en boca de mujeres bárbaras o de esclavos doctrinas que él había oído de Anaxágoras o de otro sabio (cf. supra IV 77).

37. Las incongruencias de Celso

Ahora bien, si esa es la virtud y ese el vicio al introducir una persona ficticia, ¿cómo no reírse, con razón, de Celso, que atribuye a los cristianos cosas que no dicen los cristianos? Porque, si fingió discursos de gentes ignorantes, ¿de dónde les viene a tales gentes que puedan discernir entre sensación e inteligencia, entre lo sensible e inteligible y sienten tesis semejantes a las de los estoicos, que niegan las substancias (o esencias) inteligibles? Según ellos, por la sensación se percibe todo lo que se percibe y toda percepción depende de las sensaciones (cf. *Stoic. Vet. frag.* II 105-21). Y si se inventó discursos de los que cultivan la filosofía y examinan cuidadosamente y según el alcance de sus fuerzas la doctrina de Cristo, tampoco a estos atribuye lo que les conviene. Nadie, en efecto, que sabe que es Dios invisible y que hay obras invisibles, es decir, inteligibles, puede decir como si quisiera defender la doctrina de la resurrección: “¿Cómo, no percibiéndolo por la sensación, conocerán a Dios?” O: “¿Qué puede conocerse sin la sensación?” Y en libros no recónditos o solo leídos por unos pocos, ávidos de saber, sino en los más populares, está escrito: *Lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, es visto con claridad por medio de las criaturas* (Rm 1,20). Por ahí cabe entender que, si bien los hombres en esta vida deben comenzar por las sensaciones y lo sensible para remontarse a la naturaleza de lo inteligible, no deben, sin embargo, pararse en lo sensible; ni tampoco dirán que, fuera de la sensación, no es posible conocer lo inteligible; y aunque preguntaran: “¿Quién puede conocer sin sensación?”, demostrarán que no tiene razón Celso para añadir: “No de hombre, no de alma, sino de carne es esta voz”.

38. Nuestro conocimiento de Dios

Ahora, pues, los que decimos que el Dios del universo es inteligencia, y aun que trasciende la inteligencia y la substancia (Plat., *Pol.* 509b; cf. *supra* VI 64), invisible e incorpóreo, es lógico que digamos que no será comprendido por nada, sino por lo que fue hecho a imagen de aquella inteligencia; ahora, para valemos de la palabra de Pablo, por *espejo* y *enigma*; más tarde, *cara a cara* (1 Co 13,12). Y al hablar de “cara”, nadie impugna falsamente, por razón de la expresión, lo que con ella se significa. Por este otro texto: *Contemplando como en espejo a cara descubierta la gloria del Señor y transformado en la misma imagen de gloria en gloria* (2 Co 3,18), debe comprender cualquiera que no se trata ahí de cara sensible, sino que debe entenderse tropológicamente, como cuando se habla de ojos y oídos y otras cosas antes citadas (VI 61-62; VII 34) que llevan el mismo nombre que los miembros del cuerpo.

Ahora bien, un hombre, es decir, un alma que usa de un cuerpo, que se llama hombre interior (Rm 7,22; 2 Co 4,16; Ef 3,16) y también alma, no responde a lo que Celso escribió, sino lo que enseña el mismo hombre de Dios; y de la voz de la carne no puede usar un cristiano, que ha aprendido a mortificar por el espíritu las acciones de la carne (Rm 8,13) y a llevar siempre en su cuerpo la mortificación de Jesús (2 Co 4,10) y a mortificar los miembros que están sobre la tierra (Col 3,5) y sabe también qué significan estas palabras: *No permanecerá mi espíritu en estos hombres para siempre, pues son carne* (Gn 6,3), no menos que estas otras: *Los que están en la carne no pueden agradar a Dios* (Rm 8,8).

39. Arrogante llamamiento de Celso

Pues veamos a qué nos llama para oír de él la manera como conoceremos a Dios. Y empieza por pensar que ningún cristiano entenderá lo que él dice. Dice, en efecto: “Sin embargo, escuchen como quiera, si son capaces de entender algo”. Consideremos, pues, lo que ese filósofo quiere que oigamos de su boca; un filósofo, por cierto, que, debiéndonos enseñar, nos cubre de improprios; y que, debiendo mostrar su benevolencia con sus oyentes en el exordio de su discurso, nos regala el calificativo de “raza amilanada”, a los que resisten hasta la muerte antes que renegar aun de palabra al cristianismo y están por esa causa dispuestos a arrostrar cualquier tormento y género de muerte. Afirma también que somos “casta pegada al cuerpo”, nosotros, justamente, que decimos: *Y si alguna vez hemos conocido a Cristo según la carne, ahora, en cambio, ya no lo conocemos* (

2 Co 5,10); nosotros, decimos, que nos desprendernos con más facilidad de nuestro cuerpo por la religión que lo que le costaría a un filósofo quitarse el manto. Nos dice, pues, lo siguiente: “Si, cerrando los ojos a las sensaciones y apartándoos de la carne, despertáis el ojo del alma, solo así veréis a Dios”. Y, sin duda, se imagina que todo eso, quiero decir, la teoría de los dobles ojos, que él toma de los griegos (cf. Plat., *Symp.* 219a; *Soph.* 254a; *Pol.* 519b.533d; *Phaidon* 99e), no ha sido antes objeto de especulación entre nosotros. Digamos, pues, que Moisés, describiendo la creación del mundo, introduce al hombre antes de la transgresión a veces como que ve, a veces como que no ve. Como que ve, cuando dice de la mujer, que *miró la mujer y vio que el árbol era bueno para comer y agradable para mirarlo con los ojos y hermoso para contemplarlo* (Gn 3,6); y como que no ve, no solo cuando la serpiente dice a la mujer como sobre ojos ciegos: *¡No! Dios sabía que el día que comierais del árbol, se os abrirán los ojos* y en lo otro: *Comieron y se les abrieron a los dos los ojos* (Gn 3,6-7). Ahora bien, se les abrieron los ojos de la sensación, que en buena hora tenían cerrados, para no distraerse e impedir así la contemplación con el ojo del alma. Por el pecado, en cambio, se les cerraron, según mi opinión, los ojos del alma con que veían y se complacían en Dios y su paraíso. De ahí es que también nuestro Salvador, conociendo esta doble especie de ojos en nosotros, dice aquello: *Yo he venido a este mundo para juicio, para que los que no ven vean y los que ven se queden ciegos* (Jn 9,39). Por los que no ven da a entender los ojos del alma, que la palabra divina hace perspicaces; y por los que ven, los ojos de las sensaciones, que ha cegado la palabra, a fin de que, sin distracción, mire el alma lo que debe. Así, pues, todo verdadero cristiano tiene despierto el ojo del alma y cerrado el de la sensación; y en la proporción en que está despierto el ojo superior y cerrada la vista de las sensaciones, contempla cada uno al Dios supremo, y a su Hijo, que es Verbo y sabiduría, etc.

40. Confusiones de Celso

Después de lo que acabamos de examinar, Celso se imagina dirigir a todos los cristianos un razonamiento que, de decirse en absoluto, cuadraría a los que confiesan ser de todo punto ajenos a la doctrina de Jesús. Los ofitas, en efecto, como dijimos arriba (VI 28), que niegan totalmente a Jesús y otros que sienten como ellos, son “los que cortejan a los fantasmas, impostores y hechiceros”; y ellos son “los que se aprenden míseramente de memoria los nombres de los porteros”. En balde, pues, les dice a los cristianos: “Y si buscáis un guía para este camino, debéis huir de los

embaucadores y magos, que hacen la corte a los fantasmas”. Y por no saber siquiera Celso que esos tales están como magos a su lado y no maldicen menos que él a Jesús y la religión de Jesús, dice confundiéndonos con ellos en su discurso: “De este modo os haréis de todo punto ridículos, blasfemando como fantasmas de los otros dioses que claramente se manifiestan y dándole culto a él, más miserable que los de verdad fantasmas y hasta ni siquiera ya fantasma, sino realmente muerto y buscándole un padre semejante”.

La prueba de que Celso no sabe lo que dicen los cristianos y quiénes se inventan tales cuentos, sino que, imaginando darse en nosotros las culpas que a ellos achaca, dice contra nosotros cosas con las que nada tenemos que ver, nos la ofrece este texto: “Por este enorme engaño y por aquellos maravillosos consejeros y por las palabras demoníacas, las que se dicen al león y al de doble faz y al de forma de asno y a los otros y a los divinos porteros, cuyos nombres aprendéis míseramente de memoria, os volvéis locos los infortunados, sois llevados a los tribunales y se os clava en un palo”. No sabe Celso que ninguno de los que piensan que el que tiene forma de león y el que tiene forma de asno y el de doble faz son porteros de la senda hacia arriba, resiste hasta la muerte por la que a él le parece la verdad. Lo que nosotros hacemos con exceso, si aquí puede hablarse de exceso, entregándonos a todo linaje de muerte y a ser clavados en un palo, se lo atribuye Celso a los que nada de esto sufren; a nosotros, en cambio, que somos empalados por causa de la religión, nos echa en cara la mitología de ellos sobre el arconte cara de león, el de doble cara y todo lo demás. Así, pues, no huimos de las fábulas sobre el cara de león y demás por lo que diga Celso, pues jamás hemos aceptado en absoluto nada semejante; no, nosotros seguimos la doctrina de Jesús y decimos lo contrario que aquellos herejes y no creemos que ni Micael ni ninguno de los enumerados sea tal de cara.

41. Solo Jesús es guía seguro de los hombres

Consideremos ahora a quiénes quiere Celso que sigamos, a fin de no vernos privados de los antiguos guías y varones sagrados. Celso nos remite “a los poetas”, como él dice, “divinamente inspirados, a los sabios y filósofos”, cuyos nombres no cita. El hombre que nos promete señalarnos guías, apunta, de forma indefinida, a los inspirados poetas, sabios y filósofos. De haber puesto los nombres de cada uno de ellos, nos hubiera parecido razonable demostrar que nos daba guías ciegos respecto de la verdad para que también nosotros erremos; y, si no del todo ciegos, sí a quienes en

muchos puntos erraron acerca de las verdaderas doctrinas. Así, pues, ya sea que se empeñe Celso en que sea poeta divinamente inspirado Orfeo, o Parménides o Empédocles, o el mismo Homero y Hesíodo, demuéstrenos el que quiera, que quienes siguen a estos guías van por mejor camino y se aprovechan más en su vida que los que, dejando, por la enseñanza de Jesucristo, todos los ídolos y estatuas y hasta toda la superstición judaica, solo miran, por el Logos de Dios, al Padre, Dios del Logos.

¿Y cuáles son los sabios y filósofos de los que quiere Celso que oigamos tantas cosas divinas? Para ello tendríamos que abandonar al siervo de Dios Moisés y a los profetas del Dios del universo, que en verdad dijeron infinitas cosas divinamente inspirados; y dejarlo a Él mismo, que brilló para todo el género humano, anunció el camino de la religión y, en cuanto de Él dependió, a nadie dejó sin gustar de sus misterios; antes bien, por el exceso de su amor a los hombres, a los más inteligentes les ofrece una teología o conocimiento de Dios, capaz de levantar al alma de las cosas de la tierra; no por ello deja de condescender con las capacidades inferiores de los hombres vulgares, de las mujeres simples y de los esclavos y, en general, de quienes solo de Jesús pueden recibir ayuda para vivir, en cuanto cabe, vida mejor, con doctrinas sobre Dios que están a su alcance.

42. Orígenes admira a Platón

Seguidamente nos remite a Platón, como al más eficaz maestro de teología y cita el texto del *Timeo* que dice así: “Ahora bien, al hacedor y padre de todo este mundo, obra es de trabajo encontrarlo e imposible que, quien lo encontrare, lo manifieste a todos” (Plat., *Tim.* 28c). Y luego prosigue Celso: “Ya veis cómo buscan videntes y filósofos el camino de la verdad y cómo sabía Platón que no todos pueden andar por él. Pero, como quiera, que los sabios la han hallado, para que alcancemos alguna noción de lo que no puede nombrarse (VI 65) y es la realidad primera, noción que nos lo manifieste o por comparación con las demás cosas o por separación de ellas o por analogía, quiero explicar, por otra parte, lo inefable; aunque mucho me maravillaría de que vosotros me podáis seguir, atados como estáis completamente a la carne y que nada miráis limpiamente” (cf. VII 36).

Magnífico y no despreciable es el texto citado de Platón; pero de ver es si no se muestra más amante de los hombres la palabra divina al introducir al Logos, que estaba al principio en Dios, Dios Logos hecho carne, a fin de que pudiera llegar a todos ese mismo Logos que Platón dice que

es imposible que quien lo encontrare lo manifieste a todos. Ahora bien, diga Platón enhorabuena que es cosa de trabajo encontrar al hacedor y padre de todo este universo, a la vez que da a entender que no es imposible a la naturaleza humana hallar a Dios dignamente; y, si no dignamente, más por lo menos de lo que alcanza el vulgo. Si eso fuera verdad, si Dios hubiera sido en verdad hallado por Platón o alguno de los griegos, no hubieran dado culto, ni hubieran llamado Dios ni adorado a otro que a Él, ya abandonándolo, ya asociando con Él cosas que no pueden asociarse con tan gran Dios. Nosotros, en cambio, afirmamos que la naturaleza humana no es en manera alguna suficiente para buscar a Dios y hallarlo en su puro ser, de no ser ayudada por el mismo que es objeto de la búsqueda.

Es, en cambio, hallado por lo que después de hacer cuanto está en su mano, confiesan que necesitan de su ayuda; y se manifiesta a los que cree razonable manifestarse, en la medida que un hombre puede naturalmente conocer a Dios y alcanzarlo un alma humana que mora aún en el cuerpo.

43. Dios es inefable e invisible

Además, al decir Platón que quien hallare al hacedor y padre del universo, es imposible que lo manifieste a todos, no afirma que sea inefable e innominable, sino que, aun siendo decible, solo puede hablarse de Él a pocos. Luego, como si se hubiera olvidado de las palabras que cita de Platón, dice Celso que Dios es innominable: “Pero, como quiera que fue hallado por los hombres sabios el camino de la verdad, para que alcancemos alguna moción del que no puede nombrarse y es la realidad primera”... Pero nosotros no solo afirmamos que Dios es inefable, sino también otras cosas que están por bajo de Él; cosas que, forzado a explicar, dijo Pablo: *Oí palabras inefables, que no es lícito al hombre pronunciar* (2 Co 12,4). De paso, “oí” se emplea en el sentido de “entendí”, a la manera del texto evangélico: *El que tenga oídos para oír, que oiga* (Mt 11,15).

Realmente, también nosotros decimos que es difícil ver al hacedor y padre del universo; sin embargo, es visto, no solo según el dicho: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5,8), sino según lo que dice el *que es imagen del Dios invisible* (Col 1,15): *El que me ve a mí ve al Padre que me ha enviado* (Jn 14,9). Nadie que tenga inteligencia dirá que, al decir Jesús: *El que me ve a mí, ve al Padre que me ha enviado*, se refiere a su cuerpo sensible, que veían los hombres. En tal caso, habrían visto al Padre los que gritaron: *Crucifícalo, crucifícalo* (Lc

23,21; Jn 19, 60) y Pilato, que tenía autoridad sobre lo que en Jesús había de humano (Jn 19,10), lo cual es absurdo. No, las palabras: *El que me ve a mí, ve también al Padre que me ha enviado*, no deben tomarse en interpretación ordinaria y así se ve por el hecho de haberse dicho a Felipe: *¿Tanto tiempo como estoy con vosotros, y no me conoces, Felipe?* (Jn 14,9). Que fue lo que Jesús le respondió cuando Felipe le rogó diciendo: *Muéstranos al Padre y basta* (ibid., 8). En conclusión, el que entiende cómo debe pensar acerca del Dios unigénito, Hijo de Dios, primogénito de toda la creación (Col 1,15) y cómo el Logos se hizo carne, verá cómo, contemplando la imagen del Dios invisible, conocerá al padre y hacedor del universo.

44. El mundo entero, templo de Dios

Ahora bien, Celso opina que se conoce a Dios o por composición con otras cosas, a la manera de la que entre los geómetras se llama síntesis (= composición), o por separación de las otras cosas (= análisis), o por analogía, a la manera de la que entre los mismos geómetras se llama así y que por lo menos puede uno llegar de este modo “a los umbrales de los buenos” (Plat., *Phileb.* 64c). Sin embargo, cuando el Logos de Dios dice: *Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo revelare* (Mt 11,27), afirma que Dios es conocido por cierta gracia divina, que no se engendra en el alma sin intervención divina, sino por una especie de inspiración. Y, a decir verdad, lo probable es que el conocimiento de Dios esté por encima de la naturaleza humana, lo que explicaría que haya tantos errores entre los hombres acerca de Dios; y solo por la bondad y amor de Dios a los hombres y por gracia maravillosa y divina, llega ese conocimiento a quienes previó la presciencia divina que vivirían de manera digna del Dios que han conocido. Son los que por nada violan la piedad para con Él (cf. V 52), así sean conducidos a la muerte por quienes ignoran lo que es la piedad y se imaginan ser cualquier cosa menos lo que ella es; así se los tenga igualmente por el colmo de la ridiculez (cf. VII 36).

Yo creo que Dios, al ver la arrogancia y el desprecio de los demás, quienes alardean de haber conocido a Dios y aprendido de la filosofía los misterios divinos, y, sin embargo, no de otro modo que los más incultos, se van tras los ídolos y sus templos y sus famosos misterios, escogió lo necio del mundo, a los más simples de entre los cristianos, pero que viven con más moderación y pureza que los filósofos, a fin de confundir a los sabios (1 Co 1,27), que no se ruborizan de conversar con cosas inanimadas, como si fueran dioses o imágenes de los dioses. Porque ¿qué hombre con algún

entendimiento no se reirá del que, después de tales y tantos discursos de la filosofía acerca de Dios, está contemplando las estatuas y dirige a ellas su oración o, por la vista de ellas, al que se imagina debe subir su oración desde lo visible y mero símbolo, cuando él la ofrece al que espiritualmente se entiende? Un cristiano, en cambio, por ignorante que sea, está persuadido de que todo lugar es parte del universo y todo el mundo templo de Dios.⁷ Y, orando en todo lugar, cerrados los ojos de la sensación y despiertos los del alma, trasciende el mundo todo. Y no se para ni ante la bóveda del cielo, sino que llega con su pensamiento hasta el lugar supra celeste (Plat., *Phaidr.* 247ac) guiado por el espíritu de Dios; y, como si se hallara fuera del mundo, dirige su oración a Dios, no sobre cosas cualesquiera, pues ha aprendido de Jesús a no buscar nada pequeño, es decir, nada sensible, sino solo lo grande y de verdad divino, aquellos dones de Dios que nos ayudan a caminar hacia la bienaventuranza que hay en el mismo, por medio de su Hijo, el Logos Dios.

45. Rociada de insultos a vueltas de filosofía

Pues veamos lo que dice nos quiere enseñar, en caso de que podamos seguir sus enseñanzas, ya que dice que estamos completamente atados a la carne —nosotros que, si vivimos rectamente y conforme a la doctrina de Jesús, oímos que se nos dice: *Vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, si es que el espíritu de Dios mora en vosotros* (Rm 8,9)—. Afirma además que nada vemos limpiamente nosotros que tratamos de no mancillarnos ni aun de pensamiento por los deseos del mal y que decimos en nuestra oración: *Crea en mí ¡oh Dios!, un corazón limpio y un espíritu recto renueva en mis entrañas* (Sal 50,12), a fin de contemplar a Dios con un corazón limpio, único que lo puede naturalmente ver (Mt 5,8). He aquí, pues, lo que dice: “Distinguimos la esencia y la generación (lo que es y lo que nace), lo inteligible y lo visible. A la esencia va ligada la verdad, a la generación el error. Ahora bien, sobre la verdad versa la ciencia, sobre lo otro, la opinión. La inteligencia tiene por objeto lo inteligible, la visión, lo visible (Plat., *Pol.* 534a; *Tim.* 29c), pues la mente conoce lo inteligible, el ojo lo visible. Ahora bien, lo que en las cosas visibles es el sol, que, sin ser ojo ni visión, es causa de que el ojo vea y la visión se dé por su medio y de

7 La idea de que el mundo es templo de Dios debió de nacer en el cristiano primitivo, que no conocía imágenes ni templos de Dios. Ellos hubieron de hacer realidad la palabra de Jesús a la samaritana: “Llega la hora y es esta, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; Dios es espíritu y los que lo adoran, en espíritu y en verdad deben adorarlo” (Jn 4,23-24). Palabras que inician una nueva era religiosa. Por lo demás, que la oración se había de hacer en todo lugar (*en panti topo*: 1 Tm 2,8) era lugar común; cf. Orig., *De oratione* XXX,4; Clem. Alex., *Strom.* VII 43.1; Lucían., *Demonax* 27; Alex. Aphrod., *De falso* 1. Que también hubiera de hacerse en todo tiempo es doctrina de San Pablo: *sine intermissione orate* (1 Ts 5,17). Con el mismo espíritu, la liturgia quiere que *semper in gratiarum actione maneamus*.

que lo visible sea visto y todo lo sensible se produzca y hasta él mismo sea también contemplado; tal en las cosas inteligibles es Aquel que no es ni mente, ni inteligencia ni ciencia, sino causa de que la mente piense y la inteligencia por Él entienda y la ciencia por Él conozca y los inteligibles todos y la misma verdad y la misma ciencia sea, siendo Él más allá de todo, solo por una inefable potencia, inteligible (Plat., *Pol.* 508b). Esto se dice, naturalmente, para hombres que tengan inteligencia y si también vosotros entendéis algo de ello, enhorabuena. Y si pensáis que un espíritu baja de parte de Dios para anunciar lo divino, sería este espíritu que tales cosas predica del que, ciertamente llenos, los hombres antiguos tantas y tan buenas cosas anunciaron. Que si no las podéis comprender, callaos por lo menos y ocultad vuestra propia ignorancia y no digáis que están ciegos los que ven y cojos los que corren, cuando sois vosotros los que estáis totalmente cojos o estropeados de alma, viviendo para el cuerpo, es decir, para un cadáver.

46. Se rechazan los insultos y se afirma una filosofía más alta que la platónica

Respondamos a esta tirada de Celso. Nosotros procuramos no irritarnos por las cosas bien dichas así quienes las dicen sean ajenos a nuestra fe, ni las discutimos, ni tenemos interés en rebatir ninguna sana doctrina. Advertimos, en cambio, a quienes insultan a los que, según sus fuerzas, quieren practicar la religión del Dios del universo, de un Dios que lo mismo acepta la fe en Él de gentes ignorantes que la piedad razonada de los más inteligentes, que con acción de gracias dirigen preces al hacedor del todo y se las dirigen como por mediación del sumo sacerdote que enseñó a los hombres la piedad pura para con Dios; a quienes a estos llaman cojos y mutilados de alma y afirman que viven para un cadáver los que se esfuerzan en decir sinceramente: *Porque, aun viviendo en la carne, no militamos según la carne, pues las armas de nuestra milicia no son carnales, sino que tienen su fuerza de Dios* (2 Co 10,3-4); les advertimos, repito, miren no hagan coja su propia alma y mutilen su propio hombre interior por el hecho mismo de difamar a hombres que piden a Dios ser de Dios. Al calumniar así a otros que están decididos a vivir bien, se cortarían a sí mismos la equidad y serenidad que fueron naturalmente sembradas por el Creador en la naturaleza racional.

Aquellos, en cambio, que, entre otras cosas, han aprendido de la palabra divina (y lo cumplen) *a bendecir maldecidos, a perseverar perseguidos y a consolar difamados* (1 Co 4,12-13), son los que pueden enderezar bien los pasos de su alma y purificarla y adornarla desde todo punto. Ellos

son los que no distinguen solamente de palabra lo que es de lo que se hace (la esencia, de la generación) y lo inteligible de lo visible y ligan la verdad con la esencia y huyen a todo trance del error que se liga a la generación, sino que miran, como aprendiendo, no lo que nace y es visible y, por ende, pasajero, sino las cosas superiores, ya se las quiera llamar esencia; o, por ser inteligibles, invisibles; o, por estar naturalmente fuera del ámbito de la sensación, cosas que no se ven (cf. 2 Co 4,18).

De este modo miran los discípulos de Jesús a lo que procede de la generación, de lo que se valen como de escalera para subir a la consideración de la naturaleza de lo inteligible. Y es así que lo invisible de Dios, es decir, lo inteligible, desde la creación del mundo, entendido por medio de las criaturas, se ve claramente por un proceso de intelección (cf. Rm 1,20). Sin embargo, subiendo por las criaturas del mundo a lo invisible de Dios, no se paran ahí; no, ya que se han ejercitado suficientemente en ello y lo han comprendido, se remontan hasta el eterno poder de Dios y, de modo absoluto, a su divinidad (ibid., 19,18). Y es que saben muy bien que Dios, por su amor a los hombres, manifestó su verdad y lo que de Él puede conocerse no solo a quienes a Él se consagran, sino también a algunos que están fuera de la pura religión y piedad para con Él. Algunos, en cambio, de los que, por providencia de Dios, se levantaron al conocimiento de tan grandes verdades, son impíos y no obran de manera digna de su ciencia y oprimen en la iniquidad la verdad de Dios (ibid., 1,18). Así, dado ese conocimiento, no les queda ya lugar de defensa delante de Dios (ibid., 1,20).

47. El pecado de los filósofos

Por lo menos la palabra divina atestigua que quienes comprendieron lo que Celso expone y profesaban vivir filosóficamente según esta doctrina, a pesar de que conocieron a Dios, no lo glorificaron ni dieron gracias como a Dios, sino que se desvanecieron en sus razonamientos (Rm 1,21) y, después de tanta luz del conocimiento de las cosas que Dios les manifestó, se entenebreció su precipitado e insensato corazón. Y es de ver, en efecto, cómo los que dicen ser sabios dan muestras de gran necesidad cuando después de tan altos discursos en las escuelas de filosofía acerca de Dios y de lo inteligible, cambiaron la gloria del Dios incorruptible por la semejanza de una imagen de hombre corruptible y hasta de volátiles, cuadrúpedos y reptiles. Por lo cual, abandonados ellos mismos por la providencia en castigo por no vivir de forma digna de las manifestaciones que Dios

les hiciera, se revuelcan en las concupiscencias de sus corazones para impureza y deshonran sus propios cuerpos en indecencias e intemperancias, por haber cambiado la verdad de Dios por la mentira y adorado y servido a la criatura en lugar del Creador (Rm 1,22-25).

48. La pureza y virginidad cristiana

Aquellos, en cambio, que por su ignorancia son despreciados por los filósofos y se dice que son locos y esclavos, aunque solo se consagran de modo general a Dios, apenas reciben la doctrina de Jesús, tan lejos están de toda disolución e impureza y de toda deshonestidad en tratos sexuales, que, a la manera de sacerdotes perfectos, muchos de ellos se abstienen de todo comercio sexual (cf. I 26) y se mantienen completamente puros y no solo respecto de la carne. Entre los atenienses hay, creo, un solo hierofante⁸ y no teniendo seguridad de que dominará sus instintos masculinos en el grado que quiera, se unta las partes viriles con cicuta⁹ y así se lo tiene por puro para los ritos acostumbrados entre los atenienses. Entre los cristianos, en cambio, son de ver hombres que no necesitan de la cicuta para dar con pureza culto a la divinidad; les basta el Logos por cicuta para arrojar de su pensamiento toda concupiscencia y rendir a la divinidad el culto de sus oraciones. Entre los otros supuestos dioses, un número muy reducido de vírgenes (estén o no bajo la guardia de hombres; este punto no es ahora objeto de nuestra averiguación) se mantienen, al parecer, en la pureza por el honor debido a la divinidad; pero entre los cristianos se practica la perfecta virginidad no por los honores humanos, ni por paga y dinero, ni por alcanzar reputación; no, como ellos tuvieron por bien mantener el conocimiento de Dios, son por Dios conservados en mente aprobada y en la práctica de lo decente, llenos de toda justicia y bondad (Rm 1,28ss).

49. Los más sencillos cristianos, superiores moralmente a los filósofos

Ahora bien, todo esto lo he dicho no porque intente discutir lo que pensaron bien los griegos ni impugnar sus sanas doctrinas; no; mi intención es demostrar que eso mismo y hasta cosas más altas y divinas fueron dichas por los hombres divinamente inspirados (cf. VII 28.58), que fueron los profetas de Dios y los apóstoles de Jesús. Y esas cosas son averiguadas por los que quieren

⁸ Sacerdote que dirige misterios de iniciación.

⁹ San Irineo alude a este uso en la *Epist. 123.7 ad Geruchiam: De Monoemiam*: “La misma gentilidad observa eso para condenación nuestra, si la verdad no ofrece a Cristo lo que la mentira da al diablo, que ha inventado también una castidad de perdición. El hierofanta entre los atenienses renuncia al matrimonio y, con perpetua mutilación, se hace casto” (ed. de la BAC, p. 561. En *Adv. Jovin.* 1.49 habla de In cicuta.

practicar un cristianismo más perfecto y saben que

*de la boca del justo el saber fluye
y su lengua pronuncia cosa recta,
lleva en su corazón la ley divina
(y no vacilan, no, sus pasos) (Sal36,30).*

Pero aun entre aquellos que, por su mucha ignorancia o por su sencillez o porque les ha faltado quien los exhortara a una religión racional, no penetran a fondo estas doctrinas, sino que creen en el Dios del universo y en su Hijo unigénito, que es Verbo y Dios, es fácil hallar algo de gravedad y pureza y nobleza de carácter y una simplicidad muchas veces excelente; cosas no alcanzadas por los que afirman ser sabios, a la vez que se revuelcan con muchachos en lo que no es lícito, practicando varones con varones la indecencia (Rm 1,27).

50. Pesimismo cristiano

Ahora bien, Celso no explicó cómo con el nacer o *fieri* de las cosas va ligado el error, ni expuso tampoco su propio pensamiento, para considerarlo a fondo comparándolo con nuestras doctrinas; los profetas, en cambio, dando a entender algo misterioso acerca de lo que depende del nacimiento, dicen que debe ofrecerse un sacrificio por el pecado hasta por los recién nacidos, por no tenérselos por limpios de pecado. Dicen, en efecto: *En iniquidades fui concebido y en pecados me gestó mi madre* (Sal 50,7). Y hasta afirman que los pecadores se enajenaron desde el seno materno (Sal 57,4) y dicen extrañamente: *Erraron desde el vientre, hablaron mentiras* (ibid.). De esta manera, maestros sabios desacreditan toda la naturaleza de lo sensible, de modo que una vez dicen que los cuerpos son vanidad, como en este texto: *y es así que a la vanidad fue sometida la creación, no de su grado, sino por razón del que la sometió en esperanza* (Rm 8,20); y otra vez, vanidad de vanidades, como dijo el Eclesiastés: *Vanidad de vanidades y todo vanidad* (Qo 1,2). ¿Y quién rebajó tanto la vida terrena del hombre como el que dijo: *En verdad, todo es vanidad, todo hombre que vive?* (Sal 38,6). Porque no dudó de la diferencia de vivir el alma en la tierra y fuera de la tierra, ni dijo:

“¿Quién sabe si el vivir es pura muerte
y en el morir está la vida?” (Euríp., fragm. 638, Nauck.)

Pero tiene valor para decir la verdad en este texto: *Nuestra alma está en el polvo derrocada*

(Sal 43,26), y en esto otro: *Y al polvo me has traído de la muerte* (Sal 21,16). Y como se dice: *¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?* (Rm 7,24), dícese también: *El que transformará el cuerpo de nuestra bajeza* (Flp 3,21). Un profeta es también el que dijo: *Nos humillaste en el lugar de aflicción* (Sal 43,20), donde llama lugar de aflicción al lugar terreno, al que fue arrojado Adán, es decir, el hombre, cuando fue echado, por su maldad, del paraíso y el que dijo: *Vemos ahora por espejo y en enigma, pero un día veremos cara a cara* (1 Co 13,12); y esto otro: *Mientras estamos en el cuerpo andamos lejos del Señor; por eso preferimos salir del cuerpo y llegar hasta el Señor* (2 Co 5,6-8), ¡qué profundas ideas tenía sobre el diverso vivir de las almas!

51. La obra del Espíritu Santo

Y ¿qué necesidad hay de oponer nada más a los dichos de Celso en el sentido de que mucho antes fue dicho todo eso entre nosotros, cuando de lo ya discutido aparece claro nuestro sentir? Aquí, sin embargo, sienta como una especie de tesis: “Y si pensáis que un espíritu baja de Dios para anunciar los misterios divinos, este sería el espíritu que pregona todo esto, el espíritu que llenó a los hombres antiguos para que anunciaran muchos bienes”. Pero ignora la diferencia entre todo eso y lo que nosotros tenemos puntualmente averiguado. Nosotros decimos: *Tu espíritu incorruptible está en todas las cosas; por lo cual, Dios castiga poco a poco a los que se desvían* (Sb 12,2). Y afirmamos también, entre otras cosas, que las palabras: *Recibid el Espíritu Santo* (Jn 22,20) dan a entender una cuantía de don diferente de la que se ve por estas otras: *Seréis bañados en Espíritu Santo después de no muchos días* (Hch 1,5).

Ahora bien, lo difícil es considerar cuidadosamente estas cosas y ver la diferencia que va entre quienes a largos intervalos han recibido la comprensión de la verdad y un breve entendimiento de Dios y los que por mucho tiempo están inspirados por Dios, están siempre en la presencia de Dios y son continuamente guiados por el espíritu divino (Rm 8,14; Ga 5,18). Si Celso hubiera examinado y comprendido todo esto, no nos hubiera tachado de ignorancia, ni nos hubiera ordenado no llamar ciegos a los que piensan que la religión se muestra en las artes materiales de los hombres, en la estatuaria, por ejemplo. Nadie, en efecto, que vea con los ojos del alma da culto a Dios de otro modo que el que enseña a mirar siempre al Creador del universo y a dirigirle a Él toda oración y hacerlo todo como ante los ojos de Dios, ante un espectador que ve hasta nuestros pensamientos. De ahí que nosotros pidamos ver, para ser luego guías de ciegos, hasta que, acercándose ellos al

Verbo de Dios, recobren los ojos del alma, entenebrecidos por la ignorancia. Y si hacemos cosas dignas del que dijo a sus discípulos: *Vosotros sois la luz del mundo* (Mt 5,14), y del Logos, que enseñó: *La luz brilla en las tinieblas* (Jn 1,5), seremos también luz de los que están en las tinieblas e instruiremos a los insensatos y enseñaremos a los niños.

52. Se rechazan los insultos

Y no se irrite Celso de que llamemos cojos y mutilados de los pies del alma a los que corren a los lugares sagrados, como si de verdad fueran sagrados, por no ver que nada sagrado puede salir de manos de artesanos (I 5). Corren, en verdad, los que practican la religión según la doctrina de Jesús, hasta que, llegados al término de la carrera, puedan decir con firme y verdadero espíritu: *He combatido el buen combate, he consumado mi carrera, he guardado la fe; ahora me está reservada la corona* *Je la justicia* (2 Tm 4,7). Y cada uno de nosotros corre, pero no como al azar y lucha contra la maldad no como quien da golpes al aire (2 Co 9,26). No; nosotros combatimos *a los que están bajo el príncipe que tiene el imperio del aire, del espíritu que obra ahora sobre los hijos de la desconfianza* (Ef 2,2).

Diga, por lo demás, Celso, que vivimos para un cadáver, nosotros que oímos: *Si viviereis conforme a la carne, moriréis; pero si, por el espíritu, mortificareis las obras de la carne, viviréis* (Rm 8,13); nosotros, que hemos, además, aprendido: *Si por el espíritu vivimos, andemos también en espíritu* (Ga 5,25). Y por vía de obras pudiéramos demostrar que miente el que dice que vivimos para el cuerpo, cosa muerta.

53. Otra gran tirada de Celso: ¡Cualquiera mejor que Jesús!

Después de todo eso, que hemos rebatido según nuestras fuerzas, dice contra nosotros: “¡Cuánto mejor os hubiera estado, ya que tantas ganas teníais de innovaciones, haber acudido a otro cualquiera de los que noblemente murieron y pudieran ser sujeto de un mito divino! Si no os gustaba Heracles y Asclepio y los que de antiguo están ya glorificados (III 22.42), ahí tenéis a Orfeo, hombre que, por confesión de todos, poseyó espíritu divino y que también murió violentamente. Pero quizá se adelantaron otros. Por lo menos os queda Anaxarco, que, echado en un mortero y majado allí despiadadamente, se burlaba, con la mayor serenidad, del tormento, diciendo: “Machaca, machaca el saco de Anaxarco, porque a Anaxarco no lo machacas”. ¡Esa sí que es

palabra de espíritu verdaderamente divino! Pero también a este se adelantaron en seguida algunos físicos. ¿No querréis, pues, a Epicteto? El cual, como su amo se entretuviera en atormentarle la pierna, sonriendo y sin conmovirse, le decía: “Que me la vas a romper”. Y rota, en efecto: “¿No decía yo —le dijo— que me la romperías?” ¿Qué dijo semejante vuestro Dios al ser atormentado? La Sibila misma, de la que algunos de vosotros se valen, os hubiera venido mejor para declararla hija de dios. Pero la verdad es que os habéis contentado con interpolar en los oráculos de aquella todo género de blasfemias y, en cambio, hacéis dios a un hombre de la vida más execrable y de la muerte más ignominiosa. ¡Cuánto más apto para el caso os hubiera sido un Jonás junto a la calabaza (Jon 4,6), un Daniel que salió vivo de entre los leones (Dn 6,13-26) u otros aún más prodigiosos!”

54. Entre mitología e historia

Ahora, pues, ya que nos remite Celso a Heracles, aléguenos algún escrito en que consten sus palabras y defienda su vergonzosa servidumbre con Onfale;¹⁰ y demuéstrenos que era digno de honores divinos el que, violentamente y como un bandido, le quitó el buey al labrador y se lo comió, complacido de las maldiciones que le echaba el labrador mientras se lo comía. Lo que explica que hasta ahora, según se cuenta, el demon de Heracles recibe el sacrificio con ciertas maldiciones. Nos invita también Celso a que volvamos a hablar de Asclepio, siendo así que anteriormente (III 22-25) hemos hablado ya de él y con lo allí dicho nos contentamos. ¿Y qué admiró en Orfeo para decir que, por confesión de todos, poseyó un espíritu religioso y vivió hermosamente? Mucho me admiraría que no mueva ahora a Celso a ensalzar a Orfeo su gana de discutir con nosotros y rebajar a Jesús; si leyera, en cambio, los impíos mitos que atribuye a los dioses, Celso mismo no dejaría de rechazar sus poemas como más dignos de ser arrojados de toda buena república que los de Homero (IV 36; sobre los mitos de Orfeo: I 16). Y es así que Orfeo dijo sobre los supuestos dioses cosas mucho peores que Homero.

Heroico fue, desde luego, Anaxarco al decir al tirano de Chipre Aristocreonte (o Nicocreonte): “Tunde, tunde la bolsa de Anaxarco”; pero esto es lo único maravilloso que los griegos saben de

¹⁰ Entre las incontables andanzas de Heracles se cuenta haber estado tres años al servicio de Onfale, reina de Lidia, hija de Járdano y viuda de Tmolos, a sueldo de tres talentos y pagar así una deuda a Eurito. Heracles se degradó a faenas femeninas, se vistió de blandas ropas, hilaba la lana y la reina tomó la piel de león y la clava.

Anaxarco; y si, como Celso pretende, está bien que ciertas gentes reverencien a un hombre por su virtud, de ahí no se sigue que deba proclamarse dios a Anaxarco.¹¹ También nos manda a Epicteto,¹² admirando su noble dicho; pero no es tan alto lo que Epicteto dijo al romperle el otro la pierna, que pueda compararse con las maravillosas obras y palabras de Jesús, a las que Celso no presta fe. Sin embargo, fueron pronunciadas por virtud divina y hasta ahora convierten no solo a unos cuantos simples, sino a muchos inteligentes.

55. El silencio de Jesús

Después de ese catálogo de hombres ilustres, dice: “¿Qué dijo vuestro dios, al ser castigado, comparable con estos dichos?” A esto le podemos responder que el silencio de Jesús en sus azotes y demás tormentos, puso de manifiesto más fortaleza y paciencia que lo dicho por cualquier griego puesto en trance difícil; eso si Celso quiere creer a lo que honradamente fue consignado por escrito por hombres amadores de la verdad; los que sinceramente narraron sus milagros, con estos enumeraron también su silencio en los azotes. Y lo mismo al ser objeto de burlas, al vestírsele la clámide de púrpura, coronarlo de espinas y ponerle en la mano una caña por cetro (Mt 27,14.28-29.39), dio pruebas de suma mansedumbre, sin pronunciar palabra baja ni de irritación contra los que tamaños desafueros cometían con Él.¹³

Ahora bien, el que por fortaleza de ánimo calló en los azotes y por mansedumbre sufrió todo lo que quisieron hacerle sus burladores, no iba a decir, por cobardía, como piensan algunos, lo que dijo en su oración: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; sin embargo, no como yo quiero, sino como tú* (Mt 26,39). Ahora bien, esto, que, al parecer, es rechazar lo que se llama el cáliz, tiene una razón que en otra parte hemos estudiado y expuesto. Sin embargo, aun tomando estas palabras en sentido obvio, veamos si esa oración no está dicha con la piedad debida a Dios. Y es

11 El caso debió de ser celebre en la antigüedad, a juzgar por la enorme lista de referencias que da Chadwick: Cie., *Tuse*. II 52; *De nat. deor*, III 33,82; Valer. Max., III 3 ext.4; Plutarch., *Mor.* 449E; Diog. Laert., IX 59; Philo., *Quod omnis probus* 109; *De prov.* II 11; P lin., *Nat. Hist.* VII 87; Dio. Chrysost., XXVII 45; Clem. Alex., *Strom.* IV 54,4; Tertull., *Apol.* L 6; Eus., *Theophaneia* I 64; Nemes., *De nat. hom.* 30 (PG 40,721A); Gregor. Naz., *Epist.* 32; *Carm.* I 9; 688,91; *Epigr.* 4 (PG 37.72A.730A; 38,84A).

12 Epicteto mismo alude a su cojera; pero Suidas dice que se debió a un “flujo” y Schenkl, editor de Epicteto, cree que se acerca más a la verdad que Celso, cuya historia parece tener colorido de apotegma”.

13 Realmente, el silencio de Jesús vale por todos los dichos (reales o fingidos) de los antiguos héroes de la virtud, en que hay siempre algo de fanfarronada. Orígenes aludió ya a este silencio en la introducción de los libros contra Celso. San Ignacio Mártir dice un poco misteriosamente: “El que de verdad posee la palabra de Jesús puede también escuchar su silencio, a fin de ser perfecto; de esta manera, según lo que habla obra y por lo que calla es conocido” (*Ad Eph.* XV 2; cf. mis *Padres apostólicos*: BAC [1950] p.456; reimpr. 1965).

así que todo el mundo piensa que la tribulación no debe ser preferida, sino que, cuando las circunstancias lo piden, se soporta lo que sucede contra nuestras preferencias. Y aun así, las palabras de Jesús: *Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú*, no delatan un ánimo que se abate, sino que acepta de buen grado lo que acaece y prefiere las tribulaciones ordenadas por la providencia.

56. Blasfemar por blasfemar

Luego, no sé yo por qué razón, quería Celso que proclamáramos a la Sibila hija de Dios mejor que a Jesús y afirma que hemos interpolado en los poemas de aquella muchas cosas blasfemas; pero no demuestra dichas interpolaciones. Y lo hubiera demostrado presentando los ejemplares antiguos puros, sin las interpolaciones que él se imagina. Y tampoco demuestra que sean blasfemas. Lo que hace es decir una vez más, no dos ni tres, sino muchas veces, que la vida de Jesús fue lo más infame que cabe imaginar (cf. I 62; III 50). Pero no se para en cada una de las acciones de Jesús que juzga por colmo de infamia; de haberlo hecho, no daría la impresión no solo de que afirma sin demostrar, sino también de que insulta al que no conoce. Por otra parte, de haber expuesto los casos particulares de la vida infamísima, que en las acciones le parecieron tales, nosotros hubiéramos refutado punto por punto lo que a él se le antojara colmo de infamia.

En cuanto al cargo de que “Jesús murió de la muerte más miserable”, lo mismo pudiera decirse de Sócrates y de Anaxarco, de quien poco antes ha hecho mérito y de infinitos otros. ¿O es que la muerte de Jesús fue miserable y la de estos no? ¿O la de aquéllos no fue miserable y sí la de Jesús? Por aquí se ve también que el fin que Celso se propuso fue lanzar sus injurias contra Jesús, movido, según creo, por algún espíritu maligno, al que Jesús habrá destruido y derrocado, para que no guste ya de grasas y sangre (III 28), de las que, alimentado, engañaba a los que buscan a Dios sobre la tierra en las imágenes o ídolos, en vez de levantar los ojos al verdadero Dios del universo.

57. Jonás y Daniel

Luego, como si su fin fuera llenar de borra su libro, quería Celso que tuviéramos por Dios a Jonás con preferencia a Jesús. Es decir, que a Jonás, que predicó penitencia a la sola ciudad de Nínive (Jon 3,4), lo prefiere Celso a Jesús, que la predicó a todo el mundo y con más éxito que Jonás. Al que extraña y milagrosamente pasó tres días y tres noches en el vientre de la ballena quiere Celso que lo proclamemos dios; al que aceptó, en cambio, morir por los hombres y atestigua

Dios por medio de los profetas, a ese no lo tiene Celso por digno del segundo honor después del Dios del universo, honor merecido por las hazañas que llevó a cabo en el cielo y sobre la tierra. Y es de notar aún que Jonás fue tragado por el monstruo marino por huir para no predicar lo que Dios le había ordenado; Jesús, en cambio, aceptó la muerte por los hombres después que enseñó lo que Dios quería.

Luego dice que hubiéramos hecho mejor en adorar a Daniel, que salió ileso de entre los leones (Dn 6,23), que no a Jesús; siendo así que este pisoteó la fiereza de todo poder adverso y nos dio potestad para caminar por encima de serpientes y escorpiones y sobre todo poder del enemigo (Lc 10,19). Luego, cuando no tiene otros que alegar, dice: “O los que son más monstruosos que estos”, palabras con que insulta a la vez a Jonás y Daniel, pues el espíritu que moraba en Celso no sabía hablar bien de los justos.

58. Platón, frente al Evangelio

Pues consideremos ahora el texto que sigue de Celso, que dice así: “Tienen también un precepto de no vengarse de quien los agravia. Si te pegan, dice, en una mandíbula, tú presenta también la otra (Lc 6,29; Mt 5,39). Cosa esta también muy antigua y que fue antes muy bien dicha. Solo lo rústico de la forma les pertenece. Platón, en efecto, introduce a Sócrates, que tiene con Critón la conversación que sigue:

—¿Luego por ningún caso se debe cometer injusticia?

—¡Por ningún caso!

—¿Luego tampoco el que la sufre puede devolver injusticia por injusticia, como piensan los muchos, dado caso que por ningún caso se debe cometer injusticia?

—No, evidentemente.

—Veamos otro punto: ¿Es lícito hacer mal, ¡oh Critón!, o no es lícito?

—No es lícito, ciertamente, ¡oh Sócrates!

—Y volver mal por mal aquel a quien se ha hecho mal, como afirman los muchos, ¿es justo o no es justo?

—¡De ninguna manera! Pues hacer mal a quien sea no se diferencia para nada del cometer injusticia.

—Dices bien; luego tampoco es lícito devolver injusticia por injusticia, ni hacer mal a nadie,

sea lo que fuere lo que uno padezca de parte de otro (Plat., *Critón* 49bc). Esto dice Platón y poco después lo que sigue:

“Considera, pues, también tú muy despacio si estás de acuerdo y piensas como yo y vamos a partir en nuestra deliberación de este principio: Nunca es lícito cometer injusticia ni devolver injusticia por injusticia, ni al que sufre un mal vengarse devolviendo mal por mal. ¿O es que te retiras y no estás de acuerdo con este principio? Porque a mí, de tiempo atrás, me parece así y aún me lo sigue pareciendo” (ibid., 49de).

Tal fue el sentir de Platón, pero fue también ya de antes doctrina de hombres divinos. Pero baste lo dicho acerca de este punto y de otros muchos que han corrompido (VI 15). El que tenga ganas de buscar más sobre el particular, lo encontrará (cf. IV 61).

59. El estilo, mero condimento

Respondamos ahora a este punto y a todos los otros que Celso identificó por no poder contradecir su verdad, diciendo que fueron también dichos por los griegos. Si la doctrina es provechosa y la intención que se dice sana, lo mismo da que la diga Platón entre los griegos o algún otro de sus sabios, o los judíos por Moisés o algún profeta, o los cristianos en los discursos de Jesús que constan por escrito o en los que pronunciara alguno de sus apóstoles; no hay motivo de censurar lo dicho por judíos o cristianos por el hecho de que lo mismo se dijera entre los griegos, sobre todo si se demuestra que los libros de los judíos son más antiguos que los de los griegos.¹⁴ Por el mismo caso, tampoco debe pensarse que lo dicho con la belleza del estilo helénico, haya de ser en absoluto mejor que lo anunciado más llanamente y con frases más sencillas entre judíos o cristianos, si bien la dicción primera de los judíos en que los profetas nos dejaron sus libros está en lengua hebrea y en sabia composición de la misma.

Pero hay que demostrar, por muy paradójica que parezca la tesis, que los mismos dogmas están mejor dichos en los profetas de los judíos y en los discursos de los cristianos; y lo demostraremos por una comparación tomada de los alimentos y la manera de prepararlos. Supongamos un alimento sano, que vigoriza a los que lo toman y supongamos que se lo prepara y condimenta de

¹⁴ Fue precisamente un poeta judío español, el rabí Dom Sem Tob (S. XV), quien escribió estos versos memorables: “Por nacer en espino —la rosa, yo no siento— que pierde, ni el buen vino —por salir del sarmiento—. Nin vale el azor menos —porque en vil nido siga (*sea, este*),—nin los enxemplos buenos— porque judío los diga...” (cf. *Modelos de lit. castellana...*, por el P. Vicente Agustí, S. I. [Barcelona 1912] p. 530).

forma que no lo tomen los rústicos, que, por haberse criado entre tugurios, no saben cómo se come eso, ni tampoco los pobres, sino solo los ricos y gentes de delicado paladar; y otro alimento, no preparado al gusto de los que son tenidos por más delicados, sino como saben comer los pobres y los rústicos y la mayoría de las gentes; de este comen miles y miles. Ahora bien, si del comer el primer manjar, preparado según el gusto de la gente delicada, solo estos gozaran de salud y ninguno de los otros tiene afición a tales manjares; pero de comer el otro, pasan la vida sanos muchedumbres de hombres, ¿a qué cocineros alabaríamos más, desde el punto de vista del bien común, en razón de preparar alimentos sanos: a los que los preparan para provecho de los doctos o a los que lo hacen para la muchedumbre? Hemos de suponer que la salud y bienestar es el mismo, así se preparen los alimentos de una manera u otra; pero, evidentemente, el amor a los hombres y el sentido de lo social nos sugiere que contribuye más al bien común el médico que provee a la sanidad de muchos que no el que solo mira a unos pocos.

60. Se aplica la comparación

Si la comparación está bien pensada, vamos a trasladarla a la calidad del alimento espiritual propio de animales racionales. Pues veamos si Platón y los sabios entre los griegos no se asemejan, en lo que dicen rectamente, a los médicos que solo proveen a los que pasan por más delicados y desdeñan a la muchedumbre de las gentes; los profetas, en cambio, de los judíos y los discípulos de Jesús, que echan muy lejos a paseo las elegancias del estilo y la que llama la Escritura sabiduría de los hombres y sabiduría de la carne (1 Co 2,5; 1,26; 2 Co 1,12), que figuradamente quiere decir la lengua, pueden compararse a los que se determinan a preparar y condimentar la misma comida sanísima con un estilo que llega a las muchedumbres de los hombres y no es ajeno a su habla corriente; así, por la extrañeza, no los aparte de oír, como si se tratara de explicaciones insólitas. Y, efectivamente, si el objeto de la comida espiritual —llamémosla así— es hacer paciente y manso al que la come, ¿cómo no decir que está mejor aderezado el discurso que hace muchedumbres de pacientes y mansos, o por lo menos de los que adelantan en tales virtudes, que no el que solo hace algunos, muy contables y eso dando de barato que los haga en absoluto? (cf. VI 2).

Si Platón se hubiera propuesto aprovechar con sanas doctrinas a quienes hablan egipcio o siríaco, habría pensado primero en aprender las lenguas de sus futuros oyentes y hubiera preferido barbarizar, como lo llaman los griegos, que no, permaneciendo griego, ser incapaz de decir nada

útil para egipcios y sirios. Así, la naturaleza divina, que tiene providencia no solo de los griegos que se creen instruidos, sino también de los otros, condescendió con la ignorancia de los oyentes; y, valiéndose de dicciones que le son familiares, invitó a oír la palabra divina al tumulto de los ignorantes. Estos, después de su primera iniciación en el cristianismo, pueden fácilmente hacer punto de honor comprender también los sentidos más profundos ocultos en las Escrituras. Y es así que, para quien quiera las conozca, es evidente que muchos pasajes de ellas pueden tener un sentido más profundo que el que aparece a simple vista, sentido que se manifiesta a los que se consagran al estudio de la palabra divina en proporción del tiempo que le dedican y el empeño en ponerla por obra.

61. Otra vez Platón y el Evangelio

Queda, pues, demostrado que, al decir Jesús, con harta rusticidad en sentir de Celso: *Al que te hiriere en una mejilla, preséntale la otra y a quien quisiere contender contigo en juicio y quitarte la túnica, dale también el manto* (Lc 6,29; Mt 5,40), expresó e ilustró su doctrina, hablando así, de forma más provechosa a los hombres que no Platón en el *Critón*. A Platón no pueden ni aun entenderlo la gente vulgar; y con trabajo lo logran los que han pasado por los estudios generales antes de entrar en la profunda filosofía de los griegos.

De considerar es también que el sentido de la paciencia no se corrompe por la sencillez del estilo; por lo que se ve que también en esto calumnia Celso nuestra doctrina, cuando dice: “Pero baste lo dicho acerca de estas y otras cosas que corrompen; el que tenga ganas de buscar más, lo encontrará”.¹⁵

15 Orígenes solo ha refutado el punto de la mayor elegancia que Celso atribuye a la doctrina platónica; pero no ha entrado en el fondo de la cuestión. Según Celso, sobraría el Evangelio, porque lo mismo que dice Jesús, lo dijo —y mas bellamente— Platón. Y ataca una de las doctrinas mas característicamente cristianas: la ausencia de toda venganza, el no volver mal por mal, el presentar la mejilla izquierda al que nos hiera la derecha. Todo el pensar y sentir antiguo contradice este sentir cristiano. Lo primero que pide Solón en su gran elegía a las musas es que le otorguen dicha por parte de los dioses bienhadados y buena fama ante todos los hombres, “y ser así dulce para sus amigos y amargo para sus enemigos; ser de vista respetable para unos y espantosa para otros”. La antítesis no desaparecerá ya de la literatura griega. Jenofonte atribuye a Ciro este rasgo: “Era cosa manifiesta que se esforzaba por vencer a quienquiera le hiciera algún bien o algún mal. Y de él corrían algunos haber hecho a los dioses oración de que le dieran vivir tanto tiempo que pudiera vencer a los que le hubieran hecho bien o mal”. (Xen., *Anabasis* I, IX 11). “Hay que dar a los enemigos lo que se les deba?”, pregunta Sócrates en la *Republica*. “En absoluto”, contesto Polemarco; “ahora bien, en mi entender, al enemigo, por parte del enemigo, se le debe lo que le conviene, hacerle mal” (*Pol.* 332b). Y ahora (es decir, mucho antes que la *Republica* se compusiera) deduce lógicamente Platón que no se debe hacer mal a nadie, ni volver mal por mal ni injusticia por injusticia. Pero el mismo se da cuenta de que se trata de una deducción puramente lógica y hasta paradójica. “Los muchos” no piensan así, ni menos obran así. Para pensar y obrar así se necesitaba algo más que lógica; se necesitaba de la fuerza y gracia del Logos vivo, que dijo: “Yo, en cambio, os digo...” Ahí esta lo esencial: *Yo os lo digo*. Platón, lógica y paradójicamente, pudo ver la verdad; lo que no pudo ni puede hacer es vencer a la naturaleza, representada por los muchos y eternamente pronta a la venganza. Para la cual tampoco les falta lógica. En resolución, el cristianismo es vida —y no filosofía—, y la vida viene del Logos, en quien estaba —y esta— la vida.

62. Contra el culto de los ídolos

Pues veamos ahora lo que sigue, que es de este tenor: “Pasemos ahora a otros temas. Los cristianos no soportan la vista de templos ni de estatuas, en lo que coinciden con los escitas, con los nómadas de la Libia y con los seres, gentes sin Dios y con otras naciones ajenas a toda religión y a toda ley. Así piensan también los persas, según cuenta Heródoto por estas palabras: “Los persas sé que tienen las siguientes costumbres: no levantan estatuas, ni altares, ni templos y tienen por necios a quienes tal hacen. La causa, a mi parecer, es que no piensan, como los griegos, que los dioses sean de forma humana” (Herod., I 131). Heráclito igualmente se expresa así: “Y oran a estas estatuas como si uno se pusiera a hablar con las paredes de su casa, no sabiendo quiénes son los dioses y héroes” (Diels-Kranz, *Die Fragm.* I 151 fragm.5). ¿Qué nos enseñan los cristianos que no nos lo diga aquí mejor Heráclito? Bien secretamente da a entender ser bobo orar a las estatuas si uno no conoce “quiénes son los dioses y héroes”. Tal es la doctrina de Heráclito; pero ellos deshonran sin distinción toda imagen. Si la razón que dan es que la piedra, o la madera, o el bronce, o el oro que fulano o zutano han trabajado, no es dios, valiente sabiduría. Porque ¿quién sino un tonto de remate puede creer que eso sea Dios y no ofrendas e imágenes de los dioses? Si es porque no es posible concebir imágenes divinas, por ser otra la forma de Dios, según opinan también los persas, no caen en la cuenta que se contradicen a sí mismos cuando dicen que Dios hizo al hombre su propia imagen y la cara semejante a sí mismo (VI 63). Pero concederán que estas imágenes se destinan al honor de alguien semejante o diferente en la forma, si bien explican no ser dioses, sino demonios a los que tales imágenes se dedican y, en fin, que quien adora a Dios no tiene que dar culto a los demonios”.

63. Un mismo hecho puede proceder de causas varias

A esto hay que responder así: Si es cierto que los escitas y los nómadas de la Libia y los seres, a los que cuelga Celso que son ateos y otras naciones sin religión y sin ley y hasta los mismos persas no soportan mirar templos, altares ni imágenes, con ello no se dice que sea la misma la razón por la que no lo soportan ellos y por qué no lo soportamos nosotros. Es menester examinar la doctrina por la que no soportan templos e imágenes los que no los soportan, a fin de alabar al que no los soporta partiendo de sanas doctrinas y reprender al que lo hace partiendo de doctrinas falsas. Y es así que un mismo hecho puede provenir de doctrinas diferentes. Así, por ejemplo, el

adulterio lo evitan los secuaces de la filosofía de Zenón de Citio y también los epicúreos y hasta algunos de entre la gente completamente inculta. ¡Pero hay que ver la diferencia de razones por la que estos evitan el adulterio! Los primeros, por razón del bien común y por ser contra la naturaleza del animal racional corromper la mujer que ha sido antes destinada a otro por las leyes y destruir la casa de otro hombre; pero los epicúreos, cuando se abstienen del adulterio, no lo hacen por esta razón, sino porque piensan que el fin de la vida es el placer y muchos son los impedimentos del placer para quien ha cedido al placer único del adulterio. Así, a veces, cárceles, destierros y hasta la muerte; y frecuentemente, peligros al estar al acecho de que salgan de casa el marido y los que cuidan de sus intereses. Porque, si suponemos que el adúltero puede ocultarse al marido de la mujer y a todos sus domésticos y aquellos ante los que el adulterio pudiera acarrearle deshonor, el epicúreo, llevado del placer, lo cometería. En cuanto al hombre vulgar que, teniendo ocasión de cometer un adulterio, no lo comete, es fácil hallar que se abstiene por el temor a la ley y sus castigos y no hay que pensar que deje de hacerlo con miras a obtener por la continencia mayores placeres. Se ve, pues, que una misma obra, el abstenerse de cometer un adulterio, deja de ser la misma y se hace diferente por razón de los diferentes propósitos de los que se abstienen. Puede, en efecto, proceder de principios sanos, o de malos e impiísimos, como los del epicúreo y los de ese palurdo de nuestro ejemplo.

64. El cristiano está pronto a morir antes que adorar a los ídolos

Ahora bien, a la manera como una misma acción, esta de abstenerse de cometer un adulterio, siendo aparentemente una, se la ve diferenciarse por las varias doctrinas y propósitos por que se hace; así los que no toleran se dé culto a la divinidad en altares, templos y estatuas: los escitas, los nómadas de la Libia, los seres, gentes sin Dios y los persas, hacen eso movidos por principios diferentes que los que guían a judíos y cristianos para no tolerar ese supuesto culto tributado a la divinidad. Y es así que ninguno de esos pueblos repudia altares e imágenes porque piense que así se rebaja y degrada el culto a la divinidad a la materia configurada de una u otra forma, ni porque tengan idea de que ciertos démones moran de asiento en tales figuras o lugares, bien porque hayan sido invocados con ciertas fórmulas mágicas, o de otro modo hayan podido apoderarse de lugares, en que golosamente participan de las ofrendas de los sacrificios y van a la caza de placer ilícito y de hombres inicuos (cf. supra III 38). Los cristianos y judíos, en cambio, tienen preceptos como

estos: *Al Señor Dios tuyo temerás y a Él solo servirás* (Dt 6,13); y esto otro: *No tendrás dioses extraños fuera de mí; y: No te fabricarás ídolo, ni semejanza alguna de cuanto hay en el cielo arriba, ni en la tierra abajo, ni en el mar debajo de la tierra y no lo adorarás ni servirás* (Ex 20,3-4); y esto otro: *Al Señor Dios tuyo adorarás y a Él solo servirás* (Mt 4,10; Dt 6,13). Por estos mandamientos y otros semejantes, no solo se apartan los cristianos de templos, altares y estatuas, sino que, cuando es menester, marchan serenamente a la muerte a trueque de no manchar su idea del Dios del universo con pareja iniquidad.

65. Sobre los persas y Heráclito

Respecto de los persas, ya dijimos anteriormente (V 41,44; VI 22) que no levantan ciertamente templos, pero dan culto al sol y demás criaturas de Dios; cosa que a nosotros nos está vedada, pues se nos ha enseñado a no servir a la criatura en lugar del Creador (Rm 1,25). Nosotros sabemos además que la creación será liberada de la servidumbre de la corrupción para pasar a la libertad de la gloria de los hijos de Dios; y: *La expectación de la creación está aguardando la revelación de los hijos de Dios; y: La creación ha sido sometida a servidumbre, no de su grado, sino por razón de Aquel que la sometió en esperanza* (Rm 8,19-21). No hay, pues, por qué honrar en lugar de Dios, que de nada necesita (VI 52; VIII 21; cf. Act 17,25) y de su Hijo, primogénito de toda la creación (Col 1,15), a cosas sujetas a la servidumbre de la corrupción y a la vanidad y que sufren este estado por una esperanza mejor. Baste, pues, esto, sobre lo antes dicho, acerca de la nación de los persas, que no toleran altares ni estatuas, pero sirven a la criatura en lugar del Creador.

Nos alega además Celso el dicho de Heráclito que él interpreta en el sentido de que es necio hacer oración a las imágenes o estatuas si no se sabe cuáles son dioses o héroes. A esto hay que responder que es posible conocer a Dios y a su Unigénito y a los que Dios ha honrado con el título de dioses y participan de la divinidad (= los ángeles; cf. *supra* III 37) y son distintos de todos los dioses de las naciones, que son demonios (Sal 95,5); pero no es posible conocer a Dios y orar a las estatuas.

66. No es lícito siquiera el culto ficticio de los ídolos

Pero no solo es necio orar a las imágenes, sino también, siguiendo el hilo de la gente, fingir que se ora a ellas, como hacen los filósofos peripatéticos y los que siguen la doctrina de Epicuro o

Demócrito. Y es así que nada ficticio debe morar en el alma del hombre verdaderamente piadoso para con Dios. Nosotros, en cambio, una razón más que tenemos para no venerar las imágenes es la de no caer, en cuanto de nosotros dependa, en la idea de que tales estatuas son otros dioses. Por eso le reprochamos a Celso y a todos los que confiesan que tales estatuas no son dioses, que esos que aparentan ser sabios tributen un aparente culto a las estatuas. Y el vulgo los sigue y yerra pensando que no solo las adoran por acomodación y así da una caída del alma hasta imaginar que todo esto son dioses y no aguantan ni oír que no sean dioses lo que ellos adoran.

Ahora bien, Celso dice que no tiene a las estatuas por dioses, sino por ofrendas de los dioses; pero no pone en claro si se trata de ofrendas de los hombres o, como él las llama, de los dioses mismos. Pero es claro que se trata de ofrendas de hombres que erraron acerca de lo divino. Es más, ni siquiera pensamos que las estatuas representen una imagen divina, como quiera que no cabe describir la forma del Dios invisible e incorpóreo. Celso, por lo demás, se imagina que caemos en contradicción con nosotros mismos al afirmar, de un lado, que lo divino no tiene forma humana y creer, de otro, que Dios hizo al hombre su propia imagen y a imagen de Dios lo hizo (Gn 1,26-27). A esto hay que decir lo ya anteriormente dicho (VI 63): la imagen de Dios se conserva, afirmamos nosotros, en el alma racional, que es apta para la virtud. Por cierto que, al no ver aquí Celso la diferencia entre imagen de Dios y a imagen de Dios, dice que decimos “haber hecho Dios al hombre imagen suya y en la faz semejante a Él”. Pero también sobre esto dijimos más arriba (VI 63).

67. La doctrina sobre los demonios

Luego dice sobre los cristianos: “Sin duda concederán que estas imágenes se destinan al honor de alguien, semejante o diferente en su forma; pero añadirán que ni son dioses aquellos a quienes se dedican, ni quien adora a Dios debe dar culto a demonios”. Si Celso hubiera conocido la doctrina sobre los demonios y lo que obra cada uno de ellos, ya sea invocado por los que son diestros en este arte, o porque ellos voluntariamente se entregan a la operación que quieren y pueden; si hubiera penetrado, decimos, en la doctrina de los demonios, que es amplia y difícil de captar a la naturaleza humana, no nos hubiera reprochado que digamos que no debe dar culto a demonios quienquiera que adore al Dios de todas las cosas. Por nuestra parte, estamos tan lejos de dar culto a demonios, que antes bien los arrojamos con oraciones y con otros medios que nos enseñan las Escrituras, de las almas humanas y de los lugares donde se han asentado y a veces hasta de los

animales. Y es así que, a menudo, los demonios obran algunas cosas para dañar a los mismos animales.

68. Los problemas del mal y la Providencia

Como quiera que anteriormente (I 69-70; II 63-66; III 41,43; VI 75-77; VII 16-17; 35-36.40; 45-46.52) hemos hablado largamente sobre Jesús, no hay por qué repetirnos ahora para responder a este texto: “Ahora bien, por sí mismos quedan convictos de que no dan culto a un dios, ni siquiera a un demonio, sino a un muerto”. Dando, pues, sin más de mano a esto, veamos lo que sigue: “Pero yo les preguntaré primeramente por qué no haya de darse culto a los demonios. ¿No se administra por cierto todo según la mente de Dios? ¿Y no viene de Él toda providencia? ¿O es que cuanto en el universo acontece, sea obra de un dios o de ángeles, o de otros demonios o héroes, no recibe todo su ley del Dios supremo? ¿Y no se ha ordenado al frente de cada cosa el ser que ha sido tenido por digno de recibir poder? Ahora bien, el que adora a Dios, ¿no dará con toda razón culto al que de Dios ha recibido sus poderes? Pero no es posible, dice la Escritura, que uno mismo sirva a muchos señores” (cf. Mt 6,24).

También aquí es de ver cómo Celso escamotea con cosas que necesitan una investigación no despreciable y de una ciencia de misterios muy profundos acerca de la administración del universo. Y es así que debe examinarse bien en qué sentido se dice que todo se administra según la mente de Dios. ¿Llega o no llega esa administración a los pecados que se cometen? Porque, si esa administración llega también a los pecados cometidos no solo entre los hombres, sino también entre los demonios y otros seres incorpóreos que por naturaleza pueden pecar, vea el que sienta la tesis de que todo se administra según la mente de Dios el absurdo que de ahí se sigue. Se sigue, en efecto, de esa tesis que los pecados y cuanto de la maldad se deriva se administran según la mente de Dios. Lo cual no es lo mismo que decir que suceden sin que Dios lo impida. Pero si se entiende propiamente lo de “administrar”, se dirá que también se administra lo que procede de la maldad —evidentemente, todo se administra según la mente de Dios— y nadie que peque contraviene a la administración de Dios.

Por modo semejante hay que distinguir acerca de la providencia y decir que la tesis de que “toda providencia viene de Dios”, contiene, desde luego, algo de verdad cuando la providencia se refiere a algo bueno; pero si decimos de manera general que todo lo que acontece es conforme a

la providencia, aunque acontezca algo malo, será falso que “toda providencia venga de Él”; a no ser que se diga que cuanto sucede por concomitancia de lo que es providencial, procede también de la providencia de Dios (VI 53).

Afirma también Celso que cuanto hay en el universo, sea obra de un dios o de ángeles y otros demonios, todo recibe ley del Dios supremo; pero no afirma “discurso verdadero”. Y es así que los seres transgresores de la ley no la transgreden porque sigan la ley del Dios supremo. Ahora bien, la palabra divina nos demuestra que son transgresores de la ley no solo los hombres malos, sino también los demonios y ángeles malos.

69. El cristiano abomina el culto de los demonios

Ahora bien, de demonios malos no solo hablamos nosotros, sino casi todos los que sientan que existan demonios. Luego no todos los seres reciben o guardan una ley del Dios supremo. Y es así que cuantos por su inadvertencia, por iniquidad y maldad o por ignorancia de lo bueno se han apartado de la ley divina, no reciben la ley de Dios, sino (para usar una palabra nueva que viene de la Escritura) *la ley del pecado* (Rm 8,2). Ahora bien, según la mayor parte de los que sientan la existencia de los demonios, los demonios malos no guardan la ley de Dios, sino que la transgreden; pero, según nosotros, son transgresores todos los demonios, pues, no siendo antes demonios, se apartaron del camino del bien. Por eso, nadie que adore a Dios debe dar culto a los demonios.

La naturaleza de los demonios se ve también clara por los que los conjuran por los llamados hechizos de amor u odio, para impedir ciertas acciones o para otros innumerables intentos, como lo hacen los que, por encantamientos o fórmulas mágicas, saben invocar y conjurar a los demonios para lo que quieren. Por eso, todo el culto de los demonios es extraño a quienes adoramos al Dios de todas las cosas; y el culto de los demonios es culto de los falsos dioses, porque *todos los dioses de las naciones son demonios* (Sal 95,5). Lo mismo aparece también claro por el hecho de que se hicieron curiosos conjuros sobre los supuestos templos que parecen más eficaces al tiempo que se levantaron tales templos con sus correspondientes estatuas; conjuros que hacen los que, por fórmulas mágicas, consagran su tiempo al culto de los demonios. De ahí nuestra resolución de huir, como de peste, del culto de los demonios; y culto de los demonios afirmamos que es todo lo que los griegos tienen por religión con sus altares, estatuas y templos de dioses.

70. Incertidumbres sobre los démones

Dijo también Celso que al frente de cada cosa está ordenado uno que ha recibido poder del Dios sumo y se ha tenido por digno de llevar a cabo alguna obra; pero es menester ciencia muy profunda y capaz de demostrar si, a la manera de los verdugos en las ciudades y de los oficiales de las repúblicas que se entienden de cosas tristes, pero forzosas, así los démones malos han sido destinados para determinadas funciones por el Logos que todo lo gobierna; como los bandidos de los desiertos que se nombran un capitán que los mande, así los démones, formando como escuadrones por los varios lugares de la tierra, se han nombrado también un príncipe que los guía en las acciones que emprenden, para robar y asaltar las almas de los hombres.

Ahora bien, el que quiera hablar bien sobre este punto para defender a los cristianos que se abstienen de dar culto a nadie que no sea el Dios supremo y al que es primogénito de toda la creación, el Verbo de Dios (Col 1,15; Jn 1,1), tiene que explicar textos como este: *Todos cuantos vinieron antes de mí son ladrones y salteadores y las ovejas no los escucharon*; y esto otro: *El ladrón no viene sino a robar y matar y destruir* (Jn 10,8.10), y cualquier otro dicho semejante de las sagradas letras. Por ejemplo, este: *Mirad que os he dado potestad de pisar serpientes y escorpiones y sobre todo el poder del enemigo y nada os dañará* (Lc 10,19), y esto otro:

*Andarás sobre el áspid y la víbora
y al león pisarás y al dragón fiero* (Sal 90,13).

Pero nada de esto sabía Celso, pues, de haberlo sabido, no hubiera dicho: “Y cuanto hay en el universo, sea obra de un dios, de ángeles, de démones o héroes, todo recibe su ley del Dios máximo y al frente de cada cosa se pone aquel que ha sido juzgado digno de alcanzar poder. Ahora bien, al que ha alcanzado poder de Dios, ¿no será justo le dé culto todo el que adora a Dios?” A lo que añade: “No es posible que uno mismo adore a muchos señores”.

Pero esto lo discutiremos en el libro siguiente, pues este séptimo que hemos escrito contra la obra de Celso ha adquirido ya suficiente volumen.

LIBRO OCTAVO

1. El apologista, embajador de Cristo

Ya he llegado a terminar siete libros y ahora quiero empezar el octavo. Asístanos Dios y su Verbo unigénito a fin de refutar noblemente las mentiras de Celso, que en balde se titulan *Discurso de la verdad* y, en lo posible y por lo que atañe a su defensa, se demuestre la razón del cristianismo. Rogamos también a Dios poder decir con el espíritu de Pablo: *Somos embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por nosotros* (2 Co 5,20) y ser efectivamente embajadores ante los hombres de cómo el Verbo de Dios los exhorta a que tengan amistad con Él mismo. Este Verbo quiere ganar para la justicia, la verdad y las demás virtudes a los que, antes de recibir las enseñanzas de Jesucristo, pasaban su vida en tinieblas respecto de Dios y en ignorancia del Creador. Y, una vez más, diré que Dios nos dé la generosa y verdadera Palabra, el Señor fuerte y poderoso en la guerra (Sal 23,8) contra la maldad. Y ya es hora de que pasemos al texto siguiente de Celso y a su refutación.

2. Se puede, según Celso, servir a muchos amos

Anteriormente nos preguntó Celso “por qué no damos culto a los demonios” y a lo que dijo sobre los demonios le replicamos (VII 68-70) lo que nos pareció conforme al sentir de la palabra divina. Seguidamente nos presenta respondiendo a su pregunta de hombre que quiere demos culto a los demonios: “No es posible que uno mismo sirva a muchos amos”. “Esta”, opina él, “es voz de rebelión (cf. III 5; VIH 49); voz de quienes”, según sus palabras, “se amurallan a sí mismos y se separan del resto de los hombres”. Por su parte cree que “quienes así hablan, en cuanto de ellos depende, trasladan a Dios sus propios sentimientos”. Por eso piensa que, “entre los hombres, pueda tener lugar que quien sirve a uno no pueda razonablemente servir a otro, por el daño que se supone le viene a este del distinto servicio; ni que quien antes se ha comprometido con uno no se comprometa con otro. Así es razonable no servir a la vez a diferentes héroes o demonios si de ahí resulta daño”. Pero, tratándose de Dios, al que no llega daño ni pena, tiene Celso por irracional “guardarse de dar culto a muchos dioses, de modo semejante que si se tratara de hombres, héroes y demonios por el estilo”. Dice además que “quien da culto a muchos dioses, por el hecho de honrar algo que pertenece al Dios grande, hace en ello cosa grata a este”. Y añade: “A nadie le es posible ser

honrado si no le fuere dado por Él; de donde se sigue”, dice, “que quien honra y adora a todos los que son de Él, no ofende al Dios a quien todos pertenecen”.

3. La Escritura habla de “dioses”

Antes de pasar adelante, veamos si no entendemos razonablemente el texto: *Nadie puede servir a dos señores*; a lo que sigue: *Porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se adherirá al uno y despreciará al otro*. Y luego: *No podéis servir a Dios y a mamón* (Mt 6,24; Lc 16,13). La defensa nos lleva a un profundo y misterioso razonamiento acerca de dioses y señores. Y es así que la divina Escritura sabe que el Señor es grande por encima de todos los dioses (Sal 96,9); palabras en que no entendemos por dioses los que son adorados entre los gentiles, pues sabemos que *todos los dioses de las naciones son demonios* (Sal 95,5). Se trata más bien de dioses, cuya junta conoce la palabra profética, como conoce al Dios sumo que los juzga y ordena a cada uno su propia obra. Y es así que *Dios estuvo en la junta de los dioses y en medio juzga a los dioses* (Sal 81,1). Dios es, además, el Señor de los dioses, que, por medio de su Hijo, llamó a la tierra desde el nacimiento del sol hasta su puesta (Sal 49,1). Se nos manda igualmente dar gracias al Dios de los dioses (Sal 135,2) y sabemos que *Dios no es Dios de muertos, sino de vivos* (Mt 22,32). Todo lo cual se dice no solo en estos textos, sino en otros sin número.

4. Y también de “señores”

Cosas semejantes nos enseñan las sagradas letras a examinar y sentir acerca del Señor de los señores cuando nos dicen, por ejemplo: *Dad gracias al Dios de los dioses, porque es eterna su misericordia; dad gracias al Señor de los señores, porque es eterna su misericordia* (Sal 135,2-3); y en otro lugar, que Dios es *Rey de reyes y Señor de señores* (1 Tm 6,15). Pero la palabra divina conoce dioses, que así se llaman y otros que lo son, se llamen o no se llamen; y enseñando lo mismo acerca de señores que lo son y otros que no, dice Pablo: *Porque si bien hay llamados dioses, en el cielo o en la tierra, como hay muchos dioses y muchos señores* (1 Co 8,5). Luego, como quiera que el Dios de los dioses llama a los que quiere a su porción (Dt 32,9), por medio de Jesucristo, de oriente y occidente (Sal 49,1); y puesto que el Cristo de Dios es Señor y, al invadir los dominios de todos y llamar así de todos los dominios súbditos suyos, demuestra que es superior a todos los que dominan, de ahí es que Pablo, que lo sabía muy bien, añade después del texto citado:

Pero para nosotros solo hay un Dios, el Padre de quien todo procede y un solo Señor, Jesucristo, por quien es todo y nosotros por Él (1 Co 8,6). Y percatándose Pablo de que había en sus palabras algo de maravilloso y recóndito, añade: Pero no en todos hay ciencia (ibid., 7). Ahora bien, cuando Pablo dice: Para nosotros, en cambio, solo hay un Dios, el Padre, de quien todo procede; y un solo Señor, Jesucristo, por quien es todo, ese “nosotros” lo dice de sí mismo y de cuantos se han remontado al sumo Dios de dioses y al sumo Señor de señores. Y al Dios sumo se remonta el que, sin escisión, división ni parcialidad, lo adora por medio de su Hijo, el Dios Verbo y sabiduría que fue contemplado en Jesús, el único que conduce a Él a los que se esfuerzan, por todos los modos, en pertenecer al Dios artífice del universo por medio de palabras, obras y pensamientos excelentes. Por esta y otras cosas semejantes opino que el príncipe de este mundo, que se transfigura en ángel de luz (2 Co 11,14), hizo que se dijera: “A este sigue un ejército de dioses y démones, ordenados en doce partes”. Y de sí mismo y de los que se dan a la filosofía añade: “Nosotros con Zeus, y otros con otros démones” (Plat., Phaidr. 246,2-247a.250b).

5. Quiénes se levantan por encima de todos los “dioses” y “señores”

Como haya, pues, muchos que se dicen dioses o que lo son realmente y lo mismo señores, nosotros lo hacemos todo con el fin de remontarnos por encima, no solo de las cosas que son adoradas como dioses por las naciones de la tierra, sino también de los mismos que las Escrituras llaman dioses; cosa de que nada saben los que son extraños a las alianzas (Ef 2,12), hechas con Dios por medio de Moisés y de nuestro Salvador Jesús y no entran a la parte de las promesas que por ellos se nos han dado a conocer. Ahora bien, por encima de toda servidumbre de démones se remonta el que no hace obra alguna grata a los démones; y de la parte de los que Pablo llama dioses se sale el que mira, como aquéllos o de otro modo cualquiera, no lo que se ve, sino lo que no se ve (2 Co 4,18); y el que considera de qué modo *la expectación de la creación está aguardando la revelación de los hijos de Dios, pues la creación está sometida a la vanidad, no de su grado, sino por causa de quien la sometió en esperanza* (Rm 8,19-21), si es cierto que alaba la creación y ve cómo se liberará de la servidumbre de la corrupción y llegará a la libertad de la gloria de los hijos de Dios, no se distrae en servir a Dios y a otro juntamente con Él ni a sujetarse a dos amos. No hay, pues, voz de sedición en quienes esto entienden y no quieren servir a muchos señores. Por eso se contentan con el Señor Jesucristo, que instruye a los que están a su servicio, a fin de entregarlos,

una vez instruidos y hechos reino digno de Dios (Ap 1,6; 5,10), al mismo Dios Padre. Sí, es cierto, en cambio, que se apartan y separan de los que son forasteros en la ciudad de Dios y extraños a sus alianzas, a fin de tener su ciudadanía en los cielos (Fil 3,20) y acercarse *al Dios vivo y a la ciudad de Dios, la Jerusalén celeste y a la compañía innumerable de ángeles y a la iglesia de los primogénitos, que están inscritos en los cielos* (Hb 8,19-21).

6. El cristiano, embajador de Cristo

Pero tampoco nos apartamos de servir a otro fuera de Dios por medio de su Verbo y su verdad porque nos imaginemos que recibe Dios un daño, como parece recibirlo un hombre, de parte de quien sirve a otro además de él; no, lo que queremos es no dañarnos a nosotros mismos, separándonos de la porción del Dios sumo, como quiera que vivimos emparentados con su bienaventuranza por excelente espíritu de adopción. Este espíritu mora en los hijos del Padre del cielo, que no echan palabrillas, sino hechos cuando, con levantada voz, dicen en el secreto: *¡Abba!, Padre* (Rm 8,15).

Como es sabido, los embajadores lacedemonios no quisieron adorar al rey de los persas, por más que los forzaran los guardias, por temor al que ellos tenían por su solo señor, que era la ley de Licurgo (Herod., VII 13 6); aquellos, en cambio, que desempeñan una embajada por Cristo, mucho más grande y divina (2 Co 5,20), no pueden adorar ni al príncipe de los persas, ni al de los griegos, ni al de los egipcios, ni al de otra nación alguna, por más que la guardia de tales gobernantes, que son los demonios y ángeles del diablo, los quieran forzar a hacerlo e intenten persuadirlos a que abandonen al que es superior a toda ley sobre la tierra. Y es así que Cristo es señor de los que son sus embajadores y lo representan, Él, Verbo que era en el principio y estaba en Dios y era Dios (Jn 1,1).

7. Vaguedades de Celso sobre demonios y héroes

Celso se imaginó sin duda que, entre las cosas que él tenía por patentes, iba a exponer una doctrina de especial profundidad acerca de héroes y algunos demonios. Así, después de explicar lo que atañe al servicio entre los hombres, es decir, que recibe uno daño si el que antes le servía quiere también servir a otro, dice que “lo mismo habría de decirse sobre héroes y demonios por el estilo”. A esto le preguntaremos, pues, qué entiende por héroes y de dónde proceden esos demonios,

de suerte que quien sirve a este héroe no pueda servir al otro y quien sirve a tal demon no pueda ya servir a otro, pues el primer demon saldría dañado, de la misma manera que son dañados los hombres si el siervo primero se pasa a un segundo amo. Demuéstrenos Celso qué daño piensa él que se da en los héroes o démones por el estilo. La verdad es que se verá forzado a caer en un mar de tonterías, repetir su discurso y retractar lo dicho; o, si no quiere decir tonterías, tendrá que confesar que no sabe una palabra sobre lo que sean héroes y démones. Y respecto a lo que dice sobre los hombres, que reciben daño los primeros si un esclavo quiere servir también a segundos amos, habría que decirle: ¿Qué daño cree Celso que recibe el primer amo si su esclavo quiere servir también a un segundo?

8. El solo verdadero daño

Ahora bien, si entiende por daño, como un hombre vulgar y ajeno a la filosofía, el que se dice de cosas que están fuera de nosotros, demostraría que no ha saludado siquiera lo que hermosamente dice Sócrates: “Realmente, Anito y Meleto me pueden quitar la vida, pero no dañarme, pues no es de ley divina que lo superior reciba daño de lo inferior” (Plat., *Apol.* .30cd).¹ Pero, si por daño entendiera un movimiento o hábito malo,² como parejo daño no puede darse en los sabios, se sigue que puede uno servir a dos sabios que estén en distintos lugares. Pero si tampoco es razonable, en balde tomó Celso como ejemplo que censurar el texto: *Nadie puede servir a dos señores* (Mt 6,24); y tanto mayor fuerza tendrá esa palabra que se refiere al servicio único de Dios del universo por medio de su Hijo, que lleva a los hombres a Él. Por lo demás, no daremos culto a Dios como si Él lo necesitara o hubiera de tener pena de no tributárselo. Nosotros, antes bien, sacamos provecho del culto de Dios; nosotros nos hacemos insensibles al dolor y a la pasión por servir al Dios sumo por medio de su unigénito Verbo y sabiduría.

9. El culto de Jesús, solo que viene de Dios

De ver es también cuan a la ligera dice: “Porque, aun dado caso que dieras culto a otra cosa de

1 Hay que detenerse un momento ante esta gran palabra socrática y recordar que, según San Justino, “Sócrates fue cristiano” (I *Apol.* 46,3), un cristiano antes de Cristo, para baldón de quienes no lo son después de Cristo. Ni Anito ni Meleto, aunque nos puedan quitar la vida —!en nombre de la ley, eso sí!, pues son personas muy decentes— o el pan con que sustentar la vida, lo que no pueden es inferirnos daño alguno verdadero, que sería tener parte en su maldad. Dentro de esta gran tradición socrático-cristiana, decía San Juan Crisóstomo que nadie nos puede dañar si no nos dañamos a nosotros mismos. Un perro nos puede ladrar y hasta morder; lo que no puede es hacer que seamos perro como él, un perrillo como los que hemos oído aullar por estas tierras.

2 Se trata de una definición estoica (*Stoic. vet. frag.* III, 78).

las que hay en el universo...”, pues así se afirma que, sin daño alguno de nuestra parte, podemos trasladar el culto debido a Dios a cualquiera de las cosas simplemente que son de Dios. Pero, como si él mismo se hubiera percatado de no haber hablado sanamente al decir: “Porque, aun dado caso que dieras culto a otra cosa de las que hay en el universo...”, vuelve sobre sus pasos y corrige lo dicho con esto otro: “No es posible tributar honor a nadie a quien no se le haya concedido por Él”. Pues preguntemos a Celso acerca de los que son honrados como dioses, démones o héroes: ¿Por dónde, amigo, puedes demostrar haberseles concedido de parte de Dios a estos el ser honrados y que no les viene el honor de la ignorancia y necedad de hombres que han errado y se han apartado de Aquel que propiamente merece ser honrado? En todo caso, honor se tributa al querido de Adriano, como tú mismo, Celso, has dicho poco antes (III 36; V 63); y seguramente no querrás afirmar que el Dios del universo le ha concedido a Antínoo derecho a recibir honores divinos. Lo mismo diremos acerca de los otros, requiriendo pruebas de que el Dios supremo les ha concedido derecho de ser honrados.

Ahora bien, si algo semejante se nos replicara respecto de Jesús, nosotros demostraríamos habersele dado de Dios el ser honrado, *para que todos honren al Hijo como honran al Padre* (Jn 5,23). Y es así que las profecías hechas antes de que naciera eran recomendaciones del honor que se le debía. Y los milagros que hizo, no por magia, como se imagina Celso (III 36; V 63), sino por virtud divina predicha por los profetas, eran una testificación de Dios, una garantía de que quien honre al Hijo, que es el Logos o Razón, no hace caso sin razón, sino que sacará provecho del honor que le tribute. Y el que honra al que es la verdad, se hace mejor por honrar la verdad; y, por el mismo caso, el que honra la sabiduría y la justicia y todo lo demás que las divinas letras dicen que es el Hijo de Dios.

10. Quién honra de verdad a Dios

Ahora bien, que el honor tributado al Hijo de Dios consista en una vida recta, lo mismo que el honor que se rinde a Dios Padre, veamos si no nos lo enseña este texto: *Tú que te ufanas de la ley, por la transgresión de la ley deshonoras a Dios* (Rm 2,23); y esto otro: *¿Pues cuánto mayor castigo pensáis merecerá quien ha pisoteado al Hijo de Dios y profanó la sangre de la alianza en que fue santificado, e insultó al espíritu de gracia?* (Hb 10,29). Porque, si por la transgresión de la ley deshonra a Dios el transgresor de la ley y pisotea al Hijo de Dios el que no recibe la palabra divina,

es evidente que honra a Dios el que guarda la ley y le da culto el que está adornado de la palabra de Dios y de las obras que ella pide. Y si Celso hubiera sabido quiénes son de Dios y que ellos son los solos sabios y quiénes son ajenos a Dios y que son malos todos los que no sienten inclinación a abrazar la virtud, hubiera entendido en qué sentido se dice: “Si uno honra y adora a todos los que son de Él, ¿en qué ofende al Dios a quien todos pertenecen?”

11. No hay división en el reino de Dios

Seguidamente dice Celso: “Además, el que dice que solo uno fue llamado señor, si habla de Dios, comete una impiedad, pues divide el reino de Dios e intenta una sedición, como si hubiera allí un partido y algún otro rival de Dios”. Esto tendría realmente lugar si Celso pudiera demostrar con pruebas lógicas que son dioses esos que los gentiles adoran como dioses y que los que se crean andan en torno a las estatuas, templos y altares no son demonios malignos. Respecto del reino de Dios de que hablamos y escribimos continuamente (cf. I 39; III 59; VI 17), nosotros pedimos en nuestra oración entenderlo y ser tales que solo tengamos a Dios por rey y que su reino se haga también nuestro; Celso, en cambio, que nos enseña a dar culto a muchos dioses, debiera hablar, de querer ser consecuente, de un reino de dioses, no de un reino de Dios.

Así, ni hay en Dios bandos o partidos, ni dios alguno que se levante como su rival. Si hay, en cambio, algunos que, a modo de gigantes o titanes (cf. IV 32; VI 42), quieren, por su propia maldad, hacer la guerra a Dios uniéndose con Celso y quienes se la han declarado al que de mil formas demostró la verdad sobre Jesús y a Jesús mismo, que, por la salvación de nuestro linaje, se mostró a todo el mundo en general como el Logos, según cada uno podía comprender.

12. “Yo y el Padre somos una sola cosa”

Acaso pudiera pensarse que, en lo que sigue, hay algo probable contra nosotros: “En verdad, si estos no dieran culto a nadie más que a un solo Dios, su razonamiento contra los demás tendría acaso alguna fuerza; pero el caso es que dan un culto excesivo a ese que apareció recientemente (I 26) y, sin embargo, en nada creen pecar contra Dios, a pesar de que se da culto a un servidor suyo”. Pero a esto hay que decir que Celso no entendió lo que quiere decir: *Yo y el Padre somos una sola cosa* (Jn 10,30), ni lo que dijo el Hijo de Dios en su oración: *Como tú y yo somos una sola cosa* (17,22). De haberlo entendido, no hubiera imaginado que nosotros damos culto a nadie fuera del

Dios supremo. Porque el Padre, dice, está en mí y yo en el Padre (14,10-11). Pero si alguno teme por estos textos que nos pasemos como desertores a los que niegan que el Padre y el Hijo sean dos hipóstasis, considere este otro texto: *Todos los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma* (Hch 4,32), y así vea lo de *Yo y el Padre somos una sola cosa*.

Así, pues, como hemos explicado, damos culto a un solo Dios, al Padre y al Hijo y sigue válido nuestro razonamiento contra los otros. Y no es cierto tampoco que demos culto excesivo al que apareció hace poco, como si antes no hubiera existido, pues le creemos cuando dice: *Antes de que Abrahán naciera, yo soy* (Jn 8,58), y cuando dice: *Yo soy la verdad* (14,6). Y no hay entre nosotros nadie tan estúpido que piense no haber existido la esencia de la verdad antes de la fecha en que apareció Cristo. Damos, pues, culto al Padre de la verdad y al Hijo, que es la verdad, los cuales son dos cosas por su hipóstasis, pero una sola por su concordia, por la armonía e identidad de su voluntad; de suerte que quien ha visto al Hijo, resplandor que es y marca de la substancia de Dios (Hb 1,13), en Él, que es imagen de Dios (Col 1,15), ha visto a Dios (Jn 14,9).

13. La mediación del Verbo, sumo sacerdote

Luego opina Celso que, del hecho de que demos culto a Dios juntamente con su Hijo, lógicamente se sigue que, según nosotros, no solo hay que dar culto a Dios, sino también a sus servidores. Ahora bien, si Celso se hubiera referido a los servidores de Dios que vienen después del Unigénito, a Gabriel y Miguel y demás ángeles y arcángeles y hubiera afirmado que también a estos se debe dar culto, tal vez habríamos comenzado por apurar bien la significación de las palabras “dar culto” y de las acciones de los que lo dan y hubiéramos luego dicho lo que sobre el tema alcanzáramos, bien persuadidos de discutir sobre cosas de monta. Pero lo cierto es que Celso tiene por servidores de Dios a los démones adorados por los gentiles y, por lo tanto, no nos persuade por lógica consecuencia a que demos culto a quienes la palabra divina nos presenta como ministros del maligno, príncipe que es de este mundo (1 Co 2,6.8; Jn 12,31 *et passim*), que aparta de Dios a cuantos puede. Así, pues, por no tenerlos por servidores de Dios, nos negamos a adorar y dar culto a todos esos que adoran los otros hombres; pues si se nos hubiera enseñado que son servidores del Dios sumo, no diríamos que son demonios. Por eso damos culto al Dios uno y a su solo Hijo, que es su Verbo e imagen, con las mejores súplicas y peticiones que podemos, ofreciendo nuestras oraciones al

Dios del universo por medio de su Unigénito. A este, digo, se las ofrecemos primeramente, rogándole que, pues es propiciación por nuestros pecados (1 Jn 2,2), presente, como sumo sacerdote (Hb 4,14), nuestras oraciones, sacrificios y súplicas al Dios supremo.

Así, pues, nuestra fe en Dios nos viene por su Hijo, que la confirma en nosotros y Celso no será capaz de demostrar que hay en nosotros sedición alguna respecto del Hijo de Dios. Y es así que adoramos al Padre, al tiempo que admiramos a su Hijo, que es Verbo, sabiduría, verdad y justicia (1 Co 1,24.30) y todo lo demás que sabemos que es el Hijo de Dios, como quien fue engendrado de tal Padre. Y baste con esto sobre esto.

14. Himno al Hijo de Dios

Dice también Celso: “Si alguien trata de enseñarles que Jesús no es Hijo de Dios, sino que Dios es padre de todos y a este solo hay que adorar verdaderamente, no aceptarán tal enseñanza si no adoran también a este que tienen por cabeza de su sedición. Y si a este le han dado nombre de hijo de Dios, no es porque quieran honrar particularmente a Dios, sino porque quieren exaltar a este sobre todo”. Pero nosotros hemos aprendido quién es el Hijo de Dios: resplandor de su gloria y marca de su substancia (Hb 1,13) y vapor del poder de Dios y emanación pura de la gloria del Omnipotente y fulgor de la luz eterna y espejo sin mancha de la acción de Dios e imagen de su bondad (Sb 7,25-26); y sabemos que Jesús es hijo de Dios y Dios, padre de Jesús. Y nada inconveniente ni impropio de Dios hay en esta doctrina que admite tal Hijo y nadie será capaz de persuadirnos que Jesús no es Hijo del Dios y Padre ingénito.

Pero si Celso entendió mal a algunos que no confiesan que el Hijo de Dios lo sea del que creó este universo (cf. V 54; VI 53), allá él y allá los que pareja doctrina aceptan. No es, pues, Jesús cabeza de sedición alguna, sino de toda paz, como quien dijo a sus discípulos: *La paz os dejo, mi paz os doy*. Y, como sabía que los hombres que son del mundo y no de Dios nos habían de hacer la guerra, añadió a esas palabras estas otras: *No como el mundo da paz, así os doy yo mi paz* (Jn 14,27). Y aunque nos veamos atribulados en este mundo, tenemos confianza por Aquel que dijo: *En el mundo tendréis tribulación; pero tened buen ánimo, porque yo he vencido al mundo* (16,33). Y de este afirmamos que es Hijo de Dios, del Dios a quien, si hay que usar las palabras de Celso, nosotros adoramos particularmente; y sabemos también que el Hijo ha sido particularmente exaltado por el Padre.

Acaso haya quienes, por ser de la muchedumbre de los creyentes, profesen también la creencia divergente de suponer, por su temeridad, que el Salvador es el Dios máximo, que está sobre todas las cosas; pero nada semejante profesamos nosotros que creemos al que dice: *El Padre que me ha enviado es mayor que yo* (Jn 14,28). Por eso no podemos subordinar al Hijo de Dios el que ahora llamamos Padre.

15. Fantasías de oscura secta gnóstica

Después de esto dice Celso: “Y como prueba que no opino en esto fuera de camino, me voy a valer de sus mismas palabras. En cierto Diálogo celeste, se dice en efecto textualmente: —Si más fuerte que Dios es el hijo y señor de Él es el hijo del hombre —¿y quién otro pudiera señorear sobre el Dios poderoso?—, ¿cómo es que muchos están en torno al pozo y nadie baja al pozo? ¿Por qué, haciendo tan largo camino, eres tímido? —¡Te equivocas, pues yo poseo audacia y espada!—. Así, su objeto no es adorar al Dios supra celeste (cf. VI 19), sino a otro que suponen padre de Jesús, en torno al cual se han reunido y, so capa del gran dios, adorar únicamente a este, a quien han puesto a su frente, a ese hijo del hombre que afirman ser más fuerte que el Dios poderoso y señor suyo. De ahí les ha venido su consigna de no servir a dos señores, a fin de mantener la sedición en torno a este solo”.

Una vez más se ve aquí cómo toma Celso fantasías de no sé qué oscurísima secta y se las endosa a todos los cristianos. Y digo secta “oscurísima”, porque ni nosotros mismos, que muchas veces nos hemos debatido con gentes sectarias, podemos dar con la doctrina de que tomara eso Celso. Eso, si lo tomó de alguna parte y no se lo inventó él o lo añadió como secuela. Porque nosotros, que afirmamos pertenecer al Creador de todas las cosas aun el mundo sensible, claramente decimos que el Hijo no es más fuerte que el Padre, sino inferior a Él. Y lo decimos porque creemos al Hijo mismo que dijo: *El Padre que me ha enviado es mayor que yo* (Jn 14,28). Y no hay nadie entre nosotros tan estúpido que diga que el Hijo del hombre es señor de Dios. Decimos que el Salvador domina sobre todos los que le están sometidos, señaladamente cuando pensamos en Él como Dios Verbo, sabiduría, justicia y verdad, en cuanto es estas cosas; pero no que domine a Dios Padre, que lo domina a Él. Además, como el Logos no domina a los que no se le someten voluntariamente y hay aún algunos malos no solo entre los hombres, sino también entre los ángeles (y aquí entran todos los demonios), sobre estos decimos que, hasta cierto modo, no domina, puesto

que no le obedecen voluntariamente; aunque, en otro sentido de “dominar”, también sobre ellos domina, como decimos que domina el hombre a los animales irracionales, por más que no los sujete a su albedrío, como domina algunos leones domesticándolos y a ciertas bestias por la doma. Sin embargo, Él no deja piedra por mover a fin de persuadir a los que ahora no le obedecen a que se sometan a su imperio. En conclusión, en nuestra opinión miente Celso cuando dice que nosotros decimos: “¿Quién otro dominará al Dios poderoso?”

16. La Iglesia, que lleva el nombre de Cristo solo

Luego, a mi parecer, confunde de nuevo las cosas, alegando de otra secta: “¿Cómo es que muchos están en torno al pozo y nadie entra en el pozo?” Y esto otro: “¿Por qué, al acabar tan largo camino, eres tímido? —¡Te equivocas!”; y luego: “Porque yo poseo audacia y espada”. Los que pertenecemos a la Iglesia, que lleva el nombre de Cristo solo, afirmamos que nada de eso es verdad. Y es lo bueno que, dicho eso, se imagina que saca puras consecuencias en cosas que para nada nos atañen. Y es así que nosotros no nos proponemos adorar a un Dios hipotético, sino al Creador de este universo y de cualquier otro no sensible ni patente a los ojos. Allá se lo verán los que echan por “otro camino y otras sendas” (Homer., *Odyseea* 9,261), esos, que niegan a este Dios y se han entregado a un fantasma de nueva hechura, que solo tiene nombre de Dios, imaginando que es más grande que el Creador; y allá se lo haya cualquier otro si por lo visto hay quien dice que el Hijo es más fuerte y señor del Dios poderoso.

Respecto del mandato de *no servir a dos señores* (Mt 6,24), ya dimos la explicación que mejor nos pareció cuando expusimos no poderse probar sedición alguna en el honor tributado a Jesús como Señor, en aquellos que confiesan haberse levantado por encima de todo señor y servir al solo Señor, que es el Hijo y Logos de Dios.

17. Defensa del aniconismo cristiano

Luego dice Celso que “huimos de levantar estatuas y templos” (Vil 62), porque esto se imagina él que es para nosotros “la segura contraseña de una asociación oculta y misteriosa”. Y no ve que, para nosotros, son altares la mente de cada justo y de ellos suben, real y espiritualmente, olorosos inciensos, que son las oraciones que brotan de conciencia limpia. De ahí que se diga en el Apocalipsis de Juan (Ap 5,8): *Los perfumes son las oraciones de los santos*. En el salmista: *Sea mi ora-*

ción como incienso en tu acatamiento (Sal 140,2).

Las imágenes, en cambio y las ofrendas que convienen a Dios, no son las fabricadas por artesanos vulgares, sino las que labra y modela en nosotros el Logos de Dios, las virtudes que imitan al *Primogénito de toda la creación* (Col 1,15), donde están los ejemplares de la justicia, prudencia, fortaleza, sabiduría y demás virtudes. Así, pues, en todos aquellos que, de acuerdo con el Logos divino, se han fabricado para sí la templanza, justicia, fortaleza, sabiduría y piedad y demás imágenes de virtudes, en esos, decimos, se levantan las estatuas, con las que estamos convencidos se honra debidamente al que es prototipo de todas las imágenes, imagen del Dios *invisible* (Col 1,15) y *Dios unigénito* (Jn 1,18). Todos aquellos, además, que, desnudándose del hombre viejo con sus obras y revistiéndose del nuevo, que se renueva para conocer según la imagen del que lo creó (Col 3,9-10), al restablecer en sí mismo la imagen del Creador, erigen en sí mismos estatuas tales como las quiere el Dios supremo.

Sin embargo, como entre escultores y pintores los hay que realizan maravillosamente su obra, por ejemplo, Fidias y Policeto entre los escultores, y Zeuxis y Apeles entre los pintores; otros fabrican imágenes con arte inferior al de estos; otros, con menos arte aún que los segundos y, de modo general, hay mucha diferencia en la fabricación de estatuas e imágenes; por el mismo estilo hay quienes fabrican estatuas del Dios supremo con más arte y ciencia acabada, de forma que no cabe comparación alguna entre el Zeus Olímpico labrado por Fidias y el hombre que se configura según la imagen del Dios creador. Eso sí, la imagen mejor y que aventaja con mucho toda otra de la creación entera es la que se levanta en nuestro Salvador mismo, que dijo: *El Padre está en mí* (Jn 14,10).

18. Dios hace su morada en el alma

Además, en cada uno de los que, según sus fuerzas, lo imitan también en esto, se levanta una estatua según la imagen del Creador (Col 3,10), estatua que ellos fabrican mirando a Dios con corazón puro, *hechos imitadores de Dios* (Ef 5,1). Y, de modo general, todos los cristianos se esfuerzan en levantar altares tales como hemos dicho y estatuas tales como las que hemos explicado, no inanimadas e insensibles, ni propias para dar acogida a démenes golosos que se asientan en lo inanimado, sino del espíritu de Dios, que mora como en casa propia en las estatuas que hemos dicho y en el que se configura según la imagen del Creador. Y, por el mismo caso, el espíritu de

Cristo se asienta (Hch 2,3) sobre quienes se configuran, por decirlo así, con Él. Y como la Escritura nos quería poner esto delante, nos describió a Dios, que dice a los justos en son de promesa: *Habitare entre ellos y con ellos me pasearé y seré Dios suyo, y ellos serán pueblo mío* (2 Co 6,16). Y al Salvador: *Si alguno oyere mis palabras y las pusiere por obra, yo y mi Padre vendremos a él y haremos nuestra morada en él* (Jn 14,23).

Compare, pues, quien quisiere los altares que hemos explicado con los que dice Celso y las estatuas que se levantan en el alma de los piadosos para con Dios, con las de Fidias y Policeto y artistas semejantes y claramente verá que estas son inanimadas y sujetas a la corrupción del tiempo; aquéllas, en cambio, permanecen en el alma inmortal todo el tiempo que el alma racional quiere que permanezcan en ella.

19. El cuerpo de Jesús, templo sacratísimo

Ahora bien, si hay que comparar templos con templos, para demostrar a los que aceptan las ideas de Celso que nosotros no rehuimos levantar templos que convengan a las estatuas y a los altares antedichos, sino que nos negamos a construir templos inanimados y muertos al autor de toda vida, oiga el que gustare de ello cómo se nos enseña que nuestros cuerpos son templos de Dios (1 Co 3,16-17; 6,19); y si alguno, por su incontinencia o su pecado, corrompe o destruye el templo de Dios, ese tal, como verdadero impío contra el verdadero templo, será por Dios destruido. De entre todos los templos, en cambio, que así se llaman, el mejor y más excelente fue el cuerpo sagrado y puro de nuestro Salvador, Jesucristo; el cual, sabiendo que los impíos podían atentar contra el templo de Dios que había en Él, pero no de forma que sus intentos prevalecieran sobre la divinidad que edificaba aquel templo, les dijo: *Destruid este templo y yo lo reedificaré en tres días... Él, en cambio, lo decía del templo de su cuerpo* (Jn 2,19.21).

Y en algún otro lugar, enseñando misteriosamente la doctrina de la resurrección a quienes son capaces de escuchar las palabras de Dios con oído divino, las sagradas letras dicen que serán edificados con piedras vivas y preciosas. Con lo que ocultamente da a entender que cada uno de los que conspiran por la palabra de Dios a la piedad para con Él, es una piedra preciosa de todo el templo de Dios. Así, Pedro dice: *Pero vosotros sois edificados como piedras vivas de una casa espiritual, para formar un templo santo y ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios, por medio de Jesucristo* (1 P 2,5). Y Pablo: *Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas,*

teniendo por piedra angular al mismo Jesucristo nuestro Señor (Ef 2,20). El mismo sentido místico tiene también el pasaje de Isaías, dirigido a Jerusalén, que dice así: Mira, pondré tus piedras sobre carbunclos y tus fundamentos sobre zafiros. Y haré de jaspe tus baluartes y tus puertas de piedras de cristal y de piedras preciosas todo tu cerco; todos tus hijos serán adoctrinados de Dios y gozarán de mucha paz; y tú serás edificada sobre justicia (Is 54,11-14).

20. Variaciones sobre el mismo tema

Así, pues, algunos justos son carbunclo, otros zafiro, otros jaspe y otros cristal; y así, por el estilo, son los justos todo linaje de piedras escogidas y preciosas. No es este el momento de explicar la significación espiritual de las piedras y la razón de su naturaleza, ni a qué clase de alma se puede aplicar el nombre de cada piedra preciosa; solo era del caso recordar brevemente qué significan entre nosotros los templos y señaladamente el templo único de Dios hecho de piedras preciosas. Si, respecto de esos que se tienen por templos, los habitantes de una ciudad se ufanaran de ellos ante otros, los orgullosos de sus templos más preciosos enumerarían sus excelencias para demostrar la inferioridad de los otros; así nosotros, contra los que nos recriminan porque no creemos que debe adorarse a Dios en templos insensibles, parangonamos los templos que se dan entre nosotros y demostramos a los que no son insensibles y semejantes a sus dioses, que tampoco sienten, que no cabe comparación alguna entre nuestras estatuas y las de los gentiles, ni entre nuestros altares y —llamémoslos así— nuestros perfumes y los altares de ellos, sus grasas y sangre. Y lo mismo digamos de los templos por nosotros explicados y los de cosas insensibles, admirados por hombres también insensibles, que no tienen ni imaginación de aquella divina sensación por la que se siente a Dios y sus estatuas, templos y altares tales como convienen a Dios.

Así, pues, no rehuimos levantar altares, estatuas y templos porque ello sea para nosotros una contraseña segura de una sociedad oscura y misteriosa, sino porque, por medio de Jesús, hemos encontrado la manera de dar culto a Dios. De ahí que huyamos de lo que, con apariencia de piedad, hace impíos a los que se han apartado de la piedad que nos enseñara Jesucristo, que es el solo camino de la piedad, como quien dijo con verdad: *Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6).*

21. Cómo se celebra de verdad una fiesta

Pues veamos lo que seguidamente dice Celso acerca de Dios y cómo nos incita a que comamos

lo que realmente se sacrifica a los ídolos o, por mejor decir, a los demonios; Celso lo llamaría “ofrendas sacras”, como quien ignora qué es lo de verdad sagrado y cuáles son los verdaderos sacrificios. Como quiera, he aquí sus palabras: “Dios, en verdad, es común a todos, bueno y sin necesidad y ajeno a toda envidia (cf. VI 52; VII 65; Plat., *Phaidr.* 247a; *Tim.* 29e; Aist., *Metaph.* 1,2 (983a,2). ¿Qué inconveniente hay por ende en que quienes le están más particularmente consagrados tomen también parte en las públicas festividades?” No sé qué se imaginó Celso para pensar que al ser Dios bueno, sin necesidades y ajeno a la envidia, lógicamente se siga deban participar en las públicas fiestas los que a Él están consagrados. Por mi parte digo que, de ser Dios bueno, sin necesidad de nada y ajeno a toda envidia, se seguiría que deben participar en las públicas fiestas quienes le están consagrados si se demostrara que las tales fiestas no tienen nada de erróneo y fueron instituidas partiendo de un claro conocimiento de Dios, como conformes con el culto y piedad que se le debe.

Pero lo cierto es que las públicas fiestas solo de nombre son fiestas y no tienen razón alguna que demuestre que se ajustan al culto debido a la divinidad; cabe, en cambio, probar que son invenciones de quienes las instituyeron al azar por razón de ciertas historias humanas, o que contienen teorías físicas acerca del agua, de la tierra o de los frutos que en esta se producen. De donde se sigue patentemente que quienes quieren dar culto a Dios sabiendo lo que hacen, obran razonablemente no tomando parte en las públicas fiestas. Y es así que una fiesta, como dice —y dice bien— incluso un sabio griego, “no es otra cosa que hacer uno lo que debe” (Thucid., 1, 70 v. *finem*). Y, a decir verdad, una fiesta celebra el que hace lo que debe y ora siempre y en todo momento ofrece en sus oraciones a la divinidad incruentos sacrificios. Por eso magníficamente me parece hablar Pablo cuando dice: *Observáis días y meses y tiempos y años; mucho me temo no haya trabajado en balde entre vosotros* (Ga 4,10-11).

22. Las fiestas cristianas

Pero acaso alguien objete a esto lo que nosotros hacemos los días del Señor, de preparación, pascua o pentecostés. A ello hay que responder que el perfecto, por el hecho de permanecer siempre en las palabras, en las obras y en los pensamientos del Dios Verbo, que es por naturaleza señor, siempre está en los días de Él y siempre celebra días del Señor. Y, por el mismo caso, el que constantemente se prepara para la vida verdadera y se aparta de los placeres de la vida que seducen

a los muchos; el que no fomenta el sentir de la carne (Rm 6,8), sino que abofetea su cuerpo y lo reduce a servidumbre (1 Co 9,7), ese celebra constantemente las preparaciones (o parasceve). Además, el que comprende que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado y que debemos celebrar fiesta comiendo de la carne del Logos (1 Co 5,7; cf. Jn 6,52ss), ese no hay momento en que no esté celebrando la pascua, que se interpreta “sacrificio para el tránsito” (cf. Philo., *Vita Mos.* II 224), pues constantemente está pasando de las cosas de la vida a Dios y acelerando el paso a la ciudad de Dios. Finalmente, el que puede decir con verdad: *Hemos resucitado juntamente con Cristo* (Col 3,1); y: *Nos levantó y sentó en los cielos juntamente con Cristo* (Ef 2,6), se halla siempre en los días de Pentecostés; y, señaladamente, cuando, como los discípulos de Jesús, sube al piso superior y cede a la oración y súplicas, a fin de hacerse digno del viento impetuoso que viene del cielo (cf. Hch 1,13-14; 2.2-3), el viento que fuerza a desaparecer de los hombres la maldad y cuanto de ella procede, digno también de recibir alguna parte de la lengua de fuego venida de Dios.

23. No hay en esta vida fiesta total

La muchedumbre, en cambio, de los que parecen creer y no han llegado a esa dignidad, al no querer o no poder celebrar así todos los días, necesita, a modo de recuerdo, de ejemplos sensibles si no se quiere que de todo punto se diluya. Algo así creo yo que pensó Pablo cuando llama *parte de fiesta* (Col 2,16) la que se celebra en días separados de los demás y que con esta expresión da a entender que la vida conforme al Verbo divino no consiste en fiesta parcial, sino entera y no interrumpida. Pero es también de ver, por lo dicho acerca de nuestras fiestas, si, comparadas con las públicas fiestas de Celso y los gentiles, no son aquéllas mucho más sagradas que las públicas fiestas en que el sentir de la carne (Rm 8,6-7), al celebrarlas, se desenfrena y se propasa a embriagueces y disoluciones.

Mucho habría ahora que decir por qué las fiestas que prescribe la ley de Dios enseñan a comer pan de aflicción (Dt 16,3) o ázimos con hierbas amargas (Ex 12,8) y por qué dicen: *Humillad vuestras almas* (Lv 16,29.31) o cosas por el estilo. Y es que no resulta siquiera posible que el hombre, ser compuesto, celebre enteramente una fiesta en tanto *la carne codicie contra el espíritu y el espíritu contra la carne* (Ga 5,17). Porque, al celebrarla con el espíritu, hay que mortificar el cuerpo, que, por naturaleza, dado el sentir de la carne, no sabe celebrarla con el espíritu; o, celebrándola según la carne, no se goza la fiesta según el espíritu. Pero baste de momento con esto

sobre el tema de las fiestas.

24. “El ídolo no es nada”

Pues veamos ahora con qué argumentos nos incita Celso a comer de lo sacrificado a los ídolos y a tomar parte en los públicos sacrificios de las fiestas públicas. He aquí sus palabras: “Porque, si estos ídolos no son nada, ¿qué inconveniente hay en tomar parte en el general banquete? Y, si son algún linaje de demonios, es evidente que también ellos pertenecen a Dios y hay que creer en ellos y ofrecerles sacrificios según las leyes y rogarles que nos sean propicios”. Para responder a esto fuera bueno tomar en la mano y comentar todo el razonamiento que hace Pablo en la primera carta a los corintios. Allí, respondiendo también a eso de que un ídolo no es nada en el mundo (1 Co 8,4), demostró el daño que se sigue de comer lo sacrificado a los ídolos. A los que son capaces de entender lo que allí dice, les hace ver que quien participa de lo sacrificado a los ídolos comete acción absolutamente peor que la de un asesino, pues mata a sus hermanos por los que murió Cristo (8,11). Y luego, sentado que lo sacrificado se sacrifica a los demonios, Pablo demuestra que se hacen partícipes de los demonios quienes toman parte en la mesa de los demonios; y demuestra también que es imposible que el mismo hombre tome parte en la mesa del Señor y en la de los demonios (1 Co 10,20-21).

Sin embargo, como el comentario de la carta a los corintios, en este punto, requeriría un tratado completo que lo explicara ampliamente, nos contentaremos con lo brevemente respondido; quienquiera lo examine verá claro que, aunque nada sean los ídolos, no por eso deja de ser cosa terrible tomar parte en el banquete de los ídolos. Y con moderada extensión hemos dicho también que, aun cuando sean cierto linaje de demonios a quienes se ofrecen los sacrificios, nosotros no debemos tomar parte alguna en ellos cuando sabemos la diferencia que va de la mesa del Señor a la mesa de los demonios. Y porque lo sabemos, lo hacemos todo con miras a participar de la mesa del Señor, y por todos los modos nos guardamos de tomar jamás parte en la de los demonios.

25. ¿Son también de Dios los demonios ?

En el texto citado dice Celso que “también los demonios son de Dios y, por eso, hay que creer en ellos y ofrecerles sacrificios según las leyes y rogarles nos sean propicios”. Ello es razón para que instruyamos a quienes tuvieren interés en pareja instrucción que la palabra de Dios no gusta

de proclamar posesión de Dios nada malo, pues lo juzga por indigno de tan gran Señor. De ahí que no todos los hombres reciben título de hombres de Dios, sino solamente los que son dignos de Dios, como lo fue Moisés (Dt 33,1) y Elías (2 R 1,10), o algún otro que fue llamado hombre de Dios o fue semejante a los que así fueron llamados. Por el mismo caso, tampoco todos los ángeles se dicen ser ángeles de Dios (Lc 12,8; Mt 22,30), sino solo los bienaventurados; aquellos, en cambio, que se extraviaron hacia la maldad se llaman ángeles del diablo (Mt 25,41); como los hombres malos son dichos hombres del pecado, o hijos de perdición, o hijos de iniquidad (1 R 2,12; 10,27; 25,17; Ez 18,10; 2 R 3,34; 7,10). Como quiera, pues, que hay hombres buenos y hombres malos, unos se dicen ser de Dios y otros del diablo; y lo mismo los ángeles, unos se llaman de Dios y otros del maligno. En cuanto a los demonios, ya no se reparten en dos clases, pues se demuestra que son todos malos. Por eso diremos que es falsa la afirmación de Celso cuando dice: “Y si son cierto linaje de demonios, es evidente que también ellos son de Dios”. Si no, pruebe el que quisiera que no es exacta la distinción entre hombres y ángeles, o que es razonable hacer la misma distinción también entre demonios.

26. Antes morir que obedecer a los demonios

Pero si pareja prueba es imposible, es evidente que ni los demonios son de Dios, pues no es Dios su príncipe, sino, como dicen las sagradas letras, Belcebú (Mt 12,24); ni hay que creer en los demonios por más que Celso nos exhorte a ello; no, antes morir que obedecer a los demonios; todo, en cambio, ha de estar pronto a sufrir el que obedece a Dios. Por el mismo caso, tampoco hay que ofrecer sacrificios a los demonios, pues es imposible sacrificar a seres malos y perniciosos para los hombres. Y ¿según qué leyes quiere Celso que sacrifiquemos a los demonios? Porque, si es conforme a las que rigen en las ciudades, tendrá que demostrar que se conciertan con las leyes divinas. Y si no puede demostrarlo (pues ni aun entre sí se conciertan las leyes de muchas ciudades), es evidente que no deben llamarse siquiera verdaderas leyes, o son leyes de hombres malos, a las que no se debe obedecer, pues *antes hay que obedecer a Dios que a los hombres* (Hch 5,29).

Lejos, pues, de nosotros el consejo de Celso, que nos dice que debemos orar a los demonios. A consejo semejante no debe prestársele el menor oído, pues solo hay que orar al Dios sumo. Orar debemos también al Logos de Dios, unigénito y primogénito de toda la creación (Col 1,15) y, como a sumo sacerdote, hemos de pedirle que, una vez que llegue a Él nuestra oración, la presente a su

Dios, que es nuestro Dios y a su Padre, que es padre de los que viven conforme a la palabra de Dios (cf. Jn 20,17). Ahora bien, como no querríamos tener benévolos a hombres que solo quisieran ser benévolos con quienes vivan según su maldad, y no lo fueran con quienes se deciden a lo contrario de lo que ellos hacen, pues la benevolencia de estos nos haría enemigos de Dios, que tal vez no es benévolo con quienes quieren tener a los tales benévolos; de igual modo, los que han comprendido la naturaleza de los demonios, sus propósitos y maldad, no es posible que deseen jamás tener benévolos a los demonios.

27. Nos basta la benevolencia de Dios

Y es así que, aun cuando no les sean benévolos los demonios, no por eso van a sufrir nada de su parte, custodiados que están por el Dios sumo, que les es benévolo por su piedad y que pone a sus ángeles divinos junto a los que merecen ser custodiados, para que nada sufran de parte de los demonios. Ahora bien, el que tiene propicio al Dios supremo por su piedad para con Él y haber recibido al ángel de Dios del gran consejo (Is 9,6), que es el Señor Jesús, contento puede estar con la benevolencia de Dios por medio de Jesucristo y decir confiadamente, en la seguridad de que nada ha de sufrir por parte de todo el ejército de los demonios:

El Señor es luz mía y salud mía,

¿a quién puedo temer?

El Señor es baluarte de mi vida,

¿de quién puedo temblar? (Sal 26,1).

Si contra mí un ejército acampare,

no temerá mi corazón... (ibid., 3)

Y baste con esto sobre lo dicho por Celso: “Y si son algún linaje de demonios, es evidente que también ellos son de Dios y hay que creer en ellos y ofrecerles sacrificios según las leyes y rogarles nos sean propicios”.

28. ¡Démones por doquier!

Citemos ahora lo que sigue y, una vez más, lo examinaremos según nuestras fuerzas: “Si se abstienen de comer de víctimas tales por una tradición de sus mayores, habrían de abstenerse en absoluto de toda carne de animales, opinión que fue de Pitágoras, por honor de la vida y de sus

órganos (VII 41). Pero si es, como afirman, por no sentarse a la mesa con los démones, yo les felicito por su sapiencia, pues poco a poco van entendiendo que son siempre comensales de los démones; y es lo bueno que solo se guardan de ellos cuando ven una víctima sacrificada. Ahora bien, cuando se comen un bocado de pan o beben vino o gustan de unas frutas y hasta cuando toman unos sorbos de agua o respiran el aire, ¿no reciben cada una de esas cosas de ciertos démones, a quienes, según sus partes, está encomendado el cuidado de cada una?” Yo no sé cómo pudo ver Celso consecuencia lógica en que hayan de abstenerse de toda carne de animales los que él dijo que, por cierta costumbre tradicional, se apartan de determinados sacrificios. Y no decimos esto como si la palabra divina, por razón de una vida más segura y limpia, no nos sugiriera algo semejante cuando nos dice: *Bueno es no comer carne ni beber vino, ni hacer cosa en que tu hermano se escandaliza* (Rm 14,21). Y de nuevo: *No llesves a la perdición con tu comida a aquel por quien murió Cristo* (ibid., 15). Y en otro lugar: *Sí el comer escandaliza a mi hermano, yo no probaré jamás la carne para no escandalizar a mi hermano* (1 Co 8,13).

29. Los alimentos, cosa diferente

Es de saber, sin embargo, que los judíos que se imaginan entender la ley de Moisés, guardan respecto de los alimentos la norma de comer de los que la ley define como puros y abstenerse de los impuros; es más, ni siquiera comen de la sangre de un animal, ni de los que destroza una fiera ni de otros; sobre todo lo cual habría mucho que decir y, por lo tanto, no es propio de este momento discutirlo. La doctrina, en cambio, de Jesús, que quería llamar a todos los hombres a la religión pura, quería, por el mismo caso, evitar que muchos que por el cristianismo podían mejorar en sus costumbres, se retrajeran de abrazarlo por razón de la legislación, demasiado molesta, acerca de la comida. De ahí que Jesús afirmara: *No mancha al hombre lo que entra en la boca del hombre, sino lo que sale de ella; pues lo que entra en la boca, dice, va a parar al vientre y se echa luego en el retrete. Mas lo que sale de la boca son pensamientos malos que se hablan, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios y blasfemias* (Mt 15,11.17.19). Y Pablo dice también: *La comida no nos recomendará a Dios; pues ni por comer tendremos ventaja, ni por no comer sufriremos mengua* (1 Co 8,8). Todo esto tiene alguna oscuridad si no se explica, de ahí que les pareciera bien a los apóstoles de Jesús y a los ancianos reunidos en Antioquía (*erravit Orígenes*) y, como ellos mismos dijeron, *al Espíritu Santo* (Hch 15,28), escribir una carta a los creyentes de la

gentilidad con la prohibición respecto de comidas, como ellos dijeron, de lo estrictamente necesario; y esto se redujo a lo sacrificado a los ídolos, lo sofocado y la sangre.

30. ¡Démones de nuevo!

Porque lo sacrificado a los ídolos se sacrifica a los demonios y no es bien que un hombre de Dios se haga comensal de una mesa de demonios. En cuanto a lo sofocado, como no se ha separado la sangre, que dicen es el alimento de los démones, que se nutren de los vapores que de ella emanan, nos lo prohíbe la Escritura, para que no nos alimentemos de comida de demonios. Si comiéramos de lo sofocado, tal vez algunos de tales espíritus se alimentarían con nosotros (cf. *supra* II 28). De lo dicho acerca de lo sofocado puede verse claro lo referente a la abstención de sangre. Y venido a este punto, no me parece fuera de lugar citar una sentencia muy bien dicha que también muchos cristianos leen, escrita que está en las *Sentencias* de Sexto, y dice así: “Comer de seres animados es cosa indiferente, pero abstenerse es más razonable” (Sexti Pythag., *Sent.*, ed. A. Elter, n.109; cf. Orig., *In Matth.* XV 3). No nos abstenemos, pues, simplemente por una costumbre tradicional de los supuestos sacrificios ofrecidos a los llamados dioses, héroes o démones, sino por muchas más razones, algunas de las cuales he expuesto aquí. Además, tampoco tenemos obligación de abstenernos de comer en absoluto de todos los animales, como debemos apartarnos de toda maldad y de cuanto viene de la maldad. Y no solo de la carne de animales, sino de cualquier otro alimento hay que abstenerse si al tomarlo nos dejáramos llevar de la maldad o de sus efectos. Así hay que evitar comer por glotonería, o dejándose llevar del placer, sin miramiento a la salud y cuidado del cuerpo.

Sin embargo, no decimos en absoluto que se dé la transmigración del alma ni que esta caiga en animales irracionales; y es evidente que, si nos abstenemos alguna vez de animales, no dejamos de comer sus carnes por las mismas razones que Pitágoras. Y es así que nosotros solo sabemos honrar el alma racional, pero los órganos de ella los llevamos con honor, según los usos y costumbres, al sepulcro. Cosa digna es, en efecto, no arrojar deshonrosamente y al azar, como si se tratara de bestias, lo que fue morada del alma racional (cf. IV 59; V 24; VIII 50). Tal es señaladamente el caso de quienes creen que el honor tributado al cuerpo en que moró un alma racional recae en el que recibió esa misma alma, la cual, por ese órgano, luchó valerosamente. En cuanto a la cuestión: *¿Cómo resucitarán los muertos y con qué cuerpo vendrán?* (1 Co 15,35), ya antes (V 18 v. *fin.*)

respondimos brevemente, como lo pide la índole de este escrito.

31. Démones y ángeles

Después de esto pone Celso lo que, como es notorio, alegan cristianos y judíos cuando justifican su abstención de los sacrificados a los ídolos y dicen que quienes se han consagrado al Dios supremo no deben tomar parte en banquetes de démones. En réplica a ello dijo el texto que hemos citado.

Ahora bien, nosotros no conocemos más modos de tener parte con los démones en materia de comidas y bebidas si no es comiendo lo que el vulgo llama sacrificios de los ídolos (cf. VIII 21) o bebiendo el vino de las libaciones hechas a los demonios; Celso, en cambio, opina que banquetea con los démones el que toma un pedazo de pan, o se bebe unos sorbos de vino o gusta de unas frutas; aun el que solo beba agua, dice él que banquetea en ello con los démones. Y aún añade que quien respira este aire, común a todos, lo recibe también de ciertos démones. Démones que están al frente del aire hacen merced de él a los animales que lo respiran.

Así, pues, siga quien quiera la sentencia de Celso; pero demuestre que no son ángeles divinos de Dios, sino démones, cuya raza entera es mala, los que tienen orden de administrar todo lo antedicho. Porque también nosotros afirmamos que, sin estos labradores invisibles, digámoslo así y sin otros mayordomos, no solo de los frutos de la tierra, sino de toda agua manantial y del aire, la tierra no produce lo que se dice es administrado por la naturaleza, ni el agua mana y corre en las fuentes y en los ríos que de ellas nacen, ni el aire se conserva incorrupto, ni se torna vivificante para los que lo respiran. No decimos, ciertamente, que tales mayordomos invisibles sean los démones; antes bien, si hubiéramos de atrevernos a decir qué obras, ya que no estas, proceden de los démones, diremos que son las pestes, la esterilidad de las viñas y árboles frutales, las sequías y hasta la corrupción del aire, que daña a los frutos y es a veces causa de la muerte de los animales y de peste entre los hombres. Todo esto lo producen por sí mismos los démones, como una especie de verdugos, que, por oculto juicio de Dios, reciben potestad de hacerlo en determinados tiempos, ya con el fin de convertir a los hombres que se precipitan en el torrente de la maldad, o para prueba del linaje de los seres racionales. Así, los que entre tales calamidades se mantienen piadosos y no se tornan en absoluto peores, ponen de manifiesto su carácter a los espectadores, visibles e invisibles, que hasta entonces no los habían mirado; los de disposiciones contrarias, por otra parte, pero

que saben ocultar su maldad, al quedar convictos por los acontecimientos de lo que son, ellos mismos tengan conciencia de sí mismos y se manifiesten, digámoslo así, a sus espectadores.

32. Toda criatura es buena

El salmista mismo testifica que las calamidades, por juicio divino, son directamente producidas por obra de ciertos ángeles malos cuando dice:

*Les envió al fuego de su ira,
indignación, furor y duro estrago,
tropel de mensajeros de desgracias (Sal 77,49).*

Ahora, si a los démones se les permite a veces algo más que esto —ellos que siempre lo quisieran hacer, pero no siempre pueden por impedirselo alguien— es cuestión que ha de examinar el que sea capaz de ello, considerando, en cuanto le es posible a la naturaleza humana, la súbita separación del cuerpo por parte de muchas almas que van por caminos que llevan a la muerte, cosa esta indiferente. Y es así que grandes son los juicios de Dios y por su grandeza incomprensibles para una inteligencia que está aún ligada al cuerpo mortal. De ahí que sean también difíciles de explicar y, para almas incultas, de todo punto incontemplables (Sb 17,1). Esta es también la razón por la que hombres temerarios, por su ignorancia sobre estas cosas y por su arrogancia contra Dios, hija de su temeridad, hacen prosperar las impías doctrinas contra la providencia.

Así, pues, no recibimos de los démones las cosas necesarias para la vida, aquellos señaladamente que hemos aprendido a usar de ellas debidamente; ni los que toman un bocado de pan, o un trago de vino, o gustan de frutas, o beben agua o respiran el aire se sientan a la mesa con démones, sino más bien con ángeles divinos, que están puestos al frente de esas cosas, como convidados a la mesa del hombre piadoso, que ha entendido la enseñanza de la palabra divina: *Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios (1 Co 10,31)*. Y en el mismo sentido se dice en otro lugar: *Hacedlo todo en nombre de Dios (Col 3,17)*. Ahora bien, si comemos y bebemos y respiramos para gloria de Dios y todo lo hacemos conforme a la palabra divina, así sigue que no somos comensales de los démones, sino de los ángeles de Dios. Y es así que toda criatura de Dios es buena y nada debe reprobarse con tal de que se tome con nacimiento de gracias, pues se santifica por la palabra de Dios y la oración (1 Tm 4,4-5). Pero no sería buena ni capaz de santificación si, como se imagina Celso, esas cosas estuvieran encomendadas a los

démones.

33. Contra un dilema de Celso

Por aquí se ve claro que queda ya respondido lo que seguidamente dice Celso y es de este tenor: “Luego, o hay que renunciar en absoluto a la vida y no venir siquiera a este mundo, o quien en estas condiciones viene tiene que dar gracias a los dioses a quienes ha cabido la administración de las cosas de la tierra, pagarles primicias y votos mientras vivamos, a fin de tenerlos benévolos”. Naturalmente que debemos vivir y debemos vivir conforme a la palabra de Dios en cuanto nos es posible y nos es dado vivir conforme a ella; y una de las formas en que se nos da es que, ya comamos, ya bebamos, todo lo hacemos para gloria de Dios (1 Co 10,31). Y no hay tampoco por qué abstenerse, con hacimiento de gracias al Creador, de las cosas por Él creadas para nuestro uso. Y en estas condiciones, más bien que las que supone Celso, fuimos traídos por Dios al mundo y no estamos sujetos a los démones, sino al Dios sumo por medio de Jesucristo, que nos ha llevado a Él.

Por lo demás, según leyes de Dios, a ningún demon le ha cabido en suerte la administración de las cosas de la tierra; si bien es probable que, por su propia iniquidad, se hayan distribuido entre sí aquellas regiones en que no se da conocimiento de Dios ni vida conforme a su voluntad, o donde hay muchos ajenos a Dios. Posible es también que, como señores dignos de los malvados y verdugos de ellos, el Logos, que todo lo rige y gobierna, los haya puesto al frente de quienes se han sometido a la maldad y no a Dios. Por semejantes razones, allá Celso, que desconoce a Dios, pague sus acciones de gracias a los démones; nosotros, en cambio, solo damos gracias al Hacedor del universo y comemos los panes ofrecidos con hacimiento de gracias y oración sobre los dones, panes que, en virtud de la oración, se convierten en cierto cuerpo santo que santifica también a los que lo toman con pura intención.³

34. Primicias, solo al Creador

Quiere además Celso que se ofrezcan primicias a los démones; nosotros, en cambio, al que dijo: *Brote la tierra hierba verde que lleve semilla según su especie y semejanza y árbol frutal que*

³ Preciosa alusión eucarística de Orígenes, que lo es tanto más cuanto es más casual. Sobre la doctrina eucarística de Orígenes, remitimos, con Chadwick, 2 H. De Lubac, *Histoire et Esprit* (Paris 1950) p.355ss.

produzca fruto, cuya semilla esté en él según su especie sobre la tierra (Gn 1,11). Y al mismo a quien pagamos las primicias, elevamos también nuestras oraciones, pues tenemos un sumo sacerdote, que penetró los cielos, a Jesucristo, Hijo de Dios (Hb 4,14); y esta confesión mantenemos mientras vivimos, pues sentimos benévolo a Dios y a su Unigénito, que se nos muestra en Jesús.

Y si deseamos una muchedumbre de seres que nos sean benévolos, sabemos que *millares de millares le asistían y decenas de decenas de millar le servían* (Dn 7,10). Todos estos miran como parientes y amigos a los que imitan su piedad para con Dios y cooperan a la salvación de los que invocan a Dios y oran sinceramente. Ellos se les aparecen y tienen por un deber escuchar y acudir, como por un convenio, en auxilio y salvación de los que oran al mismo Dios al que oran ellos. Todos son, en efecto, *espíritus administrativos, enviados para servir a los que han de alcanzar la salud* (Hb 1,14), Digan, pues, enhorabuena los sabios griegos que al alma humana se le asigna desde que nace un demon; pero Jesús nos enseñó que no despreciemos ni aun a los más pequeños de la Iglesia, porque —nos dice— *los ángeles de ellos están mirando en todo momento la faz de mi Padre del cielo* (Mt 18,10). Y el profeta dice también:

*El ángel del Señor su campo pone
en derredor de aquellos que lo temen y los salva* (Sal 33,8).

En resolución, tampoco nosotros negamos que haya muchos démones en el mundo; afirmamos más bien que los hay y que tienen poder sobre los malos a causa precisamente de la maldad de estos; pero nada pueden contra los que se han vestido de la panoplia (o armadura completa) de Dios y han recibido fuerza para resistir a las asechanzas del diablo y se ejercitan continuamente en la lucha contra él, pues saben que *nuestra lucha no es contra carne y sangre, sino contra potestades y principados, contra los que mandan sobre las tinieblas de este siglo, contra los espíritus de la maldad en los espacios celestes* (Ef 6,10-12).

35. Ni el sabio ni el cristiano hacen daño a nadie

Consideremos ahora otro texto de Celso que dice así: “Un sátrapa, un gobernador, un general o un procurador del rey de los persas o del emperador romano y hasta los que desempeñan magistraturas, cargos o servicios inferiores a esos, pueden hacer gran daño si no se les tributan los debidos obsequios; ¿y los sátrapas y ministros del aire y de la tierra solo podrán hacérselo ligero si se los ultraja?” Es de ver cómo introduce Celso, a la manera humana, sátrapas del Dios supremo,

gobernadores, generales y procuradores y hasta los que desempeñan magistraturas, cargos y servicios inferiores, todos con ánimo de infligir graves daños a quienes los agravien; y no se percata que ni un hombre sabio quisiera dañar a nadie, sino que a los mismos que lo insultan trata, en lo posible, de convertirlos y mejorarlos. A no ser que, por lo visto, los sátrapas y gobernadores y generales que Celso atribuye a Dios estén moralmente por bajo de Licurgo, legislador de los lacedemonios y de Zenón de Citio. Y es así que Licurgo, teniendo en su poder al hombre que le había arrancado un ojo, no solo no tomó venganza de él, sino que no dejó de encantarlo hasta persuadirle que se diera a la filosofía (Plutarch., *Lycurg.* 11). Y a Zenón le dijo uno: “¡Así me muera si no me vengo de ti!”; y él le respondió: “¡Y yo, si no te hago amigo mío!” (Id., *De cohibenda ira* 14).⁴

Y no hablo ahora de los que se han configurado según la enseñanza de Jesús y entienden su palabra: *Amad a vuestros enemigos y orad por los que os maltratan, para ser así hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos* (Mt 5,44-45). Y en los discursos proféticos dice así el justo:

*¡Oh Señor y Dios mío!, si tal hice,
si iniquidad mis manos mancha,
si fui causa de mal contra mi amigo...
que a mi alma persiga el enemigo y le dé alcance,
mi vida pisotee sobre el suelo y mi honor lleve al polvo* (Sal 7,4-6).

36. Nada puede sufrir el verdadero cristiano por parte de los demonios

Pero los ángeles, que son los verdaderos sátrapas, gobernadores, generales y procuradores de Dios, no dañan, como se imagina Celso, a los que los ofenden; y si dañan ciertos demonios, de que el mismo Celso tuvo alguna idea, dañan como malos y no porque se les haya encomendado satrapía alguna, ni generalato ni procuraduría de Dios y dañan solo a quienes les obedecen y se les han sometido como a amos. Es posible que también por esta causa reciban daño quienes, en cada lugar, infringen la ley que prohíbe comer ciertos alimentos, en caso de que los infractores sean de los que

4 Pudieran añadirse los ejemplos que trae San Basilio en su famosa homilia 22 o: “A los jóvenes, sobre la manera de sacar provecho de las letras griegas”. Tomándolo también de Plutarco (*Pericles* 5), San Basilio cuenta de Pericles que, después de recibir el día entero rociado de insultos de un pelanas, lo hizo acompañar por la noche, cuando a duras penas se decidió a callar y retirarse, con antorchas, “porque no se le perdiera aquel ejercitatorio de filosofía” (ed. F. Boulenger col. Budé, Paris 1942, p. 50). Por cierto que no me parece bien traducido el pasaje: “pour ne pas perdre l’occasion de s’exercer à la philosophie”. Y menos la traducción del P. A. Cayuela: “para no poder la costumbre de ejercitarse en la filosofía”. San Basilio se edifica con este y otros más ejemplos de heroica virtud de los antiguos, pero no parece sospechar el grave problema que plantean. Celso tampoco atacó por aquí al cristianismo y no tenemos, por ende, la respuesta, que no hubiera faltado, de Orígenes.

están bajo el señorío de los demonios; pero si hay quienes no están bajo tal señorío ni se han sometido al demonio del lugar, como quienes han mandado a paseo a tales demonios, se ven libres de padecer de parte de ellos; aunque pueden ser dañados por ellos si, por ignorancia de los unos, se someten a los otros. El cristiano, en cambio, el verdadero cristiano, digo, que se ha sometido a sí mismo a Dios y a su Logos, no puede sufrir daño alguno de parte de los demonios, puesto que es más fuerte que los demonios. Y no puede sufrirlo, porque

*el ángel del Señor su campo pone
en derredor de aquellos que lo temen,
y Él los salva (Sal 33,8);*

y su ángel está en todo momento contemplando la faz del Padre del cielo (Mt 18,10), y en todo momento, por mediación del único sumo sacerdote (Hb 2,17), presenta sus oraciones al Dios del universo y hasta ora Él mismo junto con el que tiene encomendado.

No nos venga, pues, Celso con ese coco, amenazándonos con el daño que nos inflijan los demonios si les negamos nuestros obsequios. Nada, en efecto, nos pueden hacer los demonios por más que los despreciemos, a quienes nos hemos consagrado al que puede ayudar a todos los que lo merecen y pone además a sus propios ángeles para custodia de los piadosos para con Él, a fin de que ni los ángeles contrarios, ni el príncipe de ellos, que es llamado *príncipe de este mundo* (Jn 14,30), puedan hacer nada contra los que se han consagrado a Dios.

37. Dios entiende toda lengua

Luego se olvida Celso de que está hablando con cristianos, que oran al Dios único por medio de Jesucristo y revuelve cosas de otros, se las pega sin razón alguna a los cristianos y dice: “Si se los nombra con nombres bárbaros, tienen algún poder; pero, si se les habla en griego o latín, ninguno” (cf. I 6.25; V 45; VI 40). Muestre, en efecto, a quién nombramos nosotros con nombre bárbaro para invocarlo en nuestra ayuda. Que Celso dijo eso a humo de pajas contra nosotros, puede darse cuenta quien advierta que la mayoría de los cristianos no emplean siquiera en sus oraciones los nombres que constan en las Escrituras divinas y designan propiamente a Dios; los griegos oran a Dios en griego y los romanos en latín y así, por el estilo, cada uno en su propia lengua ora y alaba a Dios lo mejor que puede. Y el que es Señor de toda lengua oye a los que le ruegan en toda lengua, como si fuera, por decirlo así, una voz sola, que es lo que cada lengua

significa y se expresa por los varios modos de hablar. Porque no es el Dios supremo de los que han recibido en suerte un habla particular, griega o bárbara y ya no entienden las otras o no se preocupan de los que hablan lengua distinta.

38. El daño más grande

Luego apunta algo que, o no oyó a ningún cristiano, o solo a alguno sin ley ni formación y afirma que dicen los cristianos: “Pues yo me acerco a la estatua de Zeus, de Apolo o de cualquier otro dios, blasfemo de ellos y les doy puñetazos y no se vengan en absoluto” (cf. VII 36.62; VIII 4). Celso no advierte que, en la ley divina, hay entre otros este precepto: *No blasfemarás de los dioses* (Ex 22,28), a fin de que nuestra boca no se acostumbre a maldecir, pues oímos que se nos manda: *Benedicid y no maldigáis* (Rm 12,14) y se nos enseña que *los maldicientes no poseerán el reino de Dios* (1 Co 6,10). Por lo demás, ¿quién hay tan necio entre nosotros que diga parejas palabras y no vea que tal procedimiento no contribuye para nada a destruir la idea que se tiene de los supuestos dioses? Y es así que vemos cómo gentes del todo ateas, que niegan la providencia y han engendrado una cáfila de supuestos filósofos con doctrinas perversas e impías, nada sufren de los que el vulgo tiene por males, ni ellos ni los que abrazan sus doctrinas, sino que se enriquecen y gozan de perfecta salud. Ahora que, si se mira el daño que hay en ellos, se verá que lo sufren en su inteligencia. Porque ¿qué daño mayor que no comprender por el orden del mundo a su Hacedor? ¿Y qué peor desgracia que ser ciego de inteligencia y no ver al padre y artífice del universo?

39. Orden de destierro contra Cristo y los cristianos

Ya que nos ha atribuido parejos razonamientos y calumniado a los cristianos, que nada de eso dicen, se imagina construirse una apología, que es más bien una broma que una apología, diciendo, como si hablara con nosotros : “¿Con que no ves, querido, que hay quien se pone también delante de tu demon y no solo blasfema de él, sino que, por público bando, se lo expulsa de toda tierra y mar y a ti, que eres como estatua consagrada a él, se te conduce, maniatado, a clavarte en un palo? Y tu demon o, como tú dices, el Hijo de Dios, no te venga para nada” (cf. V 41; VIII 41.54.69). Esta defensa tendría razón de ser si nosotros habláramos como él escribe que hablamos; o, por mejor decir, ni aun así diría Celso la verdad al llamar demon al Hijo de Dios. En nuestro sentir, pues decimos que todos los démones son malos, no puede llamarse así al que a tantos hombres ha

convertido a Dios, sino Dios Logos e Hijo de Dios; pero en cuanto a Celso, que nada ha dicho de los démones malos, no sé cómo se olvida de sí mismo y llama demon a Jesús.

Por lo demás, los castigos anunciados contra los impíos llegarán más tarde, después de los remedios, a que no atendieron, sobre los que fueren sorprendidos, como si dijéramos, en maldad incurable.

40. Los molinos de Dios...

Nosotros, sea lo que fuere lo que decimos sobre castigos, lo cierto es que, por esa doctrina, apartamos a muchos de sus pecados; consideremos, en cambio, lo que responde el sacerdote de Apolo o de Zeus que cita Celso: “Los molinos, dice, de los dioses muelen despacio” (Sextus Empir., *Adv. math.* 1,287; Plutarch., *Mor.* 549d), y (su acción llega) “hasta los hijos de los hijos que luego nacerán en larga serie” (*Ilíada*, XX 308).

Pero es de ver cuánto mejor es esto otro: *No morirán los padres por los hijos, ni los hijos morirán por los padres; cada uno morirá por su propio pecado* (Dt 24,26); y esto: *El que comiere la uva agraz, ese sufrirá la dentera* (Jr 31,30); y esto otro : *No pagará el hijo la iniquidad de su padre, ni pagará el padre la maldad del hijo; la justicia del justo le será reconocida y la iniquidad del inicuo sobre él recaerá* (Ex 18,20).

Pero si alguno dijere que al dicho “Hasta los hijos de los hijos que luego nacerán en larga serie” se asemeja el de la Escritura: ... *que castigo la maldad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen* (Ex 20,5), sepa que en Ezequiel se dice que eso es una parábola, cuando recrimina a los que dicen: *Los padres se comieron el agraz, y los hijos sufren la dentera* (Ez 18,2). A lo que añade: *Vivo yo, dice el Señor, que no será así, sino que cada uno morirá por su propio pecado* (3-4). Ahora, qué quiera decir esa parábola de que los pecados se pagan hasta la tercera y cuarta generación, no es este momento de explicarlo.

41. Un alma serena jamás maldice

Luego, imitando a vejezuelas, entre un chaparrón de injurias, dice así: “Tú, insultando las estatuas de los dioses, te ríes; quizá no te fueras tan alegre de haber insultado a Dioniso o a Heracles en persona. En cambio, los que en persona tendieron en la cruz a tu Dios y lo atormentaron, ni ellos, autores del atropello, sufrieron nada, ni después de tan largo espacio ha pasado tampoco

nada. ¿Qué novedad ha ocurrido desde entonces por la que pudiéramos creer que no fue aquél un hechicero, sino el Hijo de Dios? Y, por lo visto, el que mandó a su hijo con no sabemos qué recados, consintió que fuera tan cruelmente maltratado hasta perderse juntamente con sus recados y, no obstante tanto tiempo pasado, no ha caído en la cuenta. ¿Qué padre tan desalmado es ese? Pero acaso digas que aquel lo quiso así y por ello se dejó maltratar. Pues también yo pudiera contestarte que estos también, a quienes tú blasfemas, lo quieren así y por eso aguantan que tú blasfemes. Porque no hay como comparar igual con igual. Pero es que estos saben muy bien vengarse de quien los blasfema, sea que por ello huya y se esconda, o se le coja y perezca”.

También a esto puedo decir que nosotros no insultamos o maldecimos a nadie, pues estamos persuadidos de que *los maldicientes no heredarán el reino de Dios* (1 Co 6,10) y leemos el precepto evangélico: *Benedicid a los que os maldicen* (Mt 5,44) y: *Benedicid y no maldigáis* (Rm 12,14) y, en fin: *Cuando se nos insulta, bendecimos* (1 Co 4,12). Y aunque el maldecir tiene cierta razón de venganza en el hombre que parece haber recibido un agravio, ni siquiera esa razón nos permite a nosotros la palabra de Dios; ¡con cuánto menor razón habrá que maldecir cuando ello pone de manifiesto una enorme necesidad! Y necio es igualmente maldecir a una piedra, al oro o a la plata, que son configurados en supuesta forma de dioses para los que están muy lejos de la divinidad. De igual manera, tampoco nos burlamos de las estatuas inanimadas, sino, a lo sumo, de los que las adoran. Y aun supuesto que algunos démones se asienten en ciertas estatuas y se crea ser uno Dioniso, otro Heracles, ni aun a estos maldecimos. Pareja maldición es, en efecto, cosa vana, que en modo alguno dice con quien tiene un alma mansa, pacífica y serena y que sabe que no debe maldecirse a nadie ni por razón de su maldad, trátase de un hombre o de un demon.

42. La ruina de Jerusalén, castigo de la muerte de Jesús

Pero no sé cómo, bien contra su voluntad, Celso, que poco antes ha exaltado a démones o dioses, ahora nos los presente como seres malísimos de hecho, pues castigan a quien los insulta más con ánimo de venganza que de corrección. Dice, en efecto, que “quizá no te fueras tan alegre de haber insultado a Dioniso o Heracles en persona”. Explique quien quiera cómo oiga el dios sin estar presente y por qué unas veces lo está y otras se ausenta; ¿qué ocupación apremia a los démones para trasladarse de lugar a lugar?

Luego, seguramente porque se imagina que nosotros decimos que Dios es el cuerpo de Jesús

tendido y atormentado en la cruz y no la divinidad que hay en Él y que precisamente fuera tenido por Dios cuando se lo crucificaba y atormentaba, añade Celso: “En cambio, los que a tu Dios en persona tendieron y atormentaron sobre la cruz, nada sufrieron por parejo atropello”. Pero, como ya anteriormente (III 25; VII 16-17) hemos hablado largamente sobre los sufrimientos humanos de Jesús, damos ahora de mano adrede a ese tema, para no dar la impresión de que nos repetimos.

Otra cosa es lo que dice Celso sobre que “nada les pasó, en tan largo tiempo, a los que ejecutaron a Jesús”. A él y a quienes quisieren saberlo les haremos ver que la ciudad en que el pueblo judío pidió que Jesús fuera crucificado, gritando: *Crucificalo, crucificalo* (Lc 23,21) (porque prefirieron que se soltara a un bandido, echado a la cárcel por sedición y homicidio y fuera, en cambio, crucificado Jesús, que fue entregado por envidia), esa ciudad, decimos, fue poco después combatida y se le puso por mucho tiempo tan terrible cerco, que fue destruida desde sus cimientos y quedó despoblada, pues Dios juzgó a los habitantes de aquel lugar por indignos de gozar de la vida humana. Y, si cabe decir una paradoja, todavía los trató con miramiento al entregarlos a sus enemigos, pues los veía incurables en orden a su conversión y que cada día iba en aumento el torrente de su maldad. Y ello sucedió por haberse derramado, por insidias de ellos, la sangre de Jesús en aquella tierra, que ya no pudo contener a los que tan grande crimen cometieran contra Él.

43. Algo nuevo ha pasado en el mundo después de la muerte de Jesús

He ahí, pues, algo nuevo que pasó después que Jesús sufrió; me refiero a los acontecimientos de la ciudad y pueblo judío y al nacimiento súbito del pueblo cristiano, que nació como de golpe. Y novedad fue también que los que eran ajenos a los testamentos de Dios y extraños a las promesas, los que estaban lejos de la verdad (Ef 2,12), la han aceptado por cierta virtud divina. Esto no fue obra de un hechicero, sino de Dios, que, por razón de sus mensajes, envió en Jesús a su Logos; cierto que fue torturado, de forma que se acusa de crueldad a los que injustamente lo torturaron, pero Él lo sufrió todo con el mayor valor y con entera mansedumbre. En cuanto a la tortura misma, no destruyó los mensajes de Dios, sino que, si cabe decirlo así, los dio más bien a conocer, como lo enseñó Jesús mismo diciendo: *Si el grano de trigo no cae a tierra y muere, se queda él solo; pero si muere, da mucho fruto* (Jn 12,24). Jesús, pues, que era el grano de trigo, después de morir, dio mucho fruto y su Padre mira siempre con su providencia los frutos que han nacido del grano de trigo, los que aún están naciendo y los que nacerán en lo por venir. Santo es, por ende, el Padre

de Jesús, ese Padre que *no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros* (Rm 8,32), cordero suyo que era, a fin de que, como cordero de Dios que moría por todos, quitara el pecado del mundo (Jn 1,29).

Seguidamente repite Celso su dicho contra los que insultan las estatuas, y dice: “Per también pudiera contestarte que estos a quienes tú blasfemas, lo quieren así y por eso aguantan que se los blasfeme; pues no hay como comparar igual con igual. Sin embargo, estos saben muy bien vengarse de quien los insulta, sea que por ello huya y se esconda, o se lo atrape y perezca”. Así, pues, los demonios no acostumbran vengarse de los cristianos porque blasfemen de ellos, sino porque los expulsan de sus estatuas y de los cuerpos y almas de los hombres. Sin saber lo que hacía, Celso dijo alguna verdad en este pasaje. Pues verdad es que están llenas de demonios las almas de los que condenan a los cristianos, de quienes los traicionan y de quienes aplauden que se les haga la guerra.

44. La persecución de los cristianos, obra de los demonios

Pero, como quiera que las almas de los que mueren por causa del cristianismo y salen gloriosamente del cuerpo por amor de la religión destruían el poder de los demonios y debilitaban su conjura contra los hombres, por eso creo yo que, amaestrados por la experiencia de que son derrotados y dominados por los testigos de la verdad, tuvieron miedo de vengarse otra vez de ellos. De este modo, mientras se olviden de los golpes que han sufrido, es probable que haya paz entre el mundo y los cristianos; sin embargo, cuando junten su ejército y, cegados por su maldad, quieran de nuevo perseguir a los cristianos, otra vez serán por ellos destruidos; y entonces, una vez más, las almas de los hombres religiosos que, por amor de la religión, se desnudan de sus cuerpos, derrotarán el ejército del maligno.

En mi opinión, como los demonios se han dado cuenta de que los vencedores, al morir por la religión, destruyen su poderío y los vencidos por los tormentos que reniegan de la religión se someten bajo su poder, tienen por punto de honor derrotar a los cristianos llevados ante los tribunales, pues se sienten atormentados por los que confiesan su fe y recreados por los que la niegan. Y rastro de ello cabe ver en los mismos jueces, atormentados por los que aguantan las torturas y suplicios, y jubilosos cuando un cristiano es derrotado.

Y es así que no obran así por esa que pudiera parecerles humanidad, pues ven por vista de ojos

que, en los derrotados por los tormentos, “la lengua juró, pero la mente no tuvo parte en el juramento” (Euripid., *Hipp.* 612).⁵

Tal es nuestra respuesta a las palabras de Celso: “Pero estos saben muy bien vengarse de quien de ellos blasfema, sea que por ello huya y se esconda, o se lo atrape y perezca”. Ahora bien, si algún cristiano huye, no huye por cobardía, sino para guardar el precepto de su Maestro (Mt 10,23).⁶ Así se guarda puro para los que pueden aprovecharse de su vida.

45. Gran parrafada de Celso en pro de los oráculos

Veamos ahora lo que sigue, que es de este tenor: “¿Qué necesidad hay de enumerar cuántas cosas han dicho con voz divina desde los templos de oráculos, ya profetas y profetisas, u otros, hombres y mujeres, divinamente inspirados? ¿Qué de maravillas no se han oído de los más recónditos sagrarios! ¿Cuántas cosas no han sido manifestadas, por medio de las víctimas y sacrificios, a quienes han hecho uso de ellos y cuántas más por otros signos prodigiosos! No faltan quienes han tenido patentes apariciones (VII 35). Llena está la vida entera de cosas semejantes. ¿Cuántas ciudades se han levantado por los oráculos y se libraron de enfermedades y desastres; cuántas, por haberlos descuidado u olvidado, perecieron míseramente! ¿Cuántas fundaron sus colonias y debieron su prosperidad a haber guardado fielmente lo que se les ordenara! (VII 2). ¿Cuántos poderosos, cuántos vulgares corrieron próspera o adversa fortuna según su actitud en este punto! ¿Cuántos, afligidos por no tener hijos, al obtener lo que pidieron, escaparon a la cólera de los démones! ¿Cuántos no se curaron de enfermedades corporales? ¿Cuántos, por lo contrario, por haber insultado los templos, fueron castigados en el acto, unos atacados allí mismo de locura, otros que confesaron lo que hicieran, otros suicidándose, otros víctimas de enfermedades incurables? Casos ha habido en que una voz profunda salida de los mismos sagrarios mató instantáneamente a los profanadores”.

No alcanzo a comprender por qué Celso presenta también todo eso como cosas patentes y tiene,

5 Esta cita de Eurípides era trillada; cf. Plat., *Theait.* 154d; *Symp.* 199a; Cic., *De off.* III 29,108; Iustin., I *Apol.* 39,4; Max. Tyr., XL 6s. Orígenes supone que había cristianos que eludían la muerte por ese subterfugio de que la lengua juró, pero no la mente; San Justino, en cambio, afirma que “por no mentir ni engañar a nuestros jueces al ser interrogados, morimos gustosos por confesar a Cristo” (cf. *Apologistas griegos del siglo II* p.224).

6 Así resuelve, serenamente, Orígenes el caso de conciencia que fue real en épocas de persecución. Tertuliano le dedico un patético tratado *De fuga in persecutione*, en que da solución extrema; San Cipriano hubo de defenderse de haberse escondido en la persecución de Decio (*Epist.* 20). Orígenes pudiera aludir al caso de su maestro o antecesor Clemente Alejandrino. San Atanasio, eterno fugitivo, escribió un tratado *De fuga*.

en cambio, por cuentos los prodigios que están consignados entre nosotros, ya sean los de los judíos, o los de Jesús y sus discípulos. Porque ¿qué razón hay para que los nuestros no sean verdaderos y los que dice Celso fantasías míticas? El hecho es que ni siquiera algunas escuelas filosóficas de los griegos han creído en ellos, como la de Demócrito, Epicuro y Aristóteles (I 43; VII 3.56). En los nuestros, en cambio, tal vez hubieran creído, por su misma claridad, si hubieran tropezado con Moisés o alguno de los profetas que obraron prodigios, o con el mismo Jesús.

46. Réplica punto por punto

De la Pitia se cuenta que dio oráculos por soborno (cf. Herod., VI 66); nuestros profetas, en cambio, no solo fueron admirados entre sus contemporáneos por la claridad de sus palabras, sino también por la posteridad. Y es así que por los oráculos de los profetas se levantaron ciudades, sanaron hombres y cesaron pestes. Es más, siguiendo los oráculos, todo el pueblo judío salió de Egipto para fundar, evidentemente, una colonia en Palestina y, mientras fielmente observó lo que Dios le ordenara, vivió prósperamente; cuando lo incumplió, hubo de arrepentirse. ¿Y qué necesidad hay de contar cuántos hombres poderosos o gentes del común, según los relatos de la Escritura, pasaron próspera o adversa fortuna según atendieron o desatendieron a las profecías? Y si hay que mencionar la esterilidad que afligió a algunos, los cuales, después de dirigir sus preces al Hacedor del universo, vinieron a ser padres y madres, lea la historia de Abrahán y de Sara (Gn 17,16-21), de los que, viejos ya, nació Isaac, padre de todo el pueblo judío y de otros además del judío; lea igualmente lo que se cuenta de Ezequías, que no solo se vio libre de su enfermedad según las profecías de Isaías, sino que dijo atrevidamente: *En adelante haré hijos que anunciarán tu justicia* (Is 38,5.19). Y en el libro segundo de los reyes (2 R 4,8-17), la mujer que hospedó a Eliseo, que por gracia de Dios profetizó acerca del nacimiento de un hijo, fue madre por las oraciones del profeta. Además, por obra de Jesús fueron curadas enfermedades sin número; y otros que en el templo de Jerusalén se atrevieron a insultar la religión de los judíos, hubieron de sufrir lo que se escribe en los libros de los Macabeos (cf. 1 M 2,23-25; 7,47; 9,54-56; 2 M 3,24-30; 4,7-17; 9,5-12).

47. Sin milagros no se explica el cristianismo

Pero los griegos dirán que todo esto son cuentos, a pesar de que está atestiguado como verdad

por dos pueblos enteros. Pero ¿por qué no ha de ser más bien cuento lo que dicen los griegos? Pero acaso alguno, atacando de frente la cuestión, para no dar la impresión de aceptar a ciegas lo propio y negar fe a lo ajeno, diga que lo que cuentan los griegos fue obra de ciertos démones; lo que los judíos, obra de Dios por medio de los profetas, o de los ángeles, o de Dios por medio de los ángeles; y lo de los cristianos, obra de Jesús o de la virtud de Jesús de que gozaban los apóstoles. Pues comparémoslo todo, una cosa con otra y veamos el fin a que miraban los que obraban los milagros, y el provecho o daño, o ninguna de ambas cosas, de los que recibían los supuestos beneficios; así se verá que, antes de ofender a la divinidad y ser abandonado por su maldad, el antiguo pueblo judío era un pueblo filósofo; y que los cristianos, en sus comienzos, se juntaron maravillosamente en un cuerpo social más por obra de milagros que por discursos de exhortación que los moviera a dejar sus tradiciones patrias y aceptar lo que difería tanto de ellas. Efectivamente, si hay que dar una explicación verosímil de cómo al principio formaron los cristianos una sociedad, diremos que no es probable que los apóstoles de Jesús, hombres sin letras y vulgares (cf. Hch 4,13; *supra* I 62; III 39), se animaran a predicar el cristianismo a los hombres por otro motivo que por la virtud que les había sido dada y la gracia que había en su palabra para poner las cosas de manifiesto. Ni es tampoco probable que sus oyentes abandonaran sus usos y costumbres tradicionales, de tanto tiempo arraigados, de no haber habido una fuerza considerable y hechos milagrosos que los movieran a pasar a doctrinas tan extrañas y ajenas a las en que se habían criado.

48. ¿De parte de quién está la verdad?

Seguidamente, no sé por qué razón, expone Celso el ánimo y decisión de los que luchan hasta la muerte a trueque de no renegar del cristianismo; luego, en cambio, como para equiparar lo nuestro con lo que dicen iniciadores y mistagogos, añade: “Y a la postre, amigo, como tú crees en castigos eternos, así también los exégetas, iniciadores y mistagogos de aquellos cuentos; y lo que tú amenazas a los otros, ellos te los amenazan a ti. Quién de los tiene más verdad y firmeza, es lo que hay que examinar; porque, si nos vamos a las palabras, unos y otros afirman lo suyo con igual vehemencia. Pero, si se trata de pruebas, aquéllos las presentan copiosas y claras, alegando obras de ciertas potencias demoníacas y oráculos y de templos de adivinación de toda especie”.

Por estas palabras quiere decir Celso que nosotros y los iniciadores de misterios hablamos por igual de castigos eternos (cf. III 16; IV 10) y que se examine quién se acerca más a la verdad.

Ahora bien, yo diría que están en la verdad aquellos que son capaces de mover a sus oyentes a vivir como si lo que se les dice fuera la misma verdad. Y esta es la disposición de espíritu acerca del que ellos llaman el siglo por venir y de los premios que allí esperan a los justos y castigos de los pecadores. Que Celso, pues, o quien de ello guste demuestre quiénes han sido así impresionados acerca de los castigos eternos por los iniciadores de misterios y mistagogos. Porque lo verosímil es que la intención del autor de los castigos de que se habla no fue solo estatuir un rito y hablar por hablar de castigos, sino mover a los oyentes a evitar, según sus fuerzas, toda acción que pueda acarrear aquellos castigos. Y las mismas profecías, si no se lee distraídamente el conocimiento de lo futuro que en ellas hay, son bastantes para persuadir al lector inteligente y discreto que aquellos hombres estaban llenos del espíritu de Dios. Ninguna obra demoníaca de las que se nos muestran, ningún milagro que proceda de oráculos, ni templo alguno de adivinación puede, ni remotamente, compararse con ellos.

49. Estima y desestima cristiana del cuerpo

Pues veamos lo que seguidamente dice Celso contra nosotros: “Pero además, ¿no es también absurdo lo que se da entre vosotros, que por una parte deseáis un cuerpo y esperéis que ese mismo cuerpo ha de resucitar, como si fuera lo mejor y más precioso que tenemos y, por otra parte, lo arrojáis a los tormentos como cosa sin valor? Pero no vale la pena dialogar sobre ello con gentes que así piensan y están como fundidos con su cuerpo. Se trata, en efecto, de gentes que también en otras materias son rústicos e impuros y, ajenas a toda razón, sufren la enfermedad de la sedición (cf. III 5; VIII 2). Con aquellos, en cambio, que esperan han de poseer eternamente con Dios el alma o principio intelectual (llámese elemento espiritual o espíritu inteligente, santo y bienaventurado, o alma viviente, o retoño supra celeste o incorruptible de la divina e incorpórea naturaleza, o denle, en fin, el nombre que quieran), con los que tienen, digo, esa esperanza me parece bien conversar. Aquí, por lo menos, opinan rectamente que los que hubieren vivido bien serán bienhadados; pero los inicuos serán entregados absolutamente a males eternos. He aquí un dogma de que no han de apartarse ni estos ni hombre alguno jamás” (cf. III 16).

Realmente, Celso no se cansa de echarnos en cara la resurrección; sin embargo, como por nuestra parte ya expusimos, en lo posible, lo que nos pareció razonable, no vamos a responder muchas veces a una objeción muchas veces repetida. Por lo demás, nos calumnia Celso al suponer

que nosotros no tenemos nada por mejor y más precioso en nuestro compuesto que el cuerpo, siendo así que afirmamos que es el alma y señaladamente el alma racional, cosa más preciosa que cualquier cuerpo. Lo que es según la imagen del Creador (Col 3,10) lo contiene el alma y no, en modo alguno, el cuerpo. Y es así que, según nosotros, Dios no es cuerpo; no vayamos a dar en los absurdos de los secuaces de la filosofía de Zenón y Crisipo (cf. I 21; III 75; IV 14).

50. No es deshonor sufrir por la religión

Celso nos reprocha también que deseamos el cuerpo; pues sepa que si el desear es cosa mala, nada deseamos; pero si es indiferente, deseamos todo lo que Dios promete a los justos. Y así deseamos, lógicamente y esperamos la resurrección de los justos. Pero Celso se imagina que nos contradecimos a nosotros mismos, pues por un lado esperamos la resurrección del cuerpo, al que tenemos por digno de este honor de parte de Dios; y, por otro, lo arrojamos a los tormentos, como si no mereciera honor alguno. Ahora bien, lo que padece por razón de la piedad, lo que por amor de la virtud abraza las tribulaciones, no puede dejar de merecer honor; deshonoroso es, en cambio, lo que, con maldad, se consume en los placeres (cf. supra VIII 30). Por lo menos, la palabra divina dice: *¿Cuál es la semilla honrosa? La semilla del hombre. ¿Cuál es la semilla sin honor? La semilla del hombre* (Si 10,19).

Luego opina Celso que no se debe conversar con los que tienen esperanzas sobre su cuerpo, como gentes fundidas, sin razón, con una cosa incapaz de alcanzar lo que ellos esperan; y los llama rústicos e impuros, que, ajenos a toda razón, se entregan a la sedición. Pero si Celso fuera humano, su deber fuera ayudar también a los rústicos, pues no se excluye de la sociedad a los rústicos de la misma manera que a los brutos animales; no, el que a todos nos hizo por igual nos hizo sociables con todos los hombres. Vale, pues, la pena conversar con los rústicos y llevarlos, en lo posible, a vida más urbana; y con los impuros y hacerlos, en cuanto quepa, limpios; y con los que piensan lo que sea sin razón y con los enfermos de alma, a fin de que no hagan nada sin razón y se libren de la enfermedad en su alma.

51. Grave incongruencia de Celso

Luego alaba a los que esperan que han de poseer eternamente el alma o la inteligencia, a lo que entre ellos se llama elemento pneumático, o espíritu racional, intelectual, santo y bienaventurado,

o el alma viviente, que estará con Dios; y acepta también, como idea recta, la doctrina sobre la felicidad de los que hubieren vivido bien y de los castigos que, absolutamente, tendrán que sufrir los inicuos. Pero lo que sobre todo admiro en Celso es lo que añade a lo antedicho con estas palabras: “Y de esta doctrina no deben apartarse ni estos ni hombre alguno jamás”. Puesto que escribe contra los cristianos, que tienen por objeto total de su fe a Dios y sus promesas por medio de Jesucristo en favor de los justos y las enseñanzas sobre los castigos de los impíos, Celso tenía que haber visto que el cristiano convencido por sus argumentos contra los cristianos, lo verosímil es que, al rechazar la doctrina cristiana, rechace también ese dogma, del que dice no deben apartarse ni los cristianos ni hombre alguno jamás.

Más humanitariamente que Celso, obra, a mi parecer, Crisipo, en su obra *Sobre la cura de las pasiones* (cf. *supra* I 64). Quiriendo, en efecto, curar las pasiones que aquejan y molestan al alma humana, lo hace, desde luego, principalmente con las doctrinas que a él le parecen sanas; pero echa también mano, en segundo y tercer lugar, de las que él no acepta. “Aun supuesto, dice, que sean tres los géneros de bienes (cf. Diog. Laert., V 30), aun así hay que curar las pasiones y el que está siendo molestado por la pasión no debe preocuparse, en el momento del ardor de las pasiones, de la doctrina que antes lo ocupara; pues se corre el peligro de que con la inoportuna preocupación de refutar las doctrinas que antes ocuparan al alma, se malogre la cura que se le ofrece”. Y dice también: “Aun cuando el placer sea el bien sumo y así lo piensa el que está dominado por la pasión, no por eso hay que dejar de socorrerle y demostrarle que aun los que ponen el placer por sumo bien y fin último desaprueban toda pasión”.

Según eso, también Celso, una vez que aceptó la doctrina de que los que vivan bien serán dichosos y que los inicuos sufrirán, absolutamente, males eternos, tenía que haber obrado en consecuencia consigo mismo y, de ser posible, aducir el argumento principal y añadir otros más para demostrar que, en efecto, los inicuos sufrirán, absolutamente, males eternos y los que bien vivieren serán dichosos.

52. Prevenciones anticristianas

Por nuestra parte, dados los incontables motivos que nos llevaron a ordenar nuestra vida según el cristianismo, nuestro empeño principal es familiarizar, en lo posible, a todos los hombres con la totalidad de las doctrinas cristianas; pero cuando damos con gentes prevenidas por las calumnias

contra los cristianos, hasta el punto de imaginar que no son estos ni religiosos siquiera, por lo que no prestan siquiera oído a quienes intentan enseñar la palabra divina; en ese caso, según lo pide el amor a los hombres y en la medida de nuestras fuerzas, insistimos en demostrar lo referente al castigo eterno de los impíos y tratamos de que acepten esa doctrina aun los que se niegan a profesar el cristianismo. Y queremos, por lo mismo, persuadir sobre la felicidad de los que bien vivieren desde el momento que vemos cómo muchas cosas concernientes al bien vivir las dicen de modo semejante a nosotros aun los extraños a nuestra fe. Y es así que difícilmente se hallará quienes, del todo, hayan perdido las nociones comunes sobre lo bueno y lo justo, o sobre lo malo e injusto (cf. I 4).

Así, pues, todos los hombres, que contemplan el mundo y el ordenado movimiento que se da en él del cielo y las estrellas en la esfera fija, así como el de los llamados planetas, que siguen dirección opuesta al movimiento del cielo; que contemplan también la templanza de los aires, provechosa para los animales y especialmente para los hombres y la abundancia de cosas creadas por razón de los hombres (cf. Cic., *De nat. deor.* II 19,49ss; III 7,16), deben vigilar para no hacer nada que desagrade al Creador del universo, de sus propias almas y de la inteligencia que hay en ellas; y estén todos igualmente convencidos de que serán castigados por sus pecados y el que trata a cada uno según sus méritos los recompensará en proporción de las obras buenas o convenientemente cumplidas. Todos los hombres, en fin, han de persuadirse de que los buenos saldrán bien librados y que los malos, malamente, serán entregados a penas y tormentos por sus iniquidades, disoluciones e intemperancias, por su afeminamiento y cobardía y por toda su insensatez.

53. Dudar por lo menos

Ya que largamente hemos hablado sobre este punto, veamos otro texto de Celso, que dice así: “Puesto que los hombres nacen encadenados a un cuerpo, sea porque así lo pida la administración del universo, sea porque paguen las penas de algún pecado, o porque el alma esté agravada por ciertas pasiones, hasta que se purifique en los períodos ordenados, pues, según Empédocles, debe, edades treinta mil andar errante
lejos de los vivientes bienhadados, y entre tanto,
tomar las formas mil de los mortales (fragm. 115 Diels);
se sigue que debemos creer que son entregados a ciertos guardianes de esta prisión” (cf. Plat.,

Phaid. 114bc; Pol. 517b).

Aquí cabe también ver cómo duda, a lo humano, acerca de puntos tan graves y, al exponer el sentir de muchos acerca de la causa de nuestro nacimiento, da muestras de cierta cautela y no se abalanza a afirmar que algo de eso sea falso. ¿No hubiera sido lógico que quien juzga que no deberse aceptar a la buena de Dios ni tampoco rechazar temerariamente las opiniones de los antiguos, ya que no quisiera creer, dudara por lo menos acerca de la doctrina de los judíos, expuesta por sus profetas, lo mismo que acerca de Jesús? Debiera haber considerado que no es cosa verosímil que estén abandonados de Dios los que dan culto al Dios supremo y que por el honor que a Él se le debe, no menos que a las leyes que se cree han sido dadas por Él, han aceptado pasar por peligros y géneros de muerte sin cuento. Lo verosímil es que también se concediera alguna manifestación divina a quienes, por una parte, desprecian el arte humano de fabricar estatuas y, por otra, tratan de levantarse por la razón hasta el mismo Dios supremo. Debiera haber considerado que el común Padre y Hacedor de todas las cosas, “el que todo lo mira y oye todo” (Hom., *Ilíada* 3,277) y juzga según se merece el propósito de quien lo busca y quiere darle culto, también a estos da algún fruto de su gobierno, para que acrecienten más y más la noción que de Él un día recibirían. Si esto hubieran considerado Celso y cuantos aborrecen a Moisés y a los profetas judíos y a Jesús y a sus auténticos discípulos, que trabajan por su doctrina, no hubieran insultado como lo hacen a Moisés y a los profetas y a Jesús y sus apóstoles. Tampoco hubieran desaprobado entre todos los pueblos de la tierra solo a los judíos, poniéndolos por bajo de los mismos egipcios (cf. IV 31; V 41; VI 80), que, en cuanto de ellos depende, rebajan el honor debido a la divinidad hasta los brutos animales, ya sea que obren así por superstición, o por otra cualquier causa o error.

Ahora bien, todo esto lo decimos no porque pretendamos incitar a nadie a que dude de la doctrina del cristianismo, sino para recomendar que quienes del todo insultan la doctrina de los cristianos, fuera mejor que por lo menos dudaran acerca de ellos y no se abalanzaran tan temerariamente a decir lo que no saben sobre Jesús y sus discípulos. Son gentes que afirman sin lo que llaman los estoicos “aprehensión directa” y sin ningún otro criterio, por el que cada escuela filosófica ha demostrado, a su parecer, la realidad de un fenómeno.

54. Los guardianes de la cárcel

Luego dice Celso: “Hay, pues, que creer que son entregados a ciertos guardines de esta cárcel”.

A lo cual hay que responder que un alma virtuosa puede librarse de las cadenas de la maldad en la vida misma de los que Jeremías llamó los cautivos de la tierra (Lm 3,34), por obra de Jesús, que dijo lo que antes fuera predicho por el profeta Isaías: que salieran los que estaban cautivos y vieran la luz los que moraban en las sombras (Is 49,9). Y este Jesús, como el mismo Isaías predijo de Él, se levantó como una luz *para los que estaban sentados en la región y sombras de la muerte* (Is 9,2); de suerte que podemos decir:

*Rompamos sus cadenas,
sus lazos arrojemos de nosotros* (Sal 2,3).

Si Celso y los que son tan hostiles como Celso contra nosotros, fueran capaces de penetrar la profundidad de los evangelios, no nos aconsejaran obedecer a los que él llama guardianes de la cárcel. Se escribe, en efecto, en el evangelio (Lc 13,11ss) que había una mujer encorvada, imposibilitada de mirar en absoluto hacia arriba. Como Jesús la vio y comprendió la causa por que estaba encorvada y no podía en absoluto mirar hacia arriba, dijo: *Y esta hija de Abrahán, a la que satanás ató hace ya dieciocho años, ¿no había que soltarla de esta atadura en día de sábado?* ¡Y cuántos aún ahora, atados por satanás, están encorvados y no pueden por obra de él mirar en absoluto hacia arriba, pues él quiere que miremos hacia abajo! Y nadie puede enderezarlos sino el Logos, que vino al mundo en Jesús y ya antes inspirara a los hombres. Y Jesús mismo vino para liberar a todos los oprimidos por el diablo (Hch 10,38) y sobre este dijo con profundidad muy propia suya: *Ahora el príncipe de este mundo es juzgado* (Jn 16,11).

No maldecimos, pues, a los démones que hay en el mundo, sino que argüimos sus operaciones enderezadas a la perdición de los hombres; pues, so pretexto de oráculos y curaciones y cosas por el estilo, pretenden separar de Dios al alma que ha caído en este cuerpo de humillación (Flp 3,21). Los que comprenden esa humillación, gritan con Pablo: *¡Infortunado de mí, ¿quién me librá de este cuerpo mortal?* (Rm 7,24). Y tampoco es cierto que, sin razón, entreguemos nuestro cuerpo para ser torturado y crucificado. Porque el que es perseguido por los démones y sus adoradores tiene razón de entregar a todo eso su cuerpo antes que proclamar dioses a los démones terrenos. Nosotros tenemos por agradable a Dios, el ser crucificados por motivo de la virtud y atormentados por amor de la religión; y morir por la santidad lo juzgamos por razonable, porque *preciosa es ante el Señor la muerte de sus santos* (Sal 115,5); y afirmamos que es bueno no tener amor a la vida. Celso, en cambio, al asimilarnos a los malhechores, que con razón sufren las penas merecidas por

su delito y al no tener vergüenza de afirmar que nuestros propósitos se parezcan a semejante disposición de espíritu, se pone entre los que pusieron a Jesús entre los transgresores, cumpliendo la Escritura que dice: *Con los transgresores fue contado* (Is 53,12).

55. Un dilema de Celso y otro de Orígenes

Seguidamente dice Celso: “La razón plantea ese dilema: Si se niegan a dar el culto debido a los que presiden las siguientes actividades, no lleguen tampoco a la edad viril, ni tomen mujer, ni procreen hijos, ni hagan otra cosa alguna en la vida. Márchense más bien de aquí en masa, sin dejar semilla, a fin de que la tierra quede totalmente limpia de semejante casta. Pero si toman mujeres y procrean hijos y gozan de los frutos de la tierra y tienen su parte en los bienes de la vida y soportan también los males que les están ordenados —pues es ley de la naturaleza que todos los hombres prueben algún mal, es forzoso que haya males que no tienen otro lugar que la tierra—, en ese caso tienen que rendir los debidos honores a los que tienen todo eso encomendado y prestar a la vida los servicios convenientes, hasta que sean desatados de las cadenas del cuerpo y no parecer que son ingratos para con aquellos. Género es, en efecto, de injusticia participar de los bienes que estos poseen y no rendirles tributo alguno”.

A esto respondemos que, para nosotros, solo hay una salida razonable de la vida y es perderla por amor de la religión y la virtud, cuando los que se creen ser jueces o parecen tener potestad sobre nuestro vivir nos ponen en la alternativa: O vivir infringiendo lo que Jesús nos mandara, o morir fieles a sus palabras. Además, Dios nos ha permitido tomar mujer, pues no todos comprenden lo más excelente, que es la entera pureza; pero una vez que nos hayamos casado, es deber absoluto criar los hijos que nacen y no matar a los que son don de la providencia. Y esto no pugna en modo alguno con nuestra repulsa a obedecer a los demonios que administran la tierra; pues armados con la armadura de Dios (Ef 6,11.13), resistimos, como atletas de la piedad, contra la casta de los démones que nos acecha.

56. Solo a Dios servimos

Aunque Celso, con sus palabras, nos quiera echar de la vida, para que no quede, como él piensa, rastro alguno de esta casta de hombres sobre la tierra, nosotros viviremos donde nuestro Creador nos ha puesto, conforme a las leyes de Dios, pues no tenemos el menor deseo de servir a las leyes

del pecado; tomaremos mujeres si nos pluguiere y recibiremos de buen grado los hijos que nos fueren dados en el matrimonio. Si fuere menester, tomaremos parte en los bienes de la vida y soportaremos los males que nos estuvieren ordenados, como pruebas del alma; así, en efecto, acostumbra llamar las divinas letras los azares de los hombres (Lc 22,28; Hch 20,19; St 1,2; 1 P 1,6). En ellas se prueba el alma del hombre como oro en el fuego (Ml 3,3) y recibe reprensión o aparece digna de admiración. Y estamos por nuestra parte tan dispuestos para los que Celso llama males, que decimos: *Escrútame, Señor y ponme a prueba, mi corazón explora y mis riñones* (Sal 25,2).

Y es así que nadie es coronado si no lucha según la ley, aun aquí en la tierra, con el cuerpo de su humillación (2 Tm 2,5; Flp 3,21).

Además, tampoco rendimos los honores que se supone convienen a los que Celso dice estar confiadas las cosas de la tierra. Nosotros adoramos al Señor Dios nuestro y a Él solo servimos, pues hacemos votos por ser imitadores de Cristo. Y es así que Cristo, cuando el diablo le dijo: *Todo esto te daré si, postrado en tierra, me adorares*, le respondió: *Al Señor, Dios tuyo, adorarás y a El solo servirás* (Mt 4,9-10).

Por eso no rendimos los honores que se supone deberse a los que Celso dice estar confiadas las cosas de la tierra, pues nadie puede servir a dos señores. No podemos servir a la vez a Dios y a Mammón (Mt 6,24; cf. *supra* VIII 2), ya sea que por esta palabra se signifique una cosa o muchas. Por otra parte, si por la transgresión de la ley se deshonor al legislador (Rm 2.23), es para nosotros patente que, ante dos leyes que entrañan contrariedad una con otra, es preferible para nosotros deshonorar a Mammón por la transgresión de la ley de Mammón. Así, por la guarda de la ley de Dios, honramos a Dios y por ningún motivo queremos deshonorar a Dios por la transgresión de la ley de Dios y honrar a Mammón por la guarda de la ley de Mammón.

57. La eucaristía, símbolo del cristiano

Ahora bien, Celso piensa que se rinden a la vida los servicios (o actos de culto) que conviene cuando, siguiendo las creencias del vulgo, se ofrecen los sacrificios a cada uno de los que en cada ciudad son tenidos por dioses. Pero es que no comprende qué se entiende por verdaderamente conveniente en una piedad rigurosa. Nosotros, en cambio, decimos que rinde a la vida los servicios convenientes el que recuerda quién lo ha creado y qué es lo que le agrada y todo lo hace para agradar a Dios. Quiere también Celso que seamos agradecidos a los démones de la tierra y piensa

que les debemos sacrificios de acción de gracias. Nosotros, en cambio, que penetramos más a fondo lo que significa acción de gracias, afirmarnos no pecar de ingratitud contra quienes ningún beneficio nos hacen, sino que nos son contrarios, por el hecho de no sacrificarles ni darles culto alguno. Evitamos, en cambio, ser ingratos para con Dios, de cuyos beneficios estamos colmados, pues somos criaturas suyas, objeto de su providencia, sea cual fuere su juicio sobre nuestra condición y, después de nuestra vida, esperamos lo que Él nos ha prometido. Y tenemos además como símbolo de nuestra gratitud para con Dios el pan que se llama eucaristía (acción de gracias).⁷

Por lo demás, tampoco es cierto, como anteriormente hemos dicho (VIII 33-35), que sean démones los que tengan la administración de las cosas creadas para nuestro uso; nada malo hacemos, por ende, cuando participamos de las criaturas y no sacrificamos a los que nada tienen que ver con ellas. Y si vemos que no son démones, sino ángeles, los encargados de los frutos de la tierra y del nacimiento de los animales, los bendecimos, desde luego y proclamamos bienaventurados, por haber puesto Dios en sus manos las cosas útiles al género humano; pero no les tributamos ciertamente el honor debido a Dios. Eso no lo quiere Dios ni los mismos a quienes las cosas están encomendadas. Y más nos aprueban que nos guardemos de sacrificarles que si les sacrificáramos, pues no necesitan esos seres de las exhalaciones que suben de la tierra.

58. Démones del cuerpo humano

Después de esto dice Celso lo que sigue: “Que en todas estas cosas, aun las mínimas, hay un demon a quien se le ha dado poder sobre ellas, se puede ver por lo que dicen los egipcios. Según estos, el cuerpo humano está repartido entre treinta y seis démones o ciertos dioses etéreos y, dividido en otras tantas partes (y aún hay quienes admiten más), cada uno se encarga de la suya. Y hasta saben los nombres de los démones en lengua local, por ejemplo, Cnumén, Cnacumén, Cnat y Sicat, Biú, Erú, Erebiú, Ramanor y Reianoor y cuantos otros pronuncian ellos en su propia lengua. Y el hecho es que, invocando a estos démones, curan las enfermedades de cada miembro. ¿Qué perjuicio causa, pues, que quien a estos y otros démones acepta, si a ellos acude, goce más bien de salud que de enfermedad, de fortuna y no de infortunio y, en cuanto cabe, se vea libre de penas y torturas?”

⁷ Cf. Just., I *Apol.* 66,1.

También con esto intenta Celso rebajar nuestra alma a los demonios, como si estos tuvieran repartidos nuestros cuerpos, afirmando que cada uno se encarga de una parte. Y quiere que creamos y demos culto a los demonios que él nombra, a fin de gozar así más bien de salud que de enfermedad, de próspera fortuna más bien que de infortunio y vernos libres, en cuanto cabe, de penas y torturas. Hasta punto tal, por lo que se ve, condena el honor único e indiviso que se debe al Dios del universo, que cree que no baste Dios, adorado solo y magníficamente honrado, para dar al que lo honra y por el hecho mismo de darle culto, poder que contrarreste toda insidia de los demonios contra el hombre piadoso. Y es que no vio nunca cómo la fórmula “En nombre de Jesús”, pronunciada por auténticos creyentes, ha curado a no pocos de enfermedades, posesiones y otras calamidades.

59. “En el nombre de Jesús...”

Es probable que cualquier partidario de Celso se nos ría al oírnos decir que *ante el nombre de Jesús se doblará toda rodilla de los moradores del cielo, de la tierra y de bajo la tierra y toda lengua tiene que confesar que Jesucristo es señor para gloria de Dios Padre* (Flp 2.10-11). Sin embargo, por más que se ría, recibirá pruebas más evidentes de ser ello así, que no lo que cuenta Celso de esos nombres: Cnumén y Cnacumén, Cnat y Sicat y demás de la lista egipcia, que, invocados, curarían las enfermedades corporales. Y es de ver el ardid con que pretende apartarnos de la fe en el Dios del universo por medio de Jesucristo y, por razón de la curación de nuestro cuerpo, nos invita a creer en treinta y seis demonios bárbaros, a los que solo invocan los hechiceros egipcios prometiéndonos, no sé cómo, cosas de maravilla. De seguir a Celso, hora fuera ya de consagrarnos a la magia y hechicería en lugar de profesar el cristianismo; mejor fuera creer en una caterva innumerable de demonios que en el Dios sumo que se nos manifiesta por sí mismo, vivo y claro, por obra de Aquel que, con gran poder, sembró por toda la tierra habitada de los hombres la pura doctrina de la religión; y no erraré añadiendo que la sembró también donde quiera hay seres racionales que necesitan de corrección y cura y cambio de maldad al bien.

60. Cautelas del mismo Celso

En todo caso, Celso mismo sospecha la proclividad hacia la magia de quienes han aprendido

tales cosas y, percatándose del daño que pudiera seguirse a sus oyentes, dice: “Téngase, sin embargo, la precaución, en el trato y comercio con estos seres, de no dejarse absorber por el culto que requieren y hecho uno así amator de su cuerpo y apartado de intereses superiores, quede de todo eso cautivo por el olvido. Y es así que tal vez no haya que negar fe a hombres sabios, que dicen, en efecto, cómo la mayor parte de estos démones terrenos están pegados a la generación y clavados a la sangre y grasa y melodías y ligados a cosas semejantes; todo su poder se reduciría a curar el cuerpo y a predecir a un hombre o a una ciudad su suerte futura y a cuanto saben y pueden sobre esto respecto de acciones terrenas”.

Ahora bien, tratándose de terreno tan resbaladizo, como lo atestigua el enemigo mismo de la verdad de Dios, ¡cuánto mejor será estar lejos de toda sospecha de adherirnos a semejantes démones, de amar al cuerpo y apartarnos de los intereses superiores y quedar cautivos por el olvido de ellos y entregarse, en cambio, a sí mismo al Dios sumo por medio de Jesucristo, que nos aconsejó pareja doctrina! A Él hay que pedir toda ayuda y protección de los ángeles santos y justos, que nos libren de los démones terrenos, de esos que están pegados a la generación y clavados a la sangre y exhalación de grasa, se evocan con extrañas melodías o encantamientos y están ligados a cosas por el estilo; de esos, en fin, que, por confesión del mismo Celso, no tienen más poder que curar el cuerpo. Yo, en cambio, diría no ser cosa clara que estos démones, déseles el culto que se quiera, tengan poder para curar los cuerpos. La curación del cuerpo, el que quiera vivir esta vida corriente y común, debe procurársela acudiendo al médico; el que quiera vivir una vida superior a la del vulgo, por la piedad para con el Dios supremo y oraciones al mismo.

61. Prosigue el tema demónico: Los démones no guardan su palabra

Cualquiera puede considerar consigo mismo qué conducta será más agradable al Dios sumo, que puede cuanto ningún otro en todo y, por ende, en beneficiar al hombre en su cuerpo, en su alma y en los bienes de fuera. ¿No le será más acepto el que en todo le está consagrado, que no quien anda curiosamente indagando nombres de démones, las virtudes, acciones, encantamientos y hierbas propias de ellos, las piedras y los emblemas que en estas se esculpen, conforme a las figuras tradicionales de los démones, ya simbólicamente o de cualquier otra forma? Es evidente para quien tenga una mínima capacidad de juzgar que un carácter sencillo y sin afectación, que por ello justamente se consagra al Dios supremo, le es acepto a Dios y a todos los familiarizados

con Él; aquel, en cambio, que por razón de la salud del cuerpo y apego al mismo y por buscar la felicidad en las cosas indiferentes, se entrega a la vana indagación de nombres de demonios y va a la búsqueda de maneras de encantarlos por ciertos encantamientos, a ese lo abandonará Dios, por malvado e impío, por demoníaco más bien que humano y lo entregará a los demonios que escogió el que tales fórmulas pronuncia para ser atormentado por sugerencias u otros males. Porque es probable que, malignos como son y, como confiesa el mismo Celso, clavados a la sangre, a la grasa, a los encantamientos y cosas por el estilo, ni siquiera a quienes les han dado esos gustos guarden la palabra y, como si dijéramos, el apretón de manos (como signo de alianza). Y es así que si otros los invocan contra quienes antes les dieran culto y compran su servidumbre a precio de más sangre y grasa y cuidado de que necesitan, pueden poner sus asechanzas al que ayer les dio culto y los admitió a la parte en el banquete que les es tan grato.

62, Celso, vencido por el espíritu de la verdad

Muchas cosas dijo anteriormente Celso sobre los oráculos y a los templos en que se emiten nos remitió, como si fueran de dioses (VIII 45.48); pero ahora se corrige él mismo la plana confesando que los que entienden en actividades mortales son demonios terrenos, “pegados a la generación, clavados a la sangre, grasa y encantamientos y ligados a cosas por el estilo, sin más poder que ese”. Cuando nos opusimos a la teología de Celso acerca de los oráculos y el culto a los supuestos dioses, es probable que se nos tuviera por impíos, al afirmar que todo eso eran obras de demonios, que arrastran las almas de los hombres a las cosas de la generación (o pasajeras). Ahora, en cambio, quien eso pensara de nosotros, convéznase de la verdad de lo que predicamos los cristianos, viendo cómo el mismo que escribe contra ellos, como vencido por el espíritu de la verdad, vino a consignar eso al fin de su obra.

Ahora bien, aun cuando Celso diga que “conviene cumplir con ellos nuestros deberes sagrados en cuanto conviene, pues la razón nos convence que haya de hacerse a todo evento”, no hay deber sagrado alguno con demonios que se pegan a grasas y sangre; ni fuera bien mancillar, en cuanto de nosotros depende, lo divino, rebajándolo hasta demonios malignos. Si Celso hubiera comprendido exactamente la noción de “conveniente” y hubiera visto que lo conveniente es la virtud y el obrar conforme a virtud, no hubiera juntado ese inciso: “en cuanto conviene”, a tales seres y, por confesión suya, demonios. Nosotros, pues, si la salud o la dicha en la vida ha de venirnos por el

culto de tales démones, preferimos estar enfermos y ser desgraciados en la vida con la conciencia limpiamente piadosa para con el Dios del universo, que no, separados de Dios y lejos de su gracia y sufriendo en el alma la más grave enfermedad y extrema desgracia, gozar de salud corporal y de felicidad en la vida. Y más vale acercarse a Aquel que de nada necesita fuera de la salvación del hombre y de todo ser racional, que no a quienes necesitan de grasa y sangre.

63. Contradicciones de Celso

Ahora bien, después de hablar Celso largo y tendido sobre la necesidad que los démones tienen de grasa y sangre, viene como a cantar una mala retractación diciendo: “Más bien hay que pensar que los démones no desean nada ni necesitan de nada, sino que se complacen de que se practique la piedad para con ellos”. Pero si pensaba que esto es verdad, o no tenía que haber afirmado aquello o tenía que borrar esto. Pero la verdad es que la naturaleza humana no es enteramente abandonada por Dios ni por la Verdad unigénita de Dios. Así se explica que el mismo Celso diga la verdad al hablar de la grasa y sangre que apetecen los démones; pero luego, llevado por su propia maldad, resbaló hacia la mentira, comparando a los démones con hombres que con estricta justicia hacen lo justo, aunque nadie se lo agradezca; pero hacen beneficios a quienes se los agradecen.

Me parece que en este punto cae Celso en confusión y que unas veces su mente es perturbada por los démones y otras, volviendo en sí de la irracionalidad que aquéllos le producen, vislumbra algún rayo de verdad. Y es así que ahora añade: “De Dios no hay que apartarse por ningún caso ni en modo alguno, de día ni de noche, ni en público ni en privado y en toda palabra y obra hay que tenerlo continuamente presente. Con démones o sin démones, el alma tiene que estar siempre tensa hacia Dios”. Pero yo entiendo por “con estos” lo común o público, toda obra y toda palabra.

Luego, como si se debatiera con su razón contra las enajenaciones que le producen los démones y en que por lo general es vencido, añade y dice: “Siendo esto así, ¿qué mal hay en hacernos propicios a los que mandan en la tierra, a los démones y a los que son entre los hombres poderosos y emperadores, como quiera que tampoco a estos se les han concedido, sin fuerza demónica, las cosas de la tierra?” Por cierto que, en párrafos anteriores (VIII 2.11.24.28.33.35.53.55.58), ha tratado Celso, en cuanto ha podido, de rebajar nuestra alma hasta los démones; ahora quiere que nos hagamos también propicios a los dinastas y emperadores entre los hombres, de los que están llenas la vida y las historias, por lo que estimamos huelga traer ejemplos.

64. Frente a demonología, angelología

Así, pues, al Dios supremo debemos hacernos propicio y su propiciación hemos de pedir en nuestra oración; al Dios, digo, que se nos hace propicio por la piedad y por todo linaje de virtud. Pero si Celso quiere que, además del Dios supremo, nos hagamos también propicios algunos otros, considere que, a la manera como al moverse el cuerpo le sigue necesariamente su sombra, así a la propiciación del Dios supremo se sigue tener propicios a todos sus santos ángeles, que Él ama, las almas y los espíritus. Y es así que ellos se dan cuenta de quiénes son dignos de la propiciación de Dios y no solo ellos se muestran propicios con los dignos, sino que ayudan a los que quieren dar culto al Dios supremo y se lo aplacan y oran e interceden con ellos. Yo me atrevería a decir que cuando se dedican a la oración hombres que con toda determinación se han propuesto las metas más altas, con ellos oran, aun sin ser llamadas, incontables potencias sagradas. Estas se ofrecen a sí mismas a nuestra raza mortal y, por decirlo así, bajan a la palestra con nosotros, pues ven cómo los démones acampan contra nosotros y luchan contra la salvación de aquellos señaladamente que se han consagrado a Dios y nada se les da de la enemiga de los démones. Con nosotros luchan, repito, aquellas sagradas potencias, cuando los démones se exasperan contra el hombre que se niega a darles culto por medio de grasa y sangre y se esfuerza por todos los modos, de palabra y obra, por familiarizarse con el Dios sumo y hacerse una cosa con Él por medio de Jesús, que, en su paso por la tierra, curando y convirtiendo a los oprimidos del diablo (Hch 10,38), destruyó a démones innumerables.

65. La fortaleza, virtud máxima

En verdad, hay que despreciar el favor de los hombres —así sean emperadores— no solo si ha de comprarse a precio de asesinatos, actos de intemperancia y acciones de crueldad suma, sino también por medio de la impiedad para con el Dios del universo, o por palabra de servilismo y bajeza, que no va con hombres valerosos y magnánimos y que quieren contar entre las demás virtudes, la fortaleza como la mayor de todas. Cuando, en cambio, nada tenemos que hacer contrario a la ley y a la palabra de Dios, no somos tan mentecatos que azucemos contra nosotros la ira del emperador o de un poderoso, que nos puede llevar a los tormentos, al suplicio y a la muerte. Y es así que hemos leído: *Toda alma esté sumisa a las autoridades superiores, pues no hay autoridad si no viene de Dios; y las que hay, por Dios están ordenadas, de modo que quienes resisten a la*

autoridad, a la ordenación de Dios resisten (Rm 13,1-2). En nuestro comentario a la carta a los Romanos explicamos también ampliamente este texto según nuestro saber y entender y pusimos interpretaciones varias (cf. *Com. in Rom*, IX 26ss); pero ahora lo tomamos, dado el presente tema, de manera más sencilla y según la más común interpretación, ya que Celso dice que “no sin cierta fuerza demoníaca se les han confiado las cosas de la tierra”.

Mucho habría que decir acerca de la institución de emperadores y dinastas y mucho habría que inquirir sobre ese punto, dado que unos han gobernado cruel y tiránicamente y otros del mando han venido a parar a la molicie y glotonería; por eso omitimos de momento examinar ese problema. Como quiera que sea, no juramos por la fortuna o genio de un emperador, como tampoco por ningún otro supuesto dios. Porque si, como han dicho algunos, “fortuna” es una mera expresión, lo mismo que “opinión” o “disensión”, no vamos a jurar por lo que no es nada, como si fuera dios; y si es algo subsistente y capaz de hacer algo, no queremos aplicar a lo que no conviene la fuerza de un juramento. Y si, como opinan algunos, según los cuales los que juran por el genio del emperador romano juran por su demon, la que se llama fortuna o genio es un demon, antes deberíamos en ese caso de morir que jurar por un demon malvado y pérfido, que muchas veces peca con el hombre que le ha cabido en suerte o peca más que él mismo.⁸

66. Celso, oscilante entre verdad y fábula

Seguidamente, a la manera de los que vuelven en sí de una posesión demoníaca y luego recaen en ella, dice Celso, como hombre en sus cabales, cosas como estas: “En verdad, si, siendo uno acaso adorador de Dios, se le mandara cometer una impiedad o proferir algo vergonzoso, en manera alguna debería obedecerse, sino que habría que soportar todos los tormentos y sufrir todo género de muerte, no digo antes que decir, sino que ni pensar nada impío contra Dios”. Pero, a

8 La historia de los mártires presenta un caso notable de esta negativa a jurar por el genio o fortuna del emperador: “Respondiendo el mártir afirmativamente (siendo el Policarpo), trataba el procónsul de persuadirle a renegar de la fe diciendo: “Ten consideración a tu avanzada edad” y otras cosas por el estilo, según es costumbre suya decir, como: “Jura por el genio del Cesar. Muda de modo de pensar; grita: ¡Mueran los ateos!” A estas palabras. Policarpo, mirando con grave rostro a toda la chusma de paganos sin ley que llenaban el estadio, tendiendo hacia ellos la mano, dando un suspiro y alzando sus ojos al cielo, dijo:

—Si, ¡mueran los ateos!

—Jura y te pongo en libertad. Maldice de Cristo.

Entonces Policarpo dijo:

—Ochenta y seis años hace que le sirvo y ningún daño he recibido de Él: ¿cómo puedo maldecir a mi Rey, que me ha salvado?” (*Padres Apostolicos*, ed. BAC [19501 p.678s).

Otras referencias dadas por Chadwick: Epict., *Diss.* I 14,4: IV 1,14 (juramento como signo de lealtad al emperador); *Passio ss. Scillitanorum*; Tertull., *Apol.* XXXII; XXXV 10; Min. Félix, *Octavius* 29.

renglón seguido, por ignorancia de nuestra doctrina y porque, además, lo arrebuja todo, dice lo que sigue: “Pero si se nos manda bendecir al sol o a Atena, entonando con el mayor fervor un hermoso himno, tanto más parecerá, sin duda, que honras al gran Dios cuanto más cantes a estos. Porque la piedad, al repartirse por todo, resulta más perfecta”.

Decimos, pues, que no esperamos para bendecir al sol (helios) a que nadie nos lo mande, pues hemos aprendido a bendecir no solo a los que se someten a la ordenación de Dios, sino a nuestros mismos enemigos (Mt 5,44). Alabamos, pues, al sol como bella criatura de Dios, que guarda sus leyes y oye lo que se le dice: *Alabad al Señor, ¡oh sol y luna!* (Sal 148,3) y, según sus fuerzas, canta un himno al padre y artífice del universo. Atena, en cambio, que Celso junta con el sol, fue ficción de las tradiciones de los griegos, según las cuales, ya se entienda con sentido oculto o sin él, nació, armada con todas sus armas, de la cabeza de Zeus. Perseguida luego por Hefesto, que quería corromper su virginidad, escapó, desde luego, de él; pero amó la semilla que cayó a la tierra del deseo del dios y la crió, dándole nombre de Erictonio,

a quien ahora Atena (dicen)
la propia hija de Zeus criado había
y el terruño feraz había parido” (*Ilíada* 2,547s).

Por donde vemos que quien se trague eso de Atena, hija de Zeus, tendrá por el mismo caso que aceptar muchos mitos y fantasías, que realmente no podrá tragar el que huye de mitos y busca la verdad.

67. Totalitarismo imperial de Celso

Pero si Atena se entiende alegóricamente y se dice que es la inteligencia (cf. Plat., *Cratyl.* 407b), habrá que demostrar su subsistencia y naturaleza como base para semejante alegoría. Mas si Atena es mujer antigua a la que se honra por obra de quienes dieron a sus súbditos los misterios e iniciaciones y querían que su nombre se cantara, como de una diosa, entre los hombres, razón de más sería ésa para no cantar himnos ni glorificar a Atena como a diosa, cuando al sol mismo, con toda su grandeza, no nos es lícito adorarlo, aunque lo bendecimos. Celso, es cierto, dice que tanto más parecerá que damos culto al Dios grande cuanto más cantemos himnos al sol y a Atena. Pero nosotros sabemos lo contrario, pues himnos solo los entonamos al Dios supremo y a su unigénito Verbo-Dios; y cantamos himnos a Dios y a su Unigénito, como se los cantan el sol, la luna, las

estrellas y todo el ejército celeste (Sal 148,3). Y es así que todos estos, formando un coro divino, cantan himnos, juntamente con los hombres justos, al Dios de todas las cosas y a su Unigénito.

Por lo demás, antes ya hemos dicho (VIII 65) que no se debe jurar por quien sea emperador entre los hombres o por la que se llama fortuna o genio suyo. De ahí que no creamos necesario responder a esto otro que dice Celso: “Si se nos manda jurar por el que sea emperador entre los hombres, tampoco esto tiene nada de malo, pues a él se le ha dado lo que hay sobre la tierra y cuanto en vida se recibe, de él se recibe”. Nosotros, en cambio, afirmamos que no se ha dado al emperador, de modo absoluto, todo lo que hay sobre la tierra, ni todo lo que recibimos en la vida lo recibamos de él.

Lo que justa y buenamente recibimos, lo recibimos de Dios y de su providencia, como los frutos maduros y el pan,

que el corazón del hombre fortalece;

la amable viña con su vino,

que el corazón del hombre regocija (Sal 103,15).

Y del mismo modo, de la providencia de Dios tenemos los frutos del olivo, para que *la cara con el óleo resplandezca* (ibid.).

68. Monarquía por derecho divino

Seguidamente dice Celso que no “debe negarse fe al antiguo varón que dijo:

Un solo rey, aquel a quien lo diera

de Crono el hijo, de torcida mente” (*Ilíada* 2,205).

Y añade: “Si destruyes esta doctrina, con razón te castigará el emperador; pues si todos obraran como tú, nada impediría que aquél se encontrara solo y abandonado y el gobierno de la tierra caería en manos de los bárbaros más sin ley y salvajes y entonces ni de tu religión ni de la verdadera sabiduría quedaría noticia entre los hombres”.

Ahora bien, uno solo “el soberano sea y el rey uno”, pero no aquel a quien lo dé “de Crono el hijo, de torcida mente”, sino a quien lo dé Aquel que instituye a los reyes y los destituye (Da 2,21) y el que a su tiempo suscita al buen gobernante sobre la tierra (Si 10,4). No; el que instituye los reyes no es el hijo de Crono, que, como dicen los mitos de los griegos, arrojó a su padre del mando y lo precipitó en el tártaro, aun cuando este mito se interpretara alegóricamente, sino Dios, que

gobierna todas las cosas y sabe muy bien lo que hace en la instauración de los reyes. Destruimos, pues, esa doctrina que expresa el verso:

A quien lo diera

de Crono el hijo, de torcida mente,

pues estamos persuadidos que ni Dios ni un hijo de Dios puede querer nada torcido ni astuto. No destruimos, en cambio, la doctrina de la providencia, ni de lo que por ella se dispone, ya principalmente, o por ciertas concomitancias (cf. *supra* VI 53).

Tampoco es probable que un emperador nos castigue por decir que no le dio el poder de reinar el hijo de Crono, de torcida mente, sino Aquel que instituye y destituye a los reyes. ¡Y ojalá hicieran todos lo mismo que yo, negando la doctrina homérica, pero guardando lo divino sobre el imperio y observando el precepto de honrar al emperador (1 P 2,17). A decir verdad, en tal supuesto, ni el emperador se quedaría solo y abandonado, ni el gobierno de la tierra caería en manos de los bárbaros más sin ley y salvajes. Y es así que si, como dice Celso, todos sin excepción hicieran lo mismo que yo, todos los bárbaros, evidentemente, al aceptar la palabra de Dios, serían los hombres de más ley y más mansos, desaparecería toda falsa religión y solo imperaría la cristiana, cosa que acontecerá un día, puesto que el Logos gana para sí más y más almas.

69. Hipótesis de un imperio cristiano

Luego, no percatándose que dice cosas contrarias a su otro dicho: “Porque si todos hicieran lo mismo que tú”, prosigue así Celso: “Porque no nos querrás decir que si los romanos, creyéndote a ti y abandonando sus usos tradicionales con dioses y hombres, dieran culto a ese tu Altísimo, o como lo quieran llamar, iba Él a bajar a la tierra y combatir por ellos, de modo que no fuera menester de otra ayuda. Porque ese mismo Dios prometió antes a los que lo adoraban esas y otras muchas cosas mayores que esas, como vosotros mismos decís y ya veis de qué les aprovechó a ellos y a vosotros (cf. *supra* VII 18). Y es así que a los judíos, en vez de hacerlos señores de toda la tierra, no les ha dejado ni un terrón ni un hogar en ella; y en cuanto a vosotros, si es que aún queda alguno que ande por ahí errante, se lo busca para darle muerte” (cf. *supra* VIII 39).

Celso sienta la hipótesis de que los romanos aceptaran la doctrina de los cristianos y, abandonando sus leyes pasadas respecto de los supuestos dioses y aun de los hombres, adorarán al Altísimo y pregunta qué sucedería en tal caso. Pues oiga lo que sobre esto nos parece. Decimos, en

efecto, que *si dos de entre vosotros se conciertan sobre una cosa en la tierra, se os dará por el Padre celeste de los justos* (Mt 18,19) —pues se complace Dios en la armonía de los seres racionales y le repele la desarmonía—, ¿qué habría que pensar si ya no fueran, como ahora, unos pocos los que se conciertan, sino todo el imperio romano? Rogarían, en efecto, al Logos, que antes dijo a los hebreos, perseguidos por los egipcios : *El Señor combatirá por vosotros y vosotros estaréis quietos* (Ex 14,14). Y orando con perfecto concierto podrán destruir en la persecución más enemigos que los que destruyera la oración de Moisés, que clamaba a Dios con los que estaban con él. Y si no se ha cumplido lo que Dios prometió, ello no se debe a que Dios mienta, sino a que las promesas se hicieron a condición de guardar la ley y vivir conforme a ella. Y si a los judíos que recibieron condicionalmente las promesas no les ha quedado un terruño ni un hogar, la culpa la tiene su iniquidad en general y, señaladamente, la que cometieron con Jesús.

70. Paz aun en medio de la persecución

Pero si todos los romanos, en la hipótesis de Celso, abrazaran el cristianismo, por la oración vencerían a sus enemigos, o no tendrían siquiera que pelear en absoluto, pues estarían guardados por aquel poder divino que, por razón de cincuenta justos, prometió conservar cinco ciudades enteras (Gn 18,26). Y es así que los hombres de Dios (cf. *supra* VIII 25) son la sal que mantiene unida la consistencia del mundo y las cosas de la tierra mantienen su consistencia en tanto la sal no se torna insípida. Porque si la sal se torna insípida, ya no vale ni para la tierra ni para el estiércol, sino que se arroja afuera para ser pisada por la gente (Lc 14,34-35). Y el que tenga oídos, oiga en qué sentido se dice esto.

Respecto de nosotros, cuando Dios permite al tentador que nos persiga dándole poder para ello, somos perseguidos; pero cuando Dios no quiere que suframos persecución, gozamos maravillosamente de paz aun en medio de un mundo que nos aborrece y tenemos buen ánimo confiados en Aquel que dijo: *Tened buen ánimo; yo he vencido al mundo* (Jn 16,33). Y realmente Él venció al mundo y, por ello, el mundo solo tiene fuerza en la medida que quiere su vencedor, que recibió del Padre la victoria sobre el mundo y por esa victoria tenemos nosotros buen ánimo.

Pero si Dios quiere que de nuevo luchemos y combatamos por nuestra religión, acérquense los contrarios, a los que diremos: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta, Cristo Jesús, Señor nuestro* (Flp 4,13). Y es así que, vendiéndose dos pajarillos, según palabras de la Escritura, por un as, uno

de ellos no cae en el cepto sin permiso del Padre del cielo (Mt 10,29). Y hasta tal punto abarca la divina providencia todas las cosas, que ni los cabellos de nuestra cabeza escapan de ser contados por Él.

71. Hipótesis de delirio

Seguidamente, confundiéndolo todo, como tiene por costumbre, dice Celso cosas que ninguno de nosotros ha puesto por escrito y son de este tenor: “Tampoco es tolerable que digas que, si los que ahora mandan sobre nosotros, después de dejarse persuadir de ti, son hechos prisioneros, persuadirás a los que imperen después; y si otros son hechos prisioneros, también a esos y a otros después de estos, hasta que sean hechos prisioneros todos los por ti persuadidos; si es que juntamente no surge un gobernante con inteligencia que prevea lo que va a suceder y, antes de perecer él, os destruya a todos en masa”.

No hay por qué responder a estas palabras, pues no hay entre nosotros quien diga sobre los que ahora imperan que, si después de creernos son hechos prisioneros, persuadiremos a los que les sucedan y, si también estos caen prisioneros, a sus sucesores. Pero ¿por dónde se le pudo ocurrir que, creyendo y hechos sucesivamente prisioneros los emperadores, por no haberse podido vengar de sus enemigos, surgiría un gobernante con inteligencia que, previendo lo que va a suceder, nos destruya a todos en masa? No parece sino que está aquí Celso ensartando tonterías y que todo eso se lo ha sacado de su mollera.

72. Sublime visión del porvenir cristiano

Seguidamente hace Celso una especie de voto, diciendo: “¡Ojalá fuera posible convinieran en una ley única los que habitan el Asia, Europa y la Libia, los griegos a la par de los bárbaros, hasta los últimos confines de la tierra!” Pero, teniéndolo por imposible, añade: “El que eso piensa, nada sabe”. Si también hay que hablar sobre este punto, que necesitaría de larga inquisición y demostración, digamos siquiera unas palabras para hacer patente que no solo es posible, sino verdadera también la tesis de que todo lo racional ha de convenir en una sola ley. Ahora bien, los estoicos afirman que, al predominar el más fuerte, según ellos, de los elementos, se dará la conflagración universal (V 15) y todo se transformará en fuego. Nosotros, en cambio, afirmamos que el Logos

dominará un día sobre toda la naturaleza racional y transformará a toda alma en su propia perfección; cuando cada uno, haciendo simplemente uso de su potestad, escoja lo que quiera y permanezca en lo que escogiere. Decimos además que, si en las enfermedades y heridas corporales las hay más fuertes que toda arte médica, no es verosímil que en las almas haya maldad alguna que no pueda ser curada por el Logos-Dios, que todo lo domina. Porque, como el Logos sea más poderoso que todos los males que aquejan al alma y más poderosa también la virtud curativa que hay en Él, la aplica a cada uno según la voluntad de Dios; y así el término y fin de todas las cosas es la destrucción de la maldad. Ahora, si esa destrucción será de forma que no pueda por ningún caso volver a aparecer, o todavía pueda, no toca esclarecerlo en el presente discurso.

Ahora bien, muchas cosas dicen misteriosamente las profecías acerca de la destrucción del mal y de la corrección de toda alma; pero, de momento, baste citar el texto de Sofonías, que dice así: *Está preparado, vigila de mañana, porque se han perdido todos sus racimos. Por eso, espérame, dice el Señor, el día que me levante para testimonio; porque mi voluntad es congregar las naciones y recibir a los reyes, a fin de derramar sobre ellos toda la indignación de mi furor. El fuego de mi celo devorará toda la tierra, porque entonces purificaré los labios de los pueblos, a fin de que todos invoquen el nombre del Señor y le sirvan bajo un solo yugo. Desde los confines de los ríos de Etiopía me ofrecerán sacrificios. En aquel día, no tendrás que avergonzarte por todas las obras con que prevaricaste contra mí, porque entonces te quitaré las abominaciones de tu insolencia y ya no te gloriarás más de mi monte santo. Y dejaré en ti un pueblo manso y humilde y los que quedaren de Israel venerarán el nombre del Señor, no cometerán iniquidad, ni hablarán vanidades, ni se hallará en su boca lengua embustera; porque tendrán pastos y se acostarán y no habrá quien los espante (So 3.7-13).*

El que sea capaz de penetrar el sentido de la Escritura, después de considerar a fondo todo esto, preséntenos la explicación clara de la profecía y examine qué quiere decir eso de que, consumida toda la tierra, *se cambiará la lengua de los pueblos para su generación (iuxta Septuaginta)*, a la manera de antes de la confusión (cf. Gn 11); considere muy a fondo qué sea eso de que todos invocarán el nombre del Señor, le servirán bajo un solo yugo, de forma que desaparezcan las abominaciones de la insolencia y no haya más iniquidad, ni palabras vanas, ni lengua falaz.

Me ha parecido alegar este texto, en su tenor corriente y sin una interpretación a fondo, movido por el dicho de Celso sobre la imposibilidad de que convengan en un sentir único los griegos y

bárbaros que habitan el Asia, Europa y la Libia. Y tal vez ello sea imposible a los que están aún en sus cuerpos, pero no a los que estén ya desprendidos de ellos.

73. El servicio de las armas

Luego nos exhorta Celso “a prestar ayuda al emperador con todas las fuerzas, a colaborar con él en lo que sea justo, a combatir por él, a tomar parte en sus campañas, si llega el caso y hasta en el mando de las tropas”. A esto hay que decir que nosotros prestamos oportunamente a los emperadores una ayuda, por decirlo así, divina, al tomar la armadura completa de Dios (Ef 6,11). Y así lo hacemos por obediencia al precepto apostólico que dice: *Os exhorto, pues, primeramente a que hagáis peticiones, súplicas, intercesiones y acciones de gracias por todos los hombres, señaladamente por los emperadores y cuantos están constituidos en autoridad* (1 Tm 2,1-2). Y cuanto es uno más piadoso, tanto más eficaz es su ayuda a los que imperan, más que la de los mismos soldados que salen a campaña y matan a cuantos enemigos pueden.

Además, a los que son ajenos a nuestra fe y piden que hagamos la guerra y matar hombres por el interés común, les podemos decir también lo siguiente: También los que, según vosotros, son sacerdotes de ciertos ídolos o guardianes de los que tenéis por dioses, conservan sin mancha su diestra por razón de los sacrificios, a fin de ofrecer esos supuestos sacrificios a esos que decís ser dioses. Y, realmente, cuando estalla una guerra, no hacéis de los sacerdotes soldados. Ahora bien, si eso se hace razonablemente, con cuánta más razón, cuando otros salen a campaña, luchan también los cristianos como sacerdotes y servidores de Dios, manteniendo puras sus diestras, luchando con sus oraciones a Dios en favor de los que hacen guerra justa y en favor del emperador que impera con justicia, a fin de que sea destruido todo lo que es contrario y adverso a los que obran con justicia. Por otra parte, nosotros que con nuestras oraciones destruimos a todos los demonios, que son los que suscitan las guerras y violan los tratados y perturban la paz, ayudamos al emperador más que quienes aparentemente hacen la guerra.

Cooperamos también en las cosas comunes nosotros que, a nuestras oraciones, hechas con justicia, añadimos ejercicios y meditaciones que nos enseñan a despreciar los placeres y no dejarnos arrastrar por ellos. Y hasta puede decirse que nosotros combatimos más que nadie por el emperador; porque, si no salimos con él a campaña, aun cuando se nos urja a ello, luchamos en favor suyo juntando nuestro propio ejército por medio de nuestras súplicas a Dios.

74. Los cristianos, máximos bienhechores de su patria

Y si quiere Celso que mandemos un ejército por la patria, sepa que también esto hacemos y no para ser vistos de los hombres y por la vanagloria que de ahí nos viniera. No, nuestras oraciones se hacen en lo más oculto que tenemos, en nuestra misma mente y se elevan, como de sacerdotes, por los intereses de nuestra patria. Los cristianos, por otra parte, hacen a su patria mayores beneficios que el resto de los hombres, pues educan a los ciudadanos y les enseñan a ser piadosos para con el Dios del universo y levantan a cierta ciudad divina y celeste a quienes hubieren vivido bien en las más pequeñas ciudades. A ellos pudiera muy bien decirse: *Puesto que has sido fiel en la ciudad mínima, ven también a la grande* (Lc 16,10; 19,17); allí donde Dios se puso en la junta de los dioses y en medio de ella juzga a los dioses. Y con los dioses te contará a ti, si ya no mueres como un hombre ni caes como uno de los príncipes (Sal 81,1.7).

75. Por qué se abstiene el cristiano de cargos públicos

Exhórtanos también Celso “a desempeñar los cargos de la propia patria cuando sea menester hacer también eso para salvar las leyes y la religión”. Nosotros, en cambio, sabemos que en cada ciudad hay otro sistema de patria, fundado por el Logos de Dios y exhortamos a gobernar las iglesias a los poderosos por su palabra y vida sana. No aceptamos a los ambiciosos y forzamos, en cambio, a los que por exceso de modestia no quieren cargar con la general solicitud de la Iglesia de Dios. Y los que bien gobiernan entre nosotros son los forzados,⁹ pues los obligó el gran rey, que nosotros creemos ser Hijo de Dios y Verbo-Dios. Y si gobiernan bien los que en la Iglesia gobiernan la ciudad de Dios (digo, la Iglesia misma), escogidos para presidirla, o si mandan de acuerdo con las ordenaciones de Dios, en eso no violan para nada las leyes establecidas.

Por lo demás, si los cristianos rehúsan los cargos públicos, no es porque traten de eludir los servicios generales que pide la vida, sino porque quieren guardarse a sí mismos, por la salud eterna de los hombres, para el servicio más divino y necesario de la Iglesia de Dios. Así piensan necesaria y justamente y así se preocupan por todos: por los de dentro, para que cada día vivan más santamente; por los aparentemente de fuera, para que lleguen a las sagradas palabras y obras de nuestra

⁹ Había, pues, que forzar a los mejores a que aceptaran cargos de gobierno en la Iglesia, con lo que venía a cumplirse una imaginación platónica (imaginación, porque la realidad es muy otra): “Si se diera una ciudad (o estado) de hombres buenos, se combatiría por no mandar, como ahora por mandar y entonces se haría patente que el verdadero gobernante no mira, por naturaleza, su propio interés, sino el de su súbdito; así todo hombre inteligente preferiría recibir beneficios de otro que no romperse la cabeza por hacerlos el” (Pol. 347d). Pura doctrina evangélica, tan sabida como incumplida.

religión. Así también dan verdadero culto a Dios y, educando a los más que pueden, se unen al Verbo de Dios y a la ley divina; así, en fin, se hacen una sola cosa con el Dios supremo, por su Hijo, Verbo-Dios, que es sabiduría, verdad y justicia y une con Dios a todo el que se determina a vivir en todo según Dios.

76. Sereno epílogo a Ambrosio

Y aquí tienes, santo Ambrosio, cumplido, según la fuerza que poseemos y nos ha sido dada, lo que por ti nos fue mandado. En ocho libros hemos comprendido todo lo que nos ha parecido conveniente responder al que Celso tituló *Discurso de la verdad*. Al lector de su escrito y de nuestra réplica toca ahora juzgar cuál de los dos respira más del verdadero Dios, de la manera como haya de dársele culto y de la verdad que llega a los hombres de aquellas sanas doctrinas que lo inducen al mejor género de vida.

Sábetete, sin embargo, que Celso promete¹⁰ componer después de este otro escrito, en que anuncia enseñar cómo hayan de vivir los que quieran y puedan creerle. Ahora bien, si, no obstante su promesa, no ha escrito ese segundo discurso, será bien contentarnos con los ocho libros en réplica al primero; pero si comenzó y dio también término al segundo, busca y mándame también ese escrito, para responder contra él lo que nos inspirare el Padre de la verdad y refutar las falsas opiniones que contuviere; y si hay en él acaso algo de verdad, de ello daremos testimonio, sin espíritu de pendencia, como de cosa bien dicha.

0-0-0-0-0-0-0

Fuente
Orígenes - Contra Celso
Introducción, Versión y Notas por Daniel Ruiz Bueno
Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1967
Páginas 461-586

Adaptación y presentación realizada por
Luis Mariano Salazar Mora

¹⁰ No hay rastro de que Celso cumpliera su promesa.